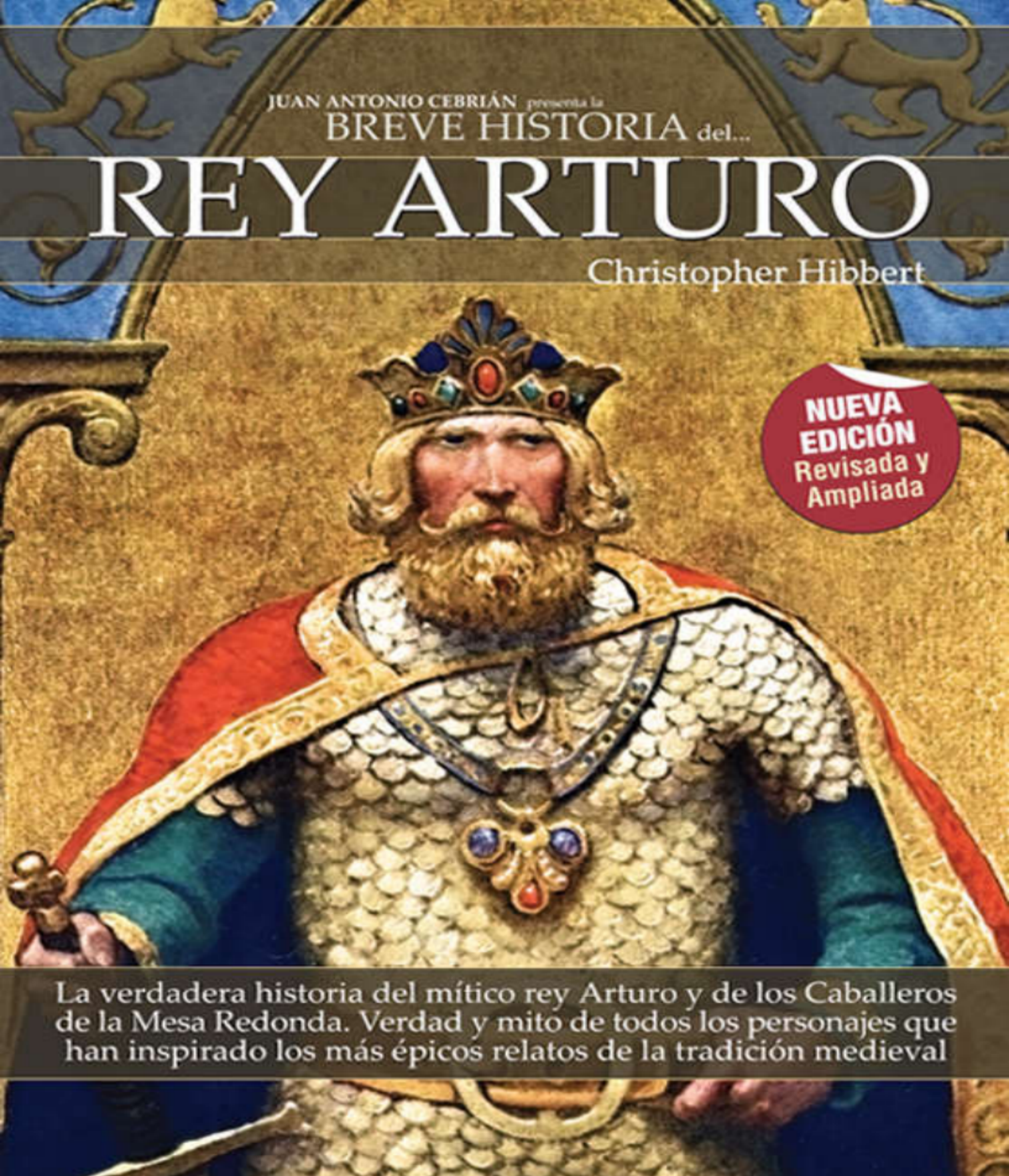

JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta la
BREVE HISTORIA del...
REY ARTURO
Christopher Hibbert
NUEVA EDICIÓN
Revisada y Ampliada
La verdadera historia del mítico rey Arturo y de los Caballeros de la Mesa Redonda. Verdad y mito de todos los personajes que han inspirado los más épicos relatos de la tradición medieval
nowtilus
saber

Breve historia del Rey Arturo

Breve historia del Rey Arturo

CHRISTOPHER HIBBERT



Colección: Breve Historia (www.brevehistoria.com)
Director de la colección: Juan Antonio Cebrián
www.nowtilus.com

Título original: *The way of King Arthur*
Autor: Christopher Hibbert
Traducción: Sandra Suárez Sánchez de León para Grupo ROS

Edición original en lengua inglesa:
© 2004 ibooks, Inc., New York
Las láminas de *The Quest for the Holy Grail* de Edwin Austin Abbey
están reproducidas por cortesía de la Boston Public Library.

Edición española: © Ediciones Nowtilus S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Editor: Santos Rodríguez
Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño de interiores y maquetación: Juan Ignacio Cuesta

ISBN: 978-84-9763-148-8

Libro electrónico: primera edición

AGRADECIMIENTOS

Los editores estamos particularmente agradecidos a CHRISTINE SUTHERLAND por su ayuda desde Londres. Además, nos gustaría dar las gracias a las siguientes personas e instituciones:

W. H. ALLEN PUBLISHERS, Londres.
W. GEOFFREY ASHE.
SUSAN BAKKER.
JACQUES GUIGNARD, Biblioteca de l'Arsenal, París.
Y. DUHAMEL, Biblioteca Municipal de Douai.
MARCEL THOMAS y LE MONNIER, Biblioteca Nacional de París.
MARTIN WITTEK, Bibliotheque Royale, Bruselas. The Bodleian Library, Oxford.
MARGARET GALE, British Information Service Library.
DR. STEIGER, Burgerbibliothek, Berna. City Museum y Art Gallery, Birmingham.
Profesor ROWLAND L. COLLINS, Universidad de Rochester.
JOHN R. FREEMAN Ltd., Londres.
HOFKIRCHE, Innsbruck.
KRUYTER, Koniklijke Bibliothek, La Haya.
The Lambeth Palace Library, Londres.
Landesmuseum, Trier.
The Mansell Collection, Londres.
HOFRAT HANS PAUER, Österreichische National-bibliothek, Vienna.
The Pall Mall Press, Londres.
The Rylands Library, Manchester.
Trustees of the British Museum, Londres.
DR. BECKERATH de la Universitatsbibliothek, Bonn La cita de la página 126 es del libro *Arthurian Tradition and Chrétien de Troyes*, de ROGER SHERMAN LOOMIS, publicado por Columbia University Press, 1949.

ÍNDICE

Prólogo

EL REY ARTURO, LA REALIDAD DE UN MITO

CADA PUEBLO NECESITA SUS HÉROES, personajes valerosos que infunden un ánimo especial por el bien, en detrimento de la oscuridad y las tinieblas. Esos valientes encarnan los mejores valores de la sociedad que los acoge y son el espejo en el que los jóvenes se miran con el secreto anhelo de imitar el comportamiento de aquellos seres casi perfectos, cuyo modelo de vida tanto entusiasma. Quién en al gún momento de su vida no ha soñado con poder emular las proezas del gran rey Arturo y sus caballeros de la Mesa Redonda; quién no ha tenido la necesidad de realizar un viaje iniciático buscando la verdad de su espíritu; quién no ha intentado conquistar el corazón del ser amado; quién no ha reivindicado en alguna ocasión sus raíces y su identidad patria. Por casualidad o no, lo antes expuesto está encerrado tras las murallas de Camelot, la luminosa capital del reino artúrico. Lo cierto es que esta historia épica se ha convertido con los siglos en una referencia obligada para los seguidores de la fantasía y de los ideales más nobles. Pero ¿qué hay de cierto en esta antigua tradición?

En el caso del rey Arturo es difícil desligar su verdadera epopeya con la planteada por cientos de libros, decenas de películas e incontables narraciones populares. Lo poco que sabemos de forma fidedigna es que sobre el siglo V o VI d.C., existió un carismático caudillo angloromano llamado Owain Dantgwyn, cuyo sobrenombre Art (Oso), fue el que finalmente le proyectaría de manera universal hasta nuestros días.

La figura de Arturo ha sido modelada a lo largo de los siglos, primero, por los clérigos amanuenses, luego, por los trovadores y juglares y, más tarde, por narradores románticos y guionistas cinematográficos.

Según aparece en las crónicas elaboradas por el monje Gildas en el siglo VI, existió un jefe tribal que logró, tras muchos combates, unificar a las tribus celtas de Britania; eran los tiempos de la edad oscura y poco o nada de lo acontecido pasaba al papel. Es por tanto mérito de los oradores el que nuestro personaje haya llegado a tan digno puerto. En los siglos IX y X Arturo surgirá de nuevo como guía de los sajones en las eternas luchas de Albión. Libros de gran calado, como la *Historia Brittonum* o *An nales Cambriae*, reforzarán la idea de un pasado glorioso para los británicos.

En el siglo XII la *Historia Regnum Britanniae* de Geoffrey Monmouth asentará la filosofía vital del universo artúrico para que, años más tarde, la gran reina Leonor de Aquitania –madre de Ricardo Corazón de León– encargue a sus trovadores la recuperación total de esta mítica tradición. Serán autores medievales, como Chrétien de Troyes o Robert de Boron, los que darán el impulso definitivo al rey Arturo y los suyos: el mago Merlín, Morgana, Ginebra, así como los caballeros puros de la Mesa Redonda donde destacan Lancelot, Percival… Todos giran en torno a la magia de Excalibur, espada prodigiosa protegida por la dama del Lago, quien en el deseo de dar a Inglaterra el monarca más capaz la incrustará en una roca a la espera de ser extraída por el joven Arturo, el único elegido para regentar el destino escrito por los dioses celtas.

Camelot es la ciudad cuna de los mejores sentimientos humanos, su defensa es vital para contener a las hordas malignas. Los caballeros buscan el Grial como signo de pureza ante los ojos del creador. Y, por si todo falla, queda la enigmática isla de Avalon, la conexión perfecta con la ancestral religión pagana.

Finalmente, en 1469, el escritor Thomas Malory dio el toque definitivo a la mitología artúrica imaginando un apasionado romance entre la reina Ginebra y el caballero sir Lancelot.

En esta obra que usted, querido lector, tiene entre las manos el reputado historiador le descubrirá al verdadero Arturo, desprovisto de armadura medieval y de algunas actitudes que, a buen seguro, sorprenderán a los que se acerquen con inocencia a estas páginas. Y, es que, en ocasiones, si no mostramos receptividad ante la desnuda verdad histórica, conviene seguir soñando. El auténtico rey Arturo seguramente tuvo más de Oso que de caballero, pero lo importante no es eso, lo fundamental es que decenas de generaciones han podido disfrutar con lo planteado por la gozosa leyenda y, de ese modo, millones de jóvenes supieron, tras descubrir el alma de Camelot, que querían ser mejores personas. Eso es lo que cuenta en un mundo actual sumido en la incertidumbre del porvenir.

Juan Antonio Cebrián

✞ 20-10-2007



— in memoriam—

Introducción

LOS ROMANCES SOBRE EL REY ARTURO y los caballeros de la Mesa redonda son, probablemente, las leyendas más conocidas del mundo occidental. A la mayoría de nosotros nos han servido como introducción al mundo de la caballería, en el que los caballeros andantes buscaban el honor y la gloria en difíciles expediciones y en el que bellísimas damas observaban a sus amados justar en impresionantes torneos. Se trata de un mundo que nos resulta muy lejano y distante de nuestra insegura sociedad tecnológicamente avanzada.

La verdadera fascinación de la leyenda del rey Arturo descansa en el hecho de que el héroe no es un mito, sino una figura histórica real que vivió en la isla de Britania hace catorce siglos, en unos tiempos que estaban, como los nuestros, repletos de amenazas. Con el derrumbamiento del Imperio romano, el pueblo de Britania se encontró sumergido en una desesperada defensa de su isla contra los invasores sajones que se aproximaban cruzando el Mar del Norte. Los paganos sajones asesinaban, saqueaban e incendiaban; con el tiempo, conquistaron áreas cada vez más amplias y destruyeron de forma gradual todo lo que quedaba de la civilización cristianizada romano-británica.

En su búsqueda del personaje histórico de Arturo, Christopher Hibbert revive de forma gráfica estos problemáticos tiempos. Como su fascinante relato demuestra, los datos reales sobre Arturo son muy pocos y en muchos casos imprecisos. Pero se conoce lo suficiente para construir un retrato convincente del guerrero del siglo VI que se convirtió en leyenda en todo el mundo. La velocidad con la que se extendió esta leyenda y la asombrosa riqueza del material que embelleció tan exiguos datos históricos son, en sí mismos, un homenaje al poder de Arturo para atraer a hombres valientes a unirse a su causa.

El relato de Hibbert de la búsqueda de Arturo incluye una exhaustiva descripción (ilustrado con miniaturas medievales, pinturas y grabados) de los muchos cambios que la leyenda artúrica ha experimentado a través de los siglos a medida que nuevas generaciones de trovadores, pintores y poetas reinterpretaban y adornaban las viejas historias para amoldarlas a sus necesidades.



The Chalice Hill, Somerset, un lugar indisociable de la leyenda artúrica.

La vida de Arturo ha recobrado interés en los últimos años, tanto por el musical titulado *Camelot* que reproduce la leyenda adaptada a nuestra experiencia moderna, como por las excavaciones arqueológicas que se han realizado en el castillo de Cadbury, en Somerset, Inglaterra, un lugar que se identifica como el Camelot de Arturo desde el siglo XVI. Christopher Hibbert describe el trabajo allí emprendido, el cual ha revelado que el antiguo fuerte británico fue realmente reutilizado a principios del siglo VI, el periodo en el que creemos que vivió Arturo. Los informes más recientes revelan que los arqueólogos han trazado los contornos de un salón de banquetes del siglo VI y esperan probar que era el que utilizaban Arturo y sus caballeros.

I



EN EL CORAZÓN DE LA TRANQUILA Y APACIBLE CAMPIÑA del suroeste de Inglaterra hay una colina de piedra caliza amarillenta. Se levanta afilada y de forma inesperada unos quince metros sobre el pequeño pueblo de South Cadbury y los ancianos que han vivido muchos años a su sombra relatan extrañas historias sobre ella. El castillo de South Cadbury se eleva sobre una colina hueca, dicen, y si en la festividad de San Juan puedes encontrar las puertas de oro que llevan a su interior, podrás descubrir al rey Arturo sentado en el centro de su corte. A veces, en las noches tormentosas de invierno, se puede oír al rey trotando con sus jaurías por el camino trillado, ya que, como un anciano contaba, «la gente dice que, en las noches de luna llena, el rey Arturo y sus hombres cabalgan alrededor de la colina, y sus caballos están herrados con plata, y que se encontró una herradura de plata en la pista por donde ellos cabalgan, y, cuando han rodeado la colina, se detienen para dar de beber a sus caballos en Wishing Well».

Incontables generaciones han relatado tales leyendas sobre Arturo, «el verdadero y futuro rey», y sus nobles caballeros. Su fama sobrevive en forma de extraños mitos de antigüedad desconocida, no solo en South Cadbury, que se ha identificado durante mucho tiempo como el palacio artúrico de Camelot, sino también por toda Inglaterra, Gales y Escocia.

Cada condado tiene sus propias leyendas. En Cornwall, las historias dicen que todas las granjas y los bosques «estaban plagados de gigantes hasta que Arturo, el buen rey, los hizo desaparecer con su espada». En Northumberland, Arturo y su reina Ginebra, sus caballeros y sus damas, y la jauría de perros de caza del rey, yacen durmiendo en su cripta debajo del castillo de Sewingshields. De esta forma, también descansan bajo las ruinas del Castillo Richmond de Yorkshire, esperando a ser despertados por el sonido de un cuerno que reposa en una mesa situada en la entrada a su caverna. Se dice que un granjero incauto se tropezó una vez con ellos, pero le faltó el coraje para hacer sonar el cuerno que los devolvería a la vida. Gales está repleto de cuentos sobre tumbas y colinas huecas en las cuales Arturo y sus caballeros esperan el momento de volver. Un día, según coinciden todas las leyendas, el rey Arturo despertará de su largo sueño y cabalgará para salvar a su pueblo, en el momento en que ellos más lo necesiten.

Lo mismo que ocurre con las leyendas, sucede con los nombres de los sitios. Arturo, según parece, viajó mucho y lejos, ya que su nombre puede encontrarse por todo lo ancho y largo del país, desde las islas Scilly llamadas Gran Arturo y Pequeño Arturo, situadas en el suroeste en la costa de Cornwall, hasta la Silla de Arturo, que se eleva sobre Edimburgo, la capital de Escocia; y desde el Sillón de Arturo en las colinas de Breconshire en Gales hasta la Colina de Arturo, de Newcastle, en la costa noreste de Northumberland. Ningún otro nombre en toda Gran Bretaña aparece con tanta frecuencia, excepto el del demonio (Devil). Nadie conoce con exactitud la antigüedad de los nombres de estos lugares, así como tampoco nadie sabe qué antigüedad tienen las leyendas. Pero en algún momento de la oscura niebla de la historia, próximo a su creación, existió un Arturo real que los inspiró.



Colinas conocidas como «la Silla de Arturo», en Edimburgo.

El Arturo que ha venido a formar parte del tejido de nuestras vidas actuales es mayormente una creación de los tiempos medievales, cuando los trovadores y los cronistas lo convirtieron en héroe de los romances, un campeón cristiano, un legislador noble cuyos caballeros fueron el modelo de la caballería. Estos cuentos artúricos han ocupado un lugar en nuestra literatura y, a lo largo de los siglos, los poetas y los pintores han recreado de nuevo los personajes y sus aventuras. De hecho, el mito se ha hecho tan real para nosotros que tendemos a olvidar la existencia de un Arturo real e histórico. Quizás no fue un rey en el sentido en que nosotros entendemos el reinado. Quizás ni siquiera fue un hombre particularmente bueno, generoso o idealista. Todos sabemos, cuando comenzamos a conocerlo, que debió ser una persona notable, pues la fama no sobreviene sin una buena razón y la fama de Arturo nunca ha sido igualada.

La referencia más temprana conocida a nuestro Arturo histórico es indirecta, y data de los turbulentos siglos inmediatamente posteriores al 410 d.C., cuando la última guarnición romana se retiró de Britania, la avanzada más occidental de un Imperio romano que estaba a punto de entrar en su decadencia. Tras la partida de la legión, la isla sufrió las constantes invasiones de los jutos, los anglos y los sajones desde el Mar del Norte. En un poema épico escrito sobre el año 603, el bardo galés Anerin describe una de las muchas batallas que tuvieron lugar entre estos invasores y los britanos, que luchaban desesperadamente para repelerlos. A lo largo de este extenso poema, *Gododdin*, parece que el nombre de Arturo ya estaba asociado a una valentía excepcional, ya que Aneurin describe las hazañas de cierto héroe británico diciendo que su coraje era notable, «a pesar de que no era Arturo».

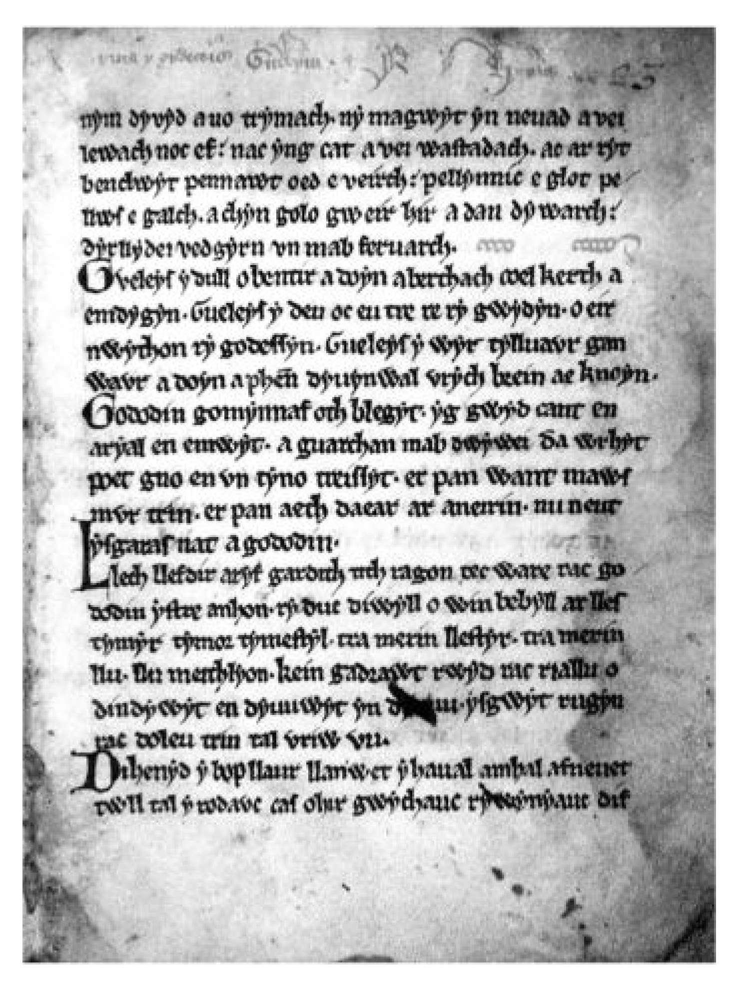


Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico, civilizador de las islas británicas y dios de los britanos, el pueblo de donde surgió el mito de Arturo.

Otra pista significativa es la siguiente: un siglo antes de que *Gododdin* se escribiera, el nombre de Arturo era prácticamente desconocido en Britania. A finales del siglo VI y principios del VII, sin embargo, comenzó a ser bastante común, ya que existen cuatro o cinco Arturos a los que se les puede seguir el rastro a pesar de los escasos documentos de ese periodo que han llegado hasta nosotros. Uno de ellos fue un príncipe de Argyll, nacido del rey escocés Aedán mac Gabráin sobre el año 570; otro de los Arturos nació aproximadamente en el mismo periodo en el suroeste de Gales y fue nieto de un gobernante llamado Vortiporius, del cual todavía existe un monumento; en el año 620 el rey irlandés, Morgan, fue asesinado por «Artuir, hijo de Bicoir, un britano». No es fácil justificar esta repentina popularidad a no ser que un Arturo real existiera en este tiempo, o poco antes, y cuyas proezas suscitaran tanto la admiración de sus contemporáneos que varios gobernantes británicos pusieran este nombre a sus hijos en su honor.

Sin embargo, aunque estas referencias sugieren de forma sólida que

un Arturo histórico vivió en Britania en algún momento del siglo VI, las fuentes de este periodo no mencionan su nombre directamente. De hecho, no es hasta doscientos quince años después cuando el nombre de Arturo aparece en una crónica auténtica: la *Historia Brittonum*, que fue recopilada en latín por un monje galés llamado Nennius en el siglo IX. En una sucesión de referencias sugerentemente breves, Nennius menciona a Arturo como el vencedor británico de una serie de batallas libradas por los británicos contra los sajones en el siglo VI. Nennius ofrece información muy poco sólida, como veremos en un capítulo posterior, pero confirma la legendaria reputación de valentía de Arturo que ya se había sugerido en la alusión del poema *Gododdin*, y, lo que es más importante, deja claro que Arturo fue una figura alrededor de la cual ya se habían comenzado a forjar fantásticas leyendas.



En el poema *Gododdin* aparece una de las primeras referencias al rey Arturo, resaltando su arrojo y valentía y su carácter heróico.

Nennius relata dos historias que ilustran este hecho; precisamente, las llama *mirabilia*, «maravillas». La primera tiene que ver con Carn Cabal, un memorial o monumento hecho con piedras apiladas unas encima de otras, en el condado galés de Breconshire. En la parte superior del monumento, había una piedra que contenía la huella del perro de Arturo, Cabal, que la había marcado al pisarla durante una cacería de jabalíes. Arturo hizo construir el monumento en memoria de su amado perro y señaló que cada vez que la piedra con la huella se quitara de su sitio, en las siguientes veinticuatro horas, indefectiblemente volvería a su lugar.

La otra historia hace relación a la milagrosa tumba del hijo de Arturo, Anir, que fue enterrado junto al nacimiento del río Gamber en Herefordshire, en la frontera galesa. Anir «fue hijo de Arturo el soldado», escribe Nennius, «y el mismo Arturo lo mató y lo enterró. Y cuando los hombres vengan a medir la longitud del túmulo, encontrarán que a veces mide seis pies, o nueve, a veces doce y a veces quince. Cualquiera que sea la longitud que midas la primera vez, será diferente a la que midas la siguiente, y yo mismo he comprobado que esto es cierto».

Por muy fantasiosas que parezcan las historias de Nennius, fueron totalmente superadas a principios del siglo XII, cuando un estudioso conocido como Geoffrey de Monmouth escribió un libro llamado *Historia Regum Britanniae* (*Historia de los reyes de Britania*). En él, el autor se asigna a sí mismo la tarea de proporcionarnos un recuento de «los reyes que moraron en Britania antes de la llegada de Cristo» y «especialmente del rey Arturo y muchos otros que le sucedieron después de la llegada de Cristo». Geoffrey nació probablemente en Monmouth, en el sur de Gales, aunque seguramente tenía ascendencia bretona; todo lo que sabemos con seguridad de su origen es el dato, bastante interesante por cierto, de que su padre se llamaba Arturo. Terminó su vida siendo obispo en St. Asaph, una ciudad del norte de Gales. El Gales y la Britania del siglo XII eran áreas en las que la mayoría de la población era de origen celta, lo que significa que eran descendientes de los britanos originales que poblaron las islas en tiempos de los romanos. Geoffrey fue un hombre imaginativo y enormemente orgulloso de sus orígenes; también era un buen lector y un hombre ambicioso que compartía la herencia de los normandos, aquellos que una vez fueron señores de Britania. Su *Historia de los reyes de Britania* combina todas estas influencias; gracias a su habilidad como escritor, presenta la leyenda de Arturo de una forma que llega más allá de la audiencia de nobles normandos a los que la dedica.

La *Historia* está dividida en doce libros, tres de los cuales se dedican

al rey Arturo y, de la lectura de la misma, se puede deducir claramente que es en Arturo en quien encuentra inspiración para hablar de los otros reyes. Aquí, por primera vez en un escrito, Arturo aparece como el gran héroe romántico de la tradición celta, con una espléndida corte, con su escudo decorado con una imagen de la Virgen María, la Madre de Dios, una lanza «sedienta de sangre» y un yelmo cuyo blasón está «labrado con la forma de un dragón». Su corte es tan magnífica y está tan bien gobernada como la del Emperador Carlomagno y su atmósfera está impregnada de los ideales caballerescos del siglo XII: «Nadie puede considerarse digno del amor de una dama a menos que lo haya probado tres veces en asuntos de armas. Así, las damas demostrarán su castidad y los caballeros ser merecedores de su amor».

Aquí, en la *Historia de los reyes de Britania* de Monmouth, se establecen por primera vez las principales tradiciones de la épica artúrica y se cuentan también por primera vez los relatos que después pasarán a ser tan conocidos por todos. Aquí también tiene lugar la primera aparición de la leyenda que cuenta que Arturo no solo derrotó a los sajones, sino que lideró en el extranjero al ejército britano en triunfantes campañas que se desarrollaron desde Irlanda hasta las fronteras de Italia, consiguiendo victorias más importantes que las del mismo César.

De acuerdo con lo que nos cuenta Geoffrey de Monmouth su maravillosa (o, como muchos dirían, increíble) narración se basa en «un libro muy antiguo escrito en lengua británica». Éste habría sido llevado de Inglaterra a Gales por su amigo Walter, archidiácono de Oxford, «un hombre conocedor de la historia de los países extranjeros y muy versado en todos los aspectos de la historia». Ya que en ese momento nadie más (aparte de Geoffrey y Walter) parece haber visto ese libro antiguo ni sabemos de ninguna crónica bretona o galesa que haya reflejado nunca su existencia, siempre se ha supuesto que Geoffrey simplemente lo inventó. Es cierto que, en aquellos días, era costumbre, cuando se compilaba una historia cuya veracidad podía ser cuestionada, afirmar que su autoridad estaba respaldada por un erudito escrito de gran antigüedad. En cualquier caso, Geoffrey de Monmouth termina su libro con una nota en la que dice que ha dejado el trabajo de consignar las biografías de los últimos reyes sajones y galeses a otros tres historiadores contemporáneos suyos. Quizás también esperaba que se convirtieran en sus críticos, ya que les recomienda que «no digan nada sobre los reyes de los britanos, ya que ellos no poseen el libro en lengua británica que Walter, el archidiácono de Oxford, trajo de Gales. Este libro, que he traducido con gran cuidado al latín, se compuso para narrar con gran veracidad los honores y hazañas de estos príncipes».

Uno de los historiadores que no se dejó intimidar por esta amenaza fue William de Newburgh, que nació en torno al 1136, el año que Geoffrey terminó su *Historia*, y quien también escribió una historia de las aventuras de los ingleses desde la conquista del interior por los normandos. Como historiador mucho más crítico que Geoffrey, William condenó duramente el trabajo de su predecesor por ser fantasioso y señaló que si los hechos que él contaba habían sucedido alguna vez, habría sido en un mundo diferente. Según William, Geoffrey había conseguido «que el dedo meñique de su Arturo fuera más ancho que la espalda de Alejandro el Grande». De forma similar, otro cronista que escribió durante el siglo XIV se preguntaba cómo podría ser que todos los historiadores continentales hubieran pasado por alto la conquista de treinta reinos por parte de Arturo y su ataque a un emperador romano.

Los historiadores posteriores generalmente han coincidido con estos primeros escépticos en considerar falso el relato del libro encontrado en Gales por el archidiácono de Oxford. Suponen que Geoffrey sacó sus historias de su fértil imaginación más que de la *Historia Brittonum* de Nennius o de alguna autoridad reconocida de la temprana historia de Inglaterra, o incluso de las confusas tradiciones locales y nacionales. Se ha señalado que la *Historia* de Geoffrey aparece durante el problemático reinado de Step hen, cuando la dinastía normanda que gobernaba In glaterra corría el peligro de perder su poder e influencia. Sus miembros sintieron la necesidad de contar entre sus predecesores en el trono con alguien que fuera distinguido y glorioso. Carlomagno, precursor e inspiración de los reyes de Francia y Alemania, ya era un héroe aceptado en el folklore y su leyenda contaba que no estaba muerto sino que solo dormía esperando el momento de volver triunfante junto a sus paladines. La relación con el legendario Arturo podía beneficiar enormemente a los reyes normandos en sus esfuerzos por evitar la dominación francesa.



Ilustración perteneciente al *Evangeliario de Carlomagno*, figura que pudo inspirar el nacimiento del mito del rey Arturo.

Otros historiadores han enfatizado el hecho de que Geoffrey de Monmouth creciera en Gales, en una atmósfera de tradición celta, y quisiera halagar a la corte real presentando a Arturo como el ideal de rey anglo-normando, favoreciendo también a los celtas mediante la exageración de los esplendores de su pasado. De hecho, él no estaría escribiendo historia, sino un tratado que demostrara las virtudes heroicas de la raza británica y de sus líderes, mediante la narración de sus fantásticas victorias contra todos sus enemigos.

Sea como sea, Geoffrey de Monmouth ocupa un lugar muy importante en la historia, ya que fue el primero en crear la leyenda artúrica que encendería la imaginación de toda la cristiandad. El éxito

fue inmediato en su país. La enorme popularidad de su trabajo puede deducirse del hecho de que han sobrevivido cerca de doscientos manuscritos completos, de los cuales cincuenta datan, en efecto, del siglo XII. Durante la Edad Media, la *Historia* de Geoffrey fue la fuente más importante para todos los escritores de la Britania celta.

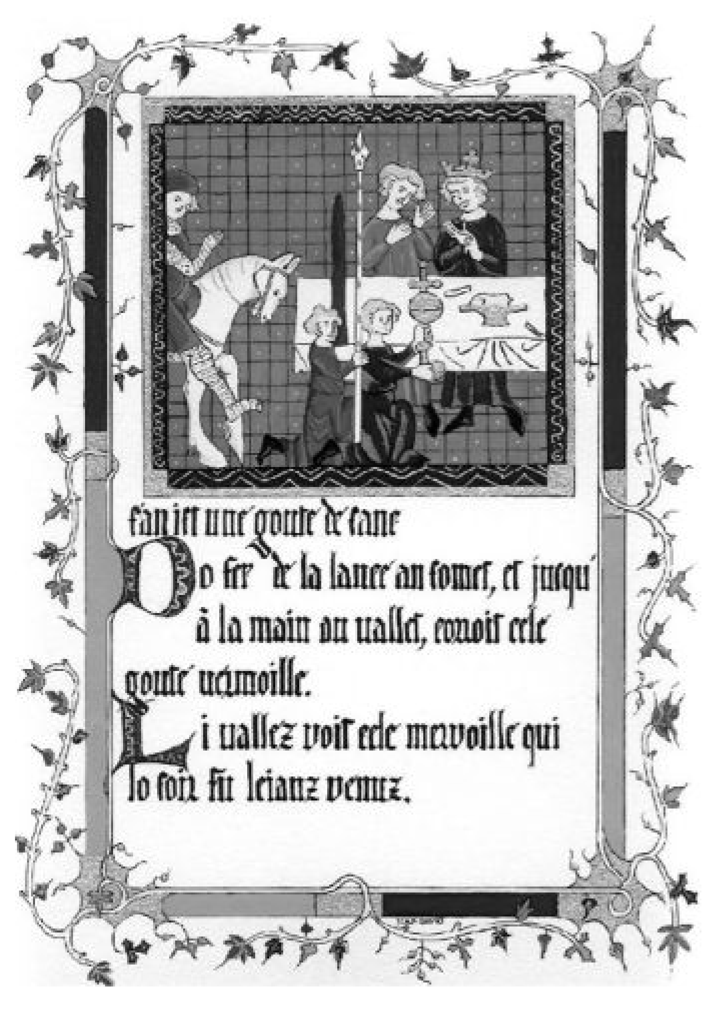
Pero fue en el continente donde la leyenda se embelleció y se extendió enormemente. Ya en 1140, Geoffrey Gaimar había traducido la *Historia* de Geoffrey del latín al francés y, en 1155, el poeta anglonormando Wace la parafraseó en verso en *Le Roman de Brut* (así llamado por un completamente imaginario Bruto de Troya quien, en el relato de Geoffrey, se señalaba como el fundador de Britania). Esto hace que la historia sea más dramática y romántica, ya que introduce la leyenda de la Mesa redonda, alrededor de la cual se sentaban los caballeros de Arturo para conferenciar y para celebrar, y presenta a Arturo como «un amante de la gloria, cuyas famosas hazañas merecen conservarse en la memoria: él estableció las normas de cortesía en la corte y las llevó a lo más alto de forma espléndida».



El rey Arturo, según la interpretación de Howard Pyle, procedente del libro *The Story of King Arthur and his Knights*, publicada en 1903.

Alrededor del año 1175, el poeta francés Chrétien de Troyes retomó la leyenda artúrica. Como hábil compilador de romances para la aristocracia feudal francesa, Chrétien añadió a las historias nuevos personajes y un nuevo encanto, envolviendo los relatos en una

atmósfera extrañamente etérea e irreal en la que el amor era una especie de religión. Así respondía a los deseos de su patrona, la condesa Marie de Champagne, cuya espléndida corte fue el centro de este nuevo código de amor cortés. Se glorificó un tipo ideal de afecto entre el caballero y su dama, la cual no podía llegar a ser esposa, ya que todos los matrimonios estaban «arreglados» en aquellos días y el verdadero amor no podía darse en una relación de obligación. Los ideales del amor cortés se basaban en que el amante debía ser gentil y humilde y reverenciar y obedecer a su dama como si ésta fuera su señor. A cambio, la dama recompensaría su devoción amándolo y cuidando de él. Como es comprensible, los ideales del amor cortés se hicieron extremadamente populares y los relatos que lo glorificaban se leyeron y recitaron por toda Europa.



Texto de los versos 3.136 al 3.141 de *Le conte du Graal*, de Chrétien de Troyes, escrito en francés primitivo.

Siguiendo el ejemplo de Chrétien, otros escritores franceses produjeron romances en verso y en prosa, algunos que lo imitaban y otros que contenían una versión modificada de alguna vieja historia o un nuevo relato interpolado, y comenzaron a reunirlos. Los trovadores de Britania seguramente con tribuyeron a aumentar este material con sus detallados relatos de las aventuras de Arturo, que se basaban en los viejos cuentos celtas de magia y maravillas, que contaban una y otra vez en las casas de los nobles.

Mientras, en Inglaterra, un sacerdote de Worcestershire llamado Layamon tradujo del francés al inglés la obra de Wace, *Roman de Brut*, contribuyendo así a la elaboración y expansión de la materia básica. En el *Bruto* de Layamon, la primera versión de la leyenda artúrica que se escribió en Inglaterra, el énfasis cambia una vez más: Layamon no escribía para la aristocracia, cuya lengua era todavía el francés, sino para el pueblo llano de Inglaterra, que hablaba la antigua forma del idioma que se habla actualmente, y al que interesaba los personajes y aventuras que ya le resultaban familiares debido a la herencia que había recibido. Layamon trata la leyenda como una epopeya de la temprana Britania, en la cual Arturo era un nacionalista, algo así como un líder bárbaro, muy diferente del rey de cuento de hadas que aparece en los romances franceses. Este Arturo, más sencillo y terrenal, es en esencia el héroe británico y este tratamiento se repetirá en varios poemas y romances en prosa escritos en inglés que narran las aventuras del rey y sus caballeros.



Los trovadores fueron los protagonistas principales de las Cortes del Amor, con sus poemas y canciones. En este caso, uno se acompaña con

un rabel. Miniatura presente en la *Biblia de Vic*, del siglo XIII.

Por extraño que parezca, la primera aparición del rey Arturo en una obra de arte que se conserva en la actualidad no fue en su nativo reino de Britania, sino en Italia, mucho más al sur, donde se grabó un relieve de Arturo y sus caballeros en la puerta norte de la catedral de Módena, en algún momento entre 1099 y 1120. En 1165, *Arturus Rex* se representó de nuevo, esta vez en un mosaico en el suelo dentro de la catedral de Otranto, al sur, en el talón de Italia. El mosaico retrata al rey portando un cetro y montando una cabra, lo que parece ser una extraña montura para un rey, a no ser que la cabra en aquel tiempo tuviera alguna relación con aquellos que gobernaban reinos subterráneos y se supusiera que Arturo lo hacía.

Aproximadamente treinta años después de que este mosaico se descubriera, un visitante inglés que recorría la isla de Sicilia, no muy lejana, informó de que sus habitantes creían que se podía encontrar al rey Arturo en las profundidades volcánicas del Etna. También había sido visto por un mozo de cuadra en una llanura siciliana buscando un caballo fugitivo. Este hombre había cruzado la llanura y había entrado en un maravilloso palacio, donde encontró a Arturo tumbado en una cama. El rey le habló de su última batalla y le dijo que, cada año, en el aniversario de dicha batalla, sus heridas se abrían de nuevo. Parece sorprendente que la tradición de la supervivencia de Arturo viajara tan lejos desde sus orígenes británicos, pero en este tiempo la isla de Sicilia estaba gobernada por la dinastía normanda y la leyenda pudo ser importada por los trovadores y llevada de forma inmediata al Mediterráneo por los oyentes más entusiastas.

Durante dos siglos, la leyenda del rey Arturo y sus caballeros se extendió por toda Europa e incluso alcanzó algunas zonas de Asia. En Francia, la fama de Arturo casi eclipsó la de Carlomagno, que no volvió a gozar de una posición preeminente hasta que la Edad Media hubo finalizado. En Alemania, los mejores poetas medievales celebraron las grandes hazañas de Arturo y de sus caballeros, en especial de Tristán y Percival. En Italia, Dante escribió *Lancelot*. Se realizaron traducciones de los textos artúricos desde Irlanda hasta Grecia. Su nombre resultaba familiar a los habitantes de los Países Bajos, Escandinavia y Suiza, España y Portugal, Chipre y Sicilia.

«¿Hasta dónde se ha extendido la fama de Arturo el Britano?», preguntaba un escritor inglés en una fecha tan temprana como 1170. «Más lejos aún que el imperio de la cristiandad. Quién, me pregunto, no habla de Arturo el Britano, si es casi más conocido entre las gentes de Asia que entre los *britanni*, como nos cuentan los peregrinos que vienen de Oriente. Los orientales hablan sobre él, así como los

occidentales, aunque están separados por la amplitud de la Tierra».

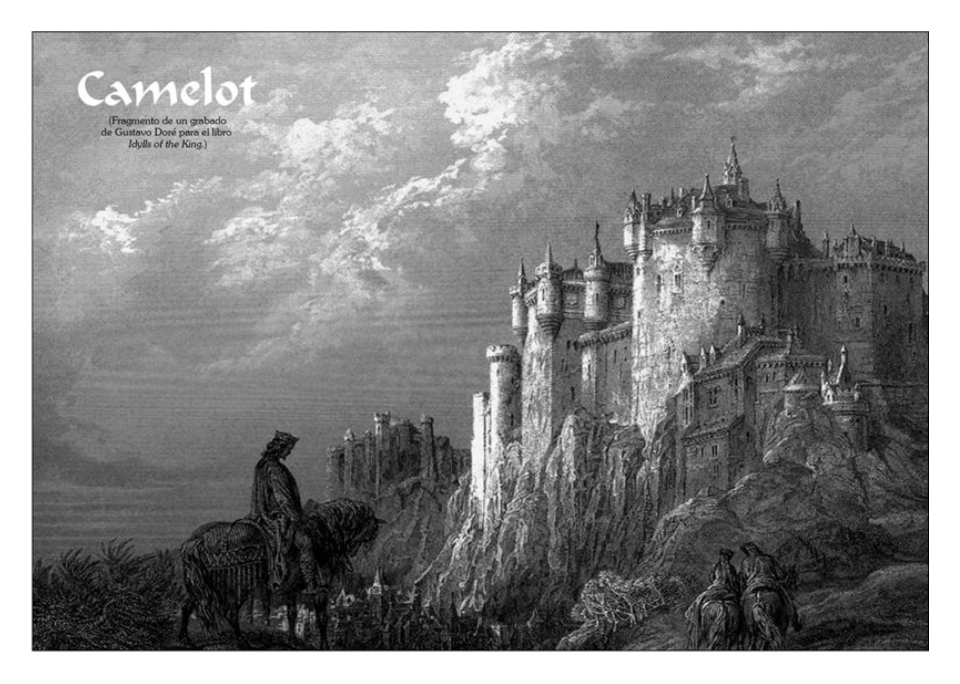
A principios del siglo XIII, los nobles y los caballeros comenzaron a divertirse con festividades que fueron llamadas Mesas Redondas, en honor a la gran Mesa alrededor de la cual los caballeros de Arturo se sentaban en Camelot. La idea de una mesa redonda que no hiciera distinciones entre los rangos de los caballeros parecía tener un especial atractivo para las mentes medievales, sin duda por el contraste con las estrictas normas de preferencia que gobernaban cualquier otra actividad, especialmente la de comer en sociedad. Los cruzados que lucharon para liberar Tierra Santa de la dominación musulmana también se relajaban con justas y banquetes en honor al legendario rey Arturo; el señor de Beirut honró la investidura como caballeros de sus hijos mayores con una espléndida celebración en la que «hubo mucha generosidad y derroche; hubo *bohorts* [un tipo de torneo en el que se usaban armas sin filo], se representaron las aventuras de Britania y las de la Mesa redonda y hubo otros muchos divertimentos».

Festividades similares se celebraron en sitios tan diversos como la isla de Chipre en 1223, Acre en Tierra Santa en 1286, Valencia en España en 1269, Praga en 1319 o Dublín en 1498. En éstos y otros muchos lugares, los reyes, los duques y los emperadores presidieron Mesas redondas y fundaron órdenes imitando el «fantástico compañerismo» del rey Arturo. Tanto ellos mismos como sus caballeros, huéspedes y rivales adoptaban los nombres, los supuestos distintivos heráldicos, las espléndidas ropas y los equipamientos de los famosos caballeros de Arturo y competían en enérgicos y peligrosos torneos por el placer de obtener el favor de las damas de la corte.

Un Papa tras otro condenaron las extravagancias de las Mesas redondas, su inmoralidad, su sinsentido y su peligrosidad y denegaron el enterramiento cristiano a aquellos que morían a causa de una caída particularmente dura o de un golpe especialmente brutal. Pero la Mesa redonda siguió siendo la principal diversión de moda entre la nobleza europea.

Aunque se asocia principalmente con la aristocracia, la Mesa redonda no era una actividad exclusiva de la clase alta. En 1281, un ciudadano de Magdeburg en Sajonia envió invitaciones a varios comerciantes de su confianza pidiéndoles que asistieran a una Mesa redonda y que demostraran su valor, señalando que el probado campeón sería recompensado con una mujer llamada Dame Feie. Aquellos que acudieron a probar su habilidad fueron recogidos por los guardias y escoltados a la lid, o lugar del torneo, que se había montado en suelo pantanoso no lejos de allí. Los escudos de los campeones vigentes se colgaron de los árboles y los aspirantes debían

dar un toque de lanza en uno de ellos para que su propietario saliera de su tienda para luchar con el pretendiente y defender su honor en la lid. Un viejo comerciante fue el que ganó a Dame Feie, a la cual se presentó con una rica dote, pero es difícil de creer que la consiguiera solo con la fuerza de sus armas.



Uno de los más magníficos torneos medievales se celebró en el castillo de Windsor en 1344. Eduardo III ordenó su celebración para conmemorar dos sonadas victorias contra los tradicionales enemigos de Inglaterra, Francia y Escocia, y después de tres días de justas y festejos, el rey llamó a todos sus huéspedes a una asamblea solemne. Vestido con ropas de terciopelo y portando la corona de Inglaterra, colocó la mano sobre la Biblia y «realizó el juramento de que comenzaría una Mesa redonda de la misma forma y con las mismas condiciones que lo había hecho Lord Arthur, el antiguo rey de Inglaterra, nombrando a 300 caballeros… y señaló que la conservaría y mantendría de acuerdo a su poder». Eduardo seleccionó a sus caballeros, vinculándolos a servir a los débiles y oprimidos con solemnes juramentos; y entonces, dice el cronista, los tambores y las trompetas sonaron y «todos juntos con los huéspedes se precipitaron al banquete, donde había comida en abundancia, una gran variedad de platos y una cantidad rebosante de bebidas; el regocijo era completo, las comodidades incalculables, la diversión enorme, la hilaridad fluía espontáneamente».

Pocos días después, en el enorme patio del castillo de Upper Ward,

se comenzó a construir un gran salón de piedra para la Mesa redonda, donde los caballeros de la hermandad pudieran celebrar sus fiestas en el futuro. Pronto, sin embargo, tuvo que suspenderse porque el rey emprendió la guerra contra Francia y no pudo afrontar los dos gastos. Volvió a Windsor en 1347, triunfante después de su aplastante victoria sobre los franceses en Crécy y de su captura del puerto de Calais, la llave del canal inglés. El salón inacabado para los caballeros de la Mesa redonda todavía se mantenía en pie en el Upper Ward para recordarle sus pasadas intenciones. Eduardo fue un hombre de gran ambición, que se tomó sus obligaciones como caballero y como líder de caballeros más en serio que sus obligaciones como soberano. Se entregó a las fiestas y los placeres durante poco tiempo, ya que pronto comenzó a considerar una empresa «más concreta y selecta»: recuperar su idea de la hermandad de caballeros que sería la envidia de Europa.



Los Caballeros de la Mesa Redonda, presididos por Arturo, en un manuscrito medieval en torno al año 1400.

Tanto fue así que la Mesa redonda del rey Arturo se convirtió en su inspiración para fundar la Orden de la Liga. Esta orden, que tomo el nombre del distintivo que portaban los caballeros en el torneo celebrado en Windsor en 1348, se convirtió, y todavía sigue siendo en el siglo XXI, en la orden de caballería más noble y respetada de Europa.

Sin embargo, en el momento en que se fundó, los ideales de la caballería ya estaban en declive. Las batallas ya no las ganaba el valor, ni los caballeros luchando entre ellos con espadas y lanzas. La misma victoria de Eduardo III en Crécy había probado que una cantidad suficiente de hombres de baja alcurnia, armados con arcos y situados en avanzadilla, podían vencer a un ejército de caballeros que los superaban dos veces en número, a pesar de su mejor armadura y su aristocrático nacimiento. En Agincourt, en 1415, esta realidad se hizo aún más evidente cuando un ejército francés de cincuenta mil hombres se enfrentó contra una fuerza inglesa de trece mil. Miles de caballeros franceses, la gloria de la caballería del rey Carlos VI, se negaron a que las tropas inferiores, armadas con la nueva y menospreciada artillería, ocuparan su lugar en la primera línea de batalla. Sin monturas, y dentro de esa enorme cantidad de metal que los hacía incapaces de moverse por el campo embarrado, quedaron a merced de los arqueros y hombres de armas ingleses. Los ingleses, con libertad para maniobrar, tumbaron a los franceses con sus pesadas y sofocantes armaduras y los hicieron pedazos con sus propias espadas y hachas.



Insignia de los caballeros medievales de la Orden de la Liga, o Jarretera.

Medio siglo después, Inglaterra se desmembró cuando la brutal

Guerra de las Rosas convulsionó el país. La Edad Media se acercaba a su final; surgían nuevas ideas, nuevas formas de vida, nuevos inventos. En 1476, William Caxton estableció la primera imprenta en Inglaterra y comenzó a imprimir para una creciente clientela libros que antes solo estaban disponibles en forma de manuscrito laboriosamente copiado: *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer, traducciones de los clásicos, una enciclopedia de filosofía…

El 31 de julio de 1485, Caxton publicó bajo el nombre de *Red Pale* su sexagésimo título en el condado de Westminster. Un mes después, el primer rey Tudor de Inglaterra ascendería al trono; una nueva era, la era Tudor, acababa de comenzar. El libro que Caxton imprimió aquel mes de julio fue el más renombrado romance medieval, *La muerte de Arturo* de Sir Thomas Malory, un libro que miraba al pasado con una añoranza nostálgica de aquellas hazañas gloriosas y heroicas de la época de la caballería, de un mundo extraño y del pasado, que ya se había olvidado e idealizado.

II



CAXTON LO LLAMÓ «UN NOBLE Y ALEGRE LIBRO» y desde luego, así es. Pero *La muerte de Arturo* es mucho más que eso. Rebosa de un cierto sentimiento de catástrofe que pre sagia la «dolorosa muerte y partida de este mundo» de su gran héroe y de sus valientes caballeros. Su autor se encontraba prisionero cuando lo escribió, un prisionero que anhelaba el día de su liberación; y esto es prácticamente todo lo que sabemos de él. Probablemente fue Sir Thomas Malory, un caballero de Warwickshire que durante algún tiempo sirvió como miembro del Parlamento para su condado. Después de esto, parece ser que vuelve a una vida de delincuencia. Se vierten contra él una larga serie de acusaciones por violación, hurto, robo de ganado, extorsión con amenazas e intento de asesinato, y sabemos con certeza que estuvo encarcelado durante unos años en la prisión de Newgate, en Londres. Resulta extraño que un personaje tan fuera de la ley sea el autor de un libro lleno de hazañas nobles y aventuras caballerescas. Pero en los tempestuosos tiempos de la Guerra de las Rosas, muchos hombres pasaron largo tiempo en prisión y el hecho de que Malory fuera acusado de estos crímenes no quiere decir necesariamente que los cometiera. No hay ningún dato que confirme que hubiera ningún juicio ni sentencia contra él.

Otros historiadores prefieren creer que *La muerte de Arturo* la escribió otro Thomas Malory, el que procedía de Studley y Hutton en

Yorkshire, mientras fue prisionero de guerra en Francia. También es posible que el autor no fuera ninguno de los mencionados, sino otro Thomas Malory cuya identidad está todavía por descubrir. Lo único que puede afirmarse con certeza es que *La muerte de Arturo* constituye una obra de arte, el único romance medieval que ha permanecido en la imaginación de los lectores durante cinco siglos, desde que se escribió hasta nuestros días. De forma hábil y meticulosa, el caballero prisionero trabajó para recopilar y aunar en uno solo los incontables romances que existían sobre Arturo, algunos en francés, otros en inglés; algunos en verso, otros en prosa, y ésta es la historia que narró:

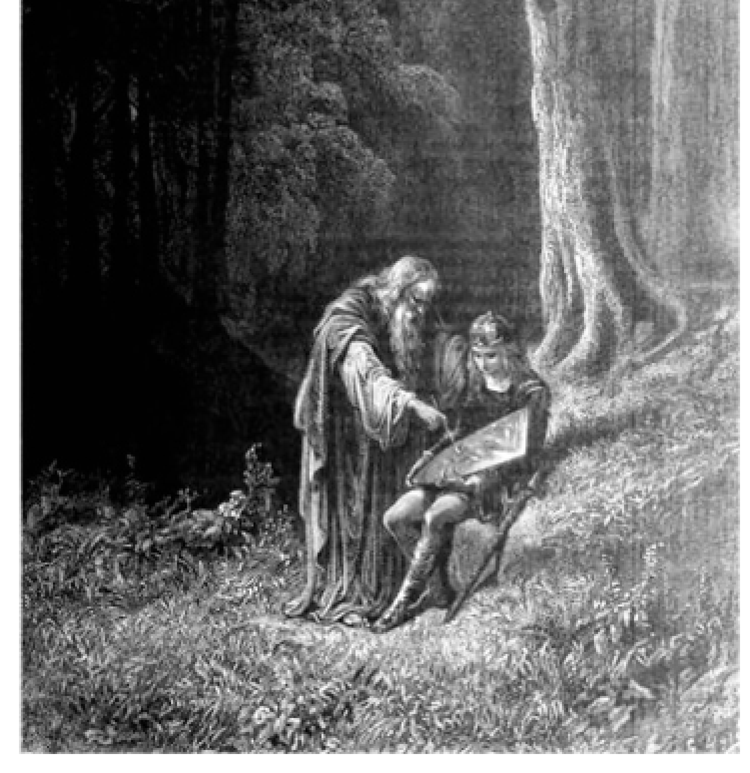
«En los días en que Uther Pendragon era rey de Inglaterra, vivía en Cornwall un poderosísimo duque, de nombre Tintagel, quien tenía una bellísima esposa llamada Igraine. El rey estaba enamorado de Igraine y, un día, cuando ésta estaba de visita en palacio, la llevó aparte y le pidió que durmiera con él. Pero Igraine era tan íntegra como bella y lo rechazó. Enseguida le contó a su marido lo que el rey le había propuesto y le suplicó que la sacara de palacio esa misma noche y que cabalgaran juntos hasta su castillo protegidos por la oscuridad.

Partieron en secreto y, cuando se hubieron ido, el rey, preso de ira y de deseo ardiente por Igraine, cayó enfermo. Sus caballeros pensaron que solo había un hombre que podría curarlo de su dolor y ese hombre era el mago Merlín. Enviaron a buscarlo y, cuando llegó ante el rey, anunció que podía, por supuesto, hacer que mejorara y que incluso podía conseguir que yaciera con Igraine; solo ponía una condición: “La primera noche que poseas a Igraine, ella quedará en estado; cuando ese niño nazca, deberás entregármelo para que yo lo críe y cuide de él”.



Ruinas del considerado castillo de Uther Pendragon, en el valle de Mallerstang.

El rey accedió y entonces Merlín le dijo: “Ahora prepárate. Esta noche yacerás con Igraine en el castillo de Tintagel y yo haré con mi magia que tomes el aspecto del duque, su esposo”. De esta forma, con el aspecto del duque, el rey cabalgó hasta Tintagel e Igraine le recibió en su cama. En el debido tiempo, el bebé nació, como Merlín había predicho, y de acuerdo con la promesa que el rey había hecho, el niño fue envuelto con ropas de oro y entregado al mago para su cuidado. Merlín, a su vez, se lo confió a Sir Héctor, un honesto y fiel caballero, dueño de magníficas posesiones en Inglaterra y Gales. La esposa de Sir Héctor lo alimentó con sus propios pechos y avisaron a un sacerdote para que lo cristianizara, dándole el nombre de Arturo.



Dos imágenes en las que aparecen Merlín y Arturo, creadas por el ilustrador francés Gustavo Doré para el libro *Idylls of the King,* de Lord Alfred Tennyson, 1868.

Los años pasaron, el rey Uther murió y el peligro de que se produjera una guerra civil sobrevino en Inglaterra debido a que los grandes barones no se ponían de acuerdo sobre quién debía suceder al rey legítimamente. Siguiendo el consejo de Merlín, el arzobispo de Canterbury llamó a todos los señores que estaban en conflicto y a todos los hombres de armas para que acudieran a Londres por Navidad y oraran a Jesús para que les mostrara con alguna señal quién de ellos sería el nuevo rey. Los señores y caballeros se reunieron en Londres y se dirigieron a la iglesia más grande, para co menzar a orar antes de que el día terminara. Cuando estaban todos arrodillados, de repente apareció un gran bloque de piedra que tenía pegado un yunque de herrero y en él había una espada clavada. Alrededor de ella había una inscripción con letras de oro que decía:





Reconstrucción ideal de la aparición de Excalibur sobre una piedra perteneciente a un viejo santuario celtíbero en El Picarzo, Jaén.

Quien logre sacar esta espada de la piedra y el yunque, es el verdadero Rey de toda Inglaterra

Todos los presentes se quedaron maravillados, pero ninguno de los señores que intentó con toda su fuerza sacar la espada del yunque logró moverla ni siquiera un centímetro de su sitio.

“El hombre que puede arrancar la espada no está entre nosotros”, anunció el arzobispo, “pero no hay duda de que Dios hará que le encontremos”.

Entonces se acordó que el día de Año Nuevo los señores y caballeros cabalgarían hasta los campos de los alrededores de la ciudad para competir en un torneo; dos de los caballeros que asistirían al torneo eran Sir Héctor y su hijo Kay, que había recibido recientemente la orden de caballería y estaba ansioso por probar su valor. Con ellos estaba también el joven hermano acogido de Kay, Arturo, que actuaba como su escudero. Cuando cabalgaban hacia el torneo, Sir Kay se dio cuenta de que había olvidado su espada en el alojamiento de su padre en Londres y envió a Arturo a que galopara hasta allí para traérsela. Pero cuando Arturo llegó a la ciudad, encontró la puerta del hospedaje cerrada, porque todos los sirvientes se habían ido a presenciar el torneo. Entonces Arturo pensó: “cabalgaré hasta la iglesia y sacaré la espada del yunque; mi hermano no puede quedarse sin una espada en este día”».

Como Malory cuenta:

«*Cuando llegó a la iglesia, Sir Arturo se apeó de su caballo y lo llevó al establo; después entró y encontró que no había allí ningún caballero, ya que estaban todos en la justa. Y así, asió la espada por la empuñadura y limpia y enérgicamente la sacó de la piedra. Después montó en su caballo y cabalgó hasta que encontró a su hermano Kay y le dio la espada*.»

Tan pronto como vio la espada, Sir Héctor comprendió la maravillosa proeza que Arturo había llevado a cabo e inmediatamente volvió con él a Londres, donde le dijo que pusiera de nuevo la espada en el yunque y que volviera a sacarla. Arturo así lo hizo, y aunque todos lo señores volvieron a intentar hacer lo que él, ninguno pudo mover la espada más que Arturo. Después de esto, el pueblo gritó al unísono: “Queremos que Arturo sea nuestro rey sin más dilación. Ha

sido Dios quien ha dictaminado que debe ser así y mataremos a cualquier hombre que vaya en contra de su voluntad”.

Después, todos se arrodillaron ante él, tanto los ricos como los pobres.»

Malory continúa:

«*Arturo tomó la espada con ambas manos y la colocó sobre el altar donde se encontraba el arzobispo para que fuera bendecida por él. Y después tuvo lugar la coronación y prometió ante los señores y ante el pueblo ser un rey justo, y aseguró que la justicia guiaría sus actos durante toda su vida.*»*

Ahora que era rey de Inglaterra, Arturo inculcó a sus caballeros la idea de luchar contra todos los malvados barones que oprimían a su pueblo y contra todos los señores rebeldes que no lo aceptaban como rey. Entre estos señores rebeldes se encontraba el rey Lot de Lo hian y Orkney, que rechazaba con desprecio el reconocimiento como rey de alguien que ni siquiera tenía sangre real. Mientras Arturo se encontraba en la guerra de Gales, la esposa del rey Lot, Morgana, llegó a su cuartel general con la excusa de hacerle llegar un mensaje, pero con la verdadera intención de espiarle.

La reina Morgana era hija de Igraine y del duque de Tintagel y por lo tanto hermanastra de Arturo. Pero Arturo no lo sabía y cuando Morgana se presentó ante él con sus cuatro hijos, Gawain, Gaheris, Agravaine y Gareth, estaba tan hermosa, tan ricamente vestida y tan deseable que «sintió un gran amor y deseó yacer con ella». Y así sucedió y ambos tuvieron un hijo, que se llamó Mordred.

Un día, no mucho después, el rey Arturo se encontraba paseando a caballo con Merlín junto a un lago. Arturo había quebrado su espada a lo largo de sus muchos combates, pero Merlín le dijo que no se preocupara ya que «cerca de aquí hay una espada que debe ser tuya».

Entonces Arturo vio que, en el medio del lago, salía del agua un brazo que en su mano portaba una brillante espada. Observando que había una dama paseando por el lago, le dijo: «¿Doncella, qué espada es aquella que sujeta el brazo sobre el agua? Me gustaría que fuera mía, porque yo no tengo espada».

«Sir Arturo», replicó la doncella, «la espada es mía, pero eres tú quien debe tenerla. Monta en aquella barcaza, rema hasta la espada y tómala junto a su vaina». Arturo hizo todo lo que ella le dijo y consiguió la espada, Excalibur, que significa «la que corta el acero».



Entrega de Excalibur por la Dama del Lago a Arturo, según la interpretación de Howard Pyle, procedente del libro *The Story of King Arthur and his Knights*, publicada en 1903.

Armado con Excalibur, el rey Arturo navegó a través del canal para luchar contra el emperador romano Lucius, que había demandado a los ingleses un tributo que éstos no estaban dispuestos a pagar. En su camino, hizo una parada para salvar al pueblo de Normandía del gigante del Monte de San Miguel, al cual encontró masticando costillas asadas de bebés recién nacidos. «No debe haber un demonio en el infierno que esté tan horriblemente contrahecho como este gigante, que medía nueve metros de altura y que era la visión más horrible que nunca hombre alguno tuvo delante. Agarró una vara de hierro y le asestó un golpe tan fuerte a Arturo, que éste perdió su corona. Pero Arturo luchó con él fieramente cuerpo a cuerpo «y así cayeron y rodaron sobre las piedras y los arbustos» hasta que,

finalmente, bajaron desde el monte hasta la orilla del mar. Y allí, Arturo hundió una daga entre las costillas del gigante y lo mató.

Después, Arturo marchó hacia el sur, hacia la provincia de Champagne, y tras una gran batalla venció al emperador Lucius y lo mató con sus propias manos. Acompañado de su ejército, cruzó las montañas y viajó hasta Italia, derrotando a sus enemigos, los sarracenos, y a gran cantidad de monstruos que encontró en el camino, para terminar siendo coronado como emperador de Roma por el Papa. A su vuelta a Inglaterra, toda su corte salió a recibirle y lo escoltaron triunfante hasta Camelot.



Arturo lucha contra el gigante del Monte de San Miguel, según un manuscrito de finales de la Edad Media.

Los caballeros del rey Arturo llevaban mucho tiempo insistiéndole para que se casara. Cuando el rey solicitó el consejo de Merlín al respecto, el mago le preguntó si había alguna mujer a la que amara sobre las demás.

«Sí», dijo el rey Arturo, «amo a Ginebra, la hija del rey Leodegrance de Cameliard, el cual alberga en su casa la Mesa redonda que le dio mi padre, el rey Uther; y Ginebra es la doncella más bella que conozco y que nunca conoceré». Pero Merlín, que poseía el don de ver el futuro, advirtió a Arturo sobre Ginebra. Insistió en que no sería honesta con su esposo y que se enamoraría de uno de sus caballeros más nobles, y

que este caballero, Lancelot, también se enamoraría de ella. Pero Arturo no quiso prestar atención; estaba determinado a tomar a Ginebra como esposa sin importar lo que dijera Merlín. Así, Merlín se presentó ante el rey Leodegrance de Cameliard para expresarle el deseo de Arturo.

«Éstas son las mejores noticias que he recibido jamás», dijo el rey Leodegrance, el cual consideraba a Arturo el más noble e importante caballero. «Le enviaré un regalo que le complacerá, que será la Mesa redonda que Uther, su padre, me dio a mí. Puede albergar a ciento cincuenta caballeros y yo mismo cubriré cien de esos sitios enviándole una centena de buenos caballeros».

«Ahora, Merlín», dijo el rey Arturo cuando escuchó las noticias, «ve y encuentra para mí a los cincuenta caballeros de mayor valor y renombre de toda esta tierra». Y Merlín salió a cumplir el encargo del rey, pero volvió solo con veintiocho, ya que no pudo encontrar más que fueran lo suficientemente importantes como para sentarse en la Mesa redonda. Uno de ellos era el sobrino de Arturo, Gawain, que sería armado caballero el mismo día de la boda. Y, así, Ginebra y Arturo se casaron en la iglesia de San Esteban de Camelot, rodeados de una gran solemnidad.



***La reina Ginebra*. Recreación de William Morris, 1858.**

Cuando todos los caballeros estaban ya ocupando sus sitios, se mandó llamar al arzobispo de Canterbury para que bendijera la Mesa redonda; y después, todos ellos se levantaron y fueron a rendir homenaje al rey Arturo y al levantarse encontraron que en cada uno

de los asientos estaba el nombre, en letras de oro, del caballero al que pertenecía y pertenecería, salvo dos sitios que no tenían ningún nombre. Merlín le dijo al rey que ningún caballero debía sentarse en aquellos sitios excepto aquellos que alcanzaran el mayor renombre de entre ellos. A cada caballero le fueron dadas tierras y riquezas y juraron ante Arturo no cometer ningún asesinato, robo, ni ninguna acción malvada y al mismo tiempo mostrar compasión ante aquellos que les reclamaran perdón y ayudar a las damas que estuvieran en peligro.

Todos los caballeros prometieron obedecer estas leyes y todos ellos eran hombres nobles y valientes, pero uno de ellos sobresalía entre todos por su nobleza y coraje, y éste era Sir Lancelot del Lago, hijo del rey de Benwick. Como Merlín había predicho, él llevó a cabo varias hazañas caballerescas para alagar a la reina Ginebra «a la cual amó sobre todas las mujeres todos los días de su vida». Y la reina también se enamoró de él.

Pero el rey Arturo no supo de este amor; él y Lancelot, y el hijo de Lancelot, Galahad, y Tristán, Gawain, Gareth, Percival, Bors y Bedivere y todos los demás miembros de tan noble orden corrieron mil aventuras y llevaron a cabo numerosas hazañas. Se lanzaron a la búsqueda de la Bestia sangrienta para darle muerte, asediaron castillos, tomaron parte en peligrosas batallas y excitantes torneos, se esforzaron por ganar el amor de sus doncellas y, sobre todo, procuraron encontrar el Santo Grial, el santo vaso que Cristo utilizó en la Última Cena. Éste había aparecido una noche en Camelot de forma repentina y misteriosa, cubierto con un paño de rica seda blanca y, después de llenar el salón donde el rey y sus caballeros se encontraban con una luz brillante y dulces aromas, desapareció rápidamente y nadie pudo saber dónde se encontraba. Casi todos los caballeros se embarcaron en la búsqueda del Santo Grial, con gran aflicción tanto por parte del rey Arturo, que temía que nun ca volvieran a la Mesa redonda, como de la rei na Gi nebra, a la que le entristecía verlos partir de Ca melot, especialmente a Lan ce lot. Pero, aunque Lan celot lo intentó con toda la fuer za de su al ma y de su cuerpo, aunque hizo penitencia y se humilló vistiendo tan solo una camisa de piel de animal durante más de un año, no consiguió más que vislumbrar el Santo Grial desde lejos, ya que ningún ca ballero po día com pletar la búsqueda a no ser que estuviera totalmente libre de pecado. Solo Galahad, Percival y Bors eran lo suficientemente puros como para conseguirlo y, después de que éstos tuvieron éxito y completaron la mítica búsqueda, el sagrado vaso ascendió a los cielos y nunca más pudo ser visto.

Aunque Lancelot intentó con todas sus fuerzas vivir de forma

honorable y olvidar su pasión por la reina, no pudo lograr que ésta desapareciera de sus pensamientos. Poco después de su regreso de la búsqueda del Grial, se encontraron una vez más en secreto. «Y se amaron con más fuerza que nunca antes y tuvieron tantas citas secretas que mucha gente en la corte de Camelot comenzó a hablar sobre ellos». Los que encabezaron las murmuraciones contra la reina y Lancelot fueron Agravaine, hermano de Gawain, y Mordred, su hermanastro, hasta que un día, estando en la cámara del rey, Agravaine dijo abiertamente: «Me maravillo de que no nos avergoncemos de presenciar y de saber que Lancelot yace con la reina, día tras día y noche tras noche. Cueste lo que cueste, yo se lo revelaré al rey».



Son muchas las interpretaciones que se han dado para explicar la verdadera naturaleza del Santo Grial. Desde la que le identifica con la copa de la Última Cena, hasta las que apuntan a un linaje de Jesucristo, pasando por los distintos simbolismos literarios idealizados que lo convierten en una meta espiritual (como en el caso del ciclo Artúrico). Las últimas investigaciones parecen certificar que la copa de ágata que se encuentra en la catedral de Valencia, y que fue entregada a San Lorenzo en el siglo III, es la misma en la que Cristo consagró su sangre. Estuvo primero en Huesca y después en el monasterio de San Juan de la Peña, hasta llegar finalmente a la capital del Turia.

Cumpliendo su amenaza, Sir Agravaine, acompañado de Sir Mordred, se reunió con el rey y le contó lo que la gente murmuraba sobre la reina y Lancelot, urgiéndole a ponerles una trampa para

descubrirlos. «Mi señor», dijo Agravaine, «saldrás mañana de caza y Lancelot no te acompañará. Cuando se acerque la noche, enviarás una nota a la reina para decirle que pasarás fuera la noche y que te envíe provisiones. Y esa noche lo sorprenderemos junto a la reina y lo traeremos a tu presencia, vivo o muerto».

El rey Arturo no quería creerles, ya que amaba profundamente a la reina y a Lancelot, pero finalmente accedió. A la mañana siguiente salió de cacería y envió la nota a la reina diciéndole que pasaría fuera la noche. Agravaine, Mordred y otros doce caballeros que sentían celos de Lancelot, se escondieron en la cámara contigua a la de la reina y esperaron en silencio a que su amante se reuniera con ella. Una vez que él hubo entrado en la habitación, sus enemigos se precipitaron a abrir la puerta y gritaron desde fuera: «¡Lancelot, traidor, te hemos descubierto! ¡Sal de la cámara de la reina!».

Lancelot solo iba armado con su espada, pero estaba determinado a que no lo atraparan. Así, cubrió la espada con su capa y gritó hacia la puerta: «Ahora, buenos señores, dejad el ruido y la precipitación y yo abriré la puerta y podréis hacer conmigo lo que os plazca». A continuación, quitó la barra de la puerta y abrió solo una rendija de forma que únicamente pudiera pasar un hombre cada vez. El primero en entrar fue Sir Colgrevance de Gore, que se abalanzó hacia Lancelot con toda su fuerza, pero Lancelot rechazó la embestida con su espada oculta y golpeó a su oponente de forma que éste cayó al suelo.



***Lancelot y Ginebra*, pintados por Herbert James Draper (1863-1920), un artista victoriano.**

«Entonces, Lancelot, con gran fuerza, arrastró al caballero hacia

dentro de la cámara y, con la ayuda de la reina y de sus doncellas, vistió la armadura de Colgrevance, abrió por completo la puerta de la cámara y se enfrentó con los demás caballeros. En el primer encuentro con Agravaine, lo derrotó y después hizo lo mismo con los otros doce, porque no hubo ninguno de ellos que superara un primer encuentro con Lancelot. Y también hirió a Mordred, el cual huyó y se presentó ante el rey Arturo, herido y ensangrentado».

«¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?», dijo el rey, «¿Lo encontrasteis en la cámara de la reina?».

«¡Sí y que Dios me ayude!», dijo Mordred, «Lo encontramos », y le contó al rey lo sucedido de principio a fin…

«¡Ay de mí!», dijo el rey, «ahora estoy seguro de que la noble hermandad de la Mesa redonda está rota para siempre».

Abrumado por el dolor, Arturo ordenó que la reina fuera quemada hasta la muerte por su traición, de acuerdo con las leyes de Inglaterra. Gawain suplicó a su tío que no lo hiciera, pero Arturo no quiso escucharle. Gawain se negó a estar presente y el rey ordenó a sus hermanos más jóvenes, Gareth y Gaherism, que escoltaran a la reina hasta el patíbulo y que presenciaran el castigo. Ellos eran tan reticentes como Gawain, pero demasiado jóvenes como para desobedecer una orden del rey. Sin embargo, a modo de protesta, insistieron en asistir a la ejecución desarmados.

Ginebra fue conducida al patíbulo, que se encontraba a las afueras de la ciudad de Carlisle, y un sacerdote escuchó su última confesión. Pero justo cuando estaban a punto de prender el fuego, apareció galopando Lancelot, acompañado por un gran grupo de sus amigos, y, dando golpes con sus espadas a diestro y siniestro, derribaron a todos los que se les resistían. «Y en su lucha precipitada, mientras Lancelot golpeaba aquí y allá, tuvo la mala fortuna de matar a Gaheris y a Gareth», a los que no reconoció en medio de la confusión. Después, Lancelot liberó a Ginebra de sus cadenas y huyó cabalgando con ella hacia su castillo, Joyous Garde, donde sus amigos se congregaron para unirse a él.

Cuando llegaron a Arturo las noticias sobre la refriega y sobre la muerte de Gaheris y Gareh, el rey se desmayó de dolor. Al despertar, comenzó a lamentar la pérdida de «los mejores caballeros que la cristiandad tuvo jamás. En solo dos días, he perdido cerca de cuarenta caballeros además del noble linaje de Sir Lancelot. Y la muerte de Gaheris y Gareth provocará la mayor guerra que conocerá el mundo, porque estoy completamente seguro de que, cuando su hermano Gawain se entere de lo sucedido, no me dará descanso hasta que yo haya destruido a Lancelot. Mi corazón nunca estuvo tan lleno de aflicción como ahora. Y lo siento mucho más por los excelentes

caballeros que he perdido que por la falta de mi reina, porque reinas puedo conseguir otras, pero tan excelsa hermandad de buenos caballeros nunca se podrá reunir de nuevo».

El rey Arturo envió emisarios por toda Inglaterra para buscar a sus caballeros y después se preparó para sitiar a Lancelot en Joyous Garde. Hubo muchas batallas, pero en todas ellas Sir Lancelot acabó retirándose y en ninguna luchó con todos sus medios, porque amaba mucho a Arturo y no tenía fuerza en su corazón para luchar contra él. Finalmente, el Papa intercedió para arreglar una tregua mediante la cual Arturo pudiera perdonar a Ginebra y que ésta volviera junto a él. Pero Sir Gawain no permitió que Arturo perdonara a Lancelot. Así, Lancelot se retiró a su reino de Benwick en Francia y el rey Arturo y Sir Gawain cruzaron el canal con sesenta mil hombres para declararle la guerra allí.

En la ausencia de Arturo, Mordred, que había sido nombrado regente de Inglaterra y guardián de la reina Ginebra, aprovechó la oportunidad para arrebatarle el trono a su padre. Fingió que había recibido una carta que le anunciaba la muerte del rey Arturo y, con esta excusa, convocó el parlamento, y fue elegido rey y coronado en Canterbury. Después, cabalgó hasta Winchester y le propuso a Ginebra que, ya que su marido estaba muerto, se casara con él.





Sir Gawain, caballero y sobrino del rey Arturo y el traidor Mordred, su hijoincestuoso con Morgana.

Pero Ginebra huyó a Londres y se encerró en la Torre de Londres, «y, con toda la celeridad que pudo, reunió todo tipo de víveres y la

guarneció con hombres y así permaneció. Para entonces, la ira de Mordred era desmedida, y fue a Londres y montó un asedio contra la Torre, y llevó a cabo grandes asaltos, con grandes maquinarias, y disparó armas contra ella».

Sin embargo, cuando Mordred recibió noticias de que Arturo volvía a Inglaterra para vengarse, tuvo que abandonar el sitio y viajar a Dover para hacer frente al desembarco de las tropas de su padre. Allí, en Dover, «hubo una matanza de buenos caballeros y valientes barones». Pero tanto Arturo como Mordred sobrevivieron a la batalla día tras día, y uno de esos días «tuvo lugar la batalla más igualada que nunca se vio». La lucha duró desde la mañana hasta la noche, hasta que cien mil nobles caballeros yacieron muertos en el campo de batalla. «Cuando el rey Arturo vio a tantos de los suyos muertos y miró alrededor y vio a Mordred blandiendo su espada en pie sobre un gran montón de cadáveres, su ira creció y creció».

Agarró su lanza con las dos manos y corrió hacia Mordred, gritando: «¡Traidor! ¡Ha llegado el día de tu muerte!». Y con toda su fuerza, hundió su lanza en el estómago de Mordred por debajo de su escudo y con este golpe traspasó el cuerpo de Mordred y la lanza asomó por su espalda. Pero incluso con esta herida de muerte, Mordred levantó su espada y golpeó a su padre tan ferozmente sobre el yelmo, que el acero traspasó el visor y penetró en el cráneo de Arturo.



El rey Arturo herido es recostado en la barca en la que morirá.

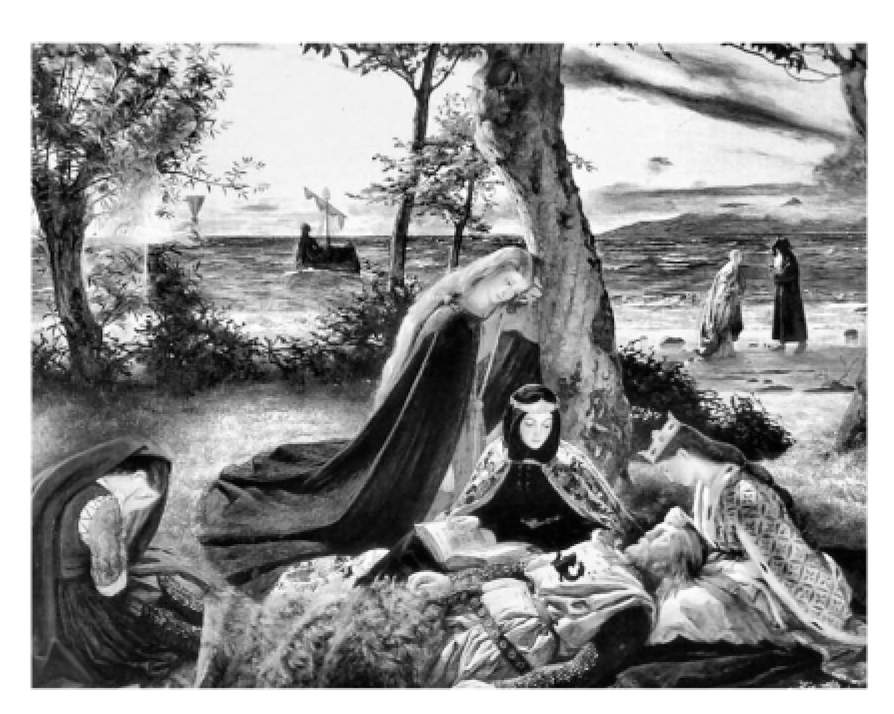
Fotografía de Julia Margaret Cameron, ap. 1874.

«Y el noble Arturo cayó desvanecido a tierra y allí se desmayó y recuperó el conocimiento varias veces». Sir Bedivere, el último de los caballeros que quedaba con vida aunque también se encontraba gravemente herido, se arrodilló y sostuvo al rey entre sus brazos.

«Mi tiempo se acaba, Sir Bedivere», le dijo el rey, «toma mi buena espada, Excalibur, y arrójala al agua».

Bedivere fue hasta el lago que había cerca y lanzó a Excalibur tan lejos sobre el agua como pudo; y cuando ésta estaba cayendo, una mano surgió para agarrarla por la empuñadura y la ondeó tres veces a modo de despedida, antes de sumergirse en las profundidades. Después, Bedivere cargó al rey a su espalda y lo llevó a la orilla del agua. Allí había una pequeña barcaza en la que estaban sentadas unas bellas damas que vestían velos negros y lloraban amargamente.

«Ahora colócame en la barcaza», dijo el rey Arturo. «Debo ir al valle de Avalon para curar mi grave herida. Y si nunca vuelves a oír hablar de mí, reza por mi alma».



Otra interpetación de la *Muerte de Arturo*, realizada por James Archer (1823-1904).

Bedivere colocó al rey suavemente, haciéndole descansar la cabeza en el regazo de una de las damas, y la barcaza navegó hacia la niebla y

nunca más se oyó hablar del rey Arturo.

«Y la gente de muchas partes de Inglaterra cuenta que el rey Arturo no está muerto sino que fue llevado a otro lugar por la voluntad de Dios, pero que algún día volverá y ganará la Sagrada Cruz. Y también comentan que hay una inscripción en su tumba que reza lo siguiente:

Hic Iacet Arthurus,
Rex Quondam Rexque Futurus

Aquí yace Arturo, el único y futuro rey.»

Éste que he narrado es el argumento y la esencia del relato de Malory. Basada en los tempranos romances franceses, que a su vez beben de la *Historia de los reyes de Britania* de Geoffrey de Monmouth, la cual a su vez se escribió tomando como fuente los informes, tradiciones y leyendas orales, esta historia nos adentra en la dura realidad del siglo V y de la isla amenazada en la que nació nuestro Arturo verdadero.

* Este extracto está tomado de la más reciente y fiel edición de los textos de Malory, editados por el profesor Eugène Vinaver y publicados por Oxford University Press, en los cuales está basado todo el capítulo. Para una lectura más fácil, hemos transcrito las citas sucesivas en inglés moderno (*Nota del autor*).

III

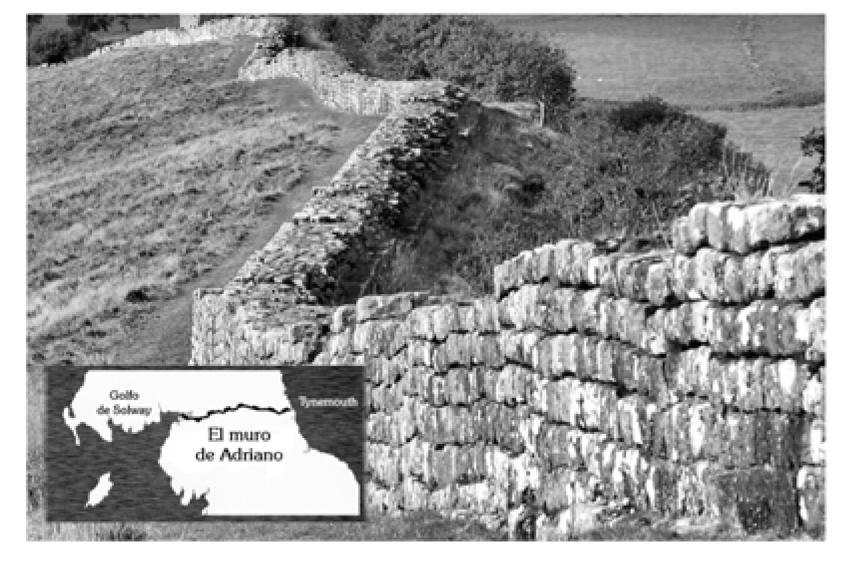


El siglo V presenció la desintegración del Imperio romano. Durante años, Roma se había esforzado por defender sus fronteras más remotas, que se extendían unos 16.000 kilómetros, desde el Mar del Norte hasta el Rin y cruzando el Danubio hasta llegar a las orillas del Mar Negro; y desde Constantinopla avanzando por el Mediterráneo hasta el Estrecho de Gibraltar, después en dirección norte a través de España y la Galia (que fueron provincias romanas durante siglos) hasta Britania, la isla que marcó la expansión más lejana de Roma por el Noroeste. Pero el anteriormente civilizado estilo de vida romano se había convertido en estéril y decadente; los emperadores romanos eran hombres de poca importancia, marionetas en manos de sus generales que los asesinaban con frecuencia para ocupar su lugar en el trono. La magnífica administración que había permitido al gobierno de Roma mantener el control de un conglomerado de provincias y naciones difíciles de manejar había degenerado en una burocracia plagada de corrupción. El comercio estaba en declive y los impuestos subían. El ejército romano, en un tiempo motivo de orgullo gracias a sus legiones de soldados bien equipados, se componía ahora de tropas de bárbaros, reclutados para defender al imperio frente a la creciente presión de otras bandas de bárbaros —godos, vándalos, sajones, hunos— que se movían en dirección sur y oeste desde Escandinavia, las tierras que rodeaban el Báltico y las distantes estepas rusas.

En 429, bajo el liderazgo del astuto e implacable rey Gaiseric, una horda de vándalos ocupó España y el África romana, la principal fuente de reservas de maíz y hogar de una próspera civilización. Atravesaron toda la costa norte africana, conquistando y saqueando todo a su paso, y en 439 tomaron Cartago, el mayor puerto africano de Roma. Gaiseric ordenó construir una armada pirata y, utilizando Cartago como base, los vándalos comenzaron a asolar todas las ciudades mediterráneas del imperio, e incluso llegaron a constituir una amenaza para la misma Roma.

Debido a la peligrosa presión que ejercían los bárbaros en sus fronteras orientales y del norte, Roma no pudo seguir ofreciendo protección a la distante isla de Britania. Ordenaron regresar a una legión tras otra para luchar en las guerras continentales del imperio, hasta que solo quedó una pequeña guarnición regular. Sobre el año 410, la mayoría de ésta se había retirado y, aunque hubo una breve década de reocupación entre 417 y 429, el control por parte de Roma había acabado definitivamente a mediados de siglo. Los isleños fueron abandonados y tuvieron que defenderse solos.

La Britania romana llevaba alrededor de un siglo sufriendo ataques intermitentes. Desde el norte, eran asaltados de forma constante por la feroz y tatuada tribu de los pictos, que provenían de las montañas de Caledonia en Escocia. En el siglo II a.C., el emperador Adriano había construido un gran muro que cruzaba el país de este a oeste entre el río Tyne y el Solway Firth para mantener a los pictos alejados del país romanizado del sur. Pero una vez que las legiones que habían defendido la zona con sus vidas se hubieron marchado, los pictos treparon por las murallas abandonadas y avanzaron en tropel hacia el sur en dirección a Humber. A los pictos les siguieron los intrusos provenientes de Irlanda, que navegaron cruzando el mar Irlandés en sus embarcaciones de piel y madera llamadas *curraghs*. Saquearon todas las tierras a las que llegaron en las costas occidentales de Inglaterra y Gales, y aterrorizaron a pescadores y granjeros, hiriendo con sus lanzas y acuchillando a aquellos que no lograban escapar y prendiendo fuego a sus cabañas de techo de paja. Pero peor aún que la amenaza de las bandas de pictos e irlandeses era el poder creciente de los sajones, que utilizaban la *seax* o espada corta, y de sus vecinos del norte, los anglos y los jutos, que se dedicaban a la pesca y a la agricultura en lo que hoy se conoce como la parte sur de Dinamarca.



«Un lienzo del muro de Adriano» y su situación.

Los anglos, los jutos y los sajones eran pueblos en expansión que ya no se conformaban con sus restringidas tierras de cultivo continentales. A medida que el poder romano decrecía en Britania, ellos comenzaron a mirar hacia el Oeste en busca de más tierras en las que asentarse, ricas tierras que habían sido una provincia de Roma durante más de trescientos años en las que podrían conseguir riquezas y una vida mejor para todos. Llegaron cruzando el Mar del Norte en galeras muy largas y poco profundas, toscamente construidas con tablas de roble superpuestas, curvadas en el extremo, a cuyos remos se colocaban un gran número de fuertes guerreros. Eran hombres apuestos, con pelo largo y barba, que vestían pantalones y camisas gruesas y ásperas y unos mantos cuyas pieles habían cosido sus mujeres, para servirles como abrigo durante el día y para que pudieran utilizarlos como mantas por la noche. Además de sus espadas cortas, portaban gruesas lanzas con puntas de hierro, hachas de guerra y redondos escudos de madera cubiertos con cuero. Muy pocos de ellos vestían yelmos y menos todavía cotas de malla debido al alto precio que pedían por ellas los armeros de las tierras del Rin. Incluso entre los jefes había algunos que no disponían ni de un chaleco de piel que los protegiera. Pero eran hombres rudos y violentos que rebosaban energía animal y, a lo largo de las costas sureñas y orientales de Britania, saquearon, violaron y asesinaron, quemaron las granjas y mataron el ganado para después volver a casa.

A finales del siglo IV, Britania era todavía una de las provincias más agradables del Imperio romano, aunque ya no era tan próspera como antaño. Las onduladas tierras bajas y llanuras del sur estaban

salpicadas por villas de ladrillo y estuco de los granjeros, aunque muchas de ellas habían sido abandonadas y ahora permanecían vacías, con sus muros limpiamente pintados en estado de ruina y sus tejas rosadas que comenzaban a caer de los tejados. En el invierno, las habitaciones bien amuebladas de esas villas se calentaban con tuberías de agua caliente instaladas bajo los mosaicos del suelo y en verano, el agua corría por los patios y las parras crecían sobre los muros del jardín. Frente a las puertas de sus villas, se extendían caminos bien trazados que llevaban a las ciudades que habían constituido la contribución romana a la forma de vida británica, ciudades cuyas calles pavimentadas e imponentes edificios se construyeron a la manera regular y rectilínea que era del gusto de los arquitectos de Roma.

Las carreteras cruzaban la isla y unían las plazas fuertes del norte con los puertos del sur, y se extendían desde los fuertes situados a lo largo del muro de Adriano hasta las villas dispersas de las tierras bajas del Sur; desde las fortalezas de los legionarios de Chester en el Oeste, hasta la gran ciudad de Caistor en la costa Este. Y en el centro de este complejo de carreteras estaba Londinium, una de las ciudades más impresionantes al norte de los Alpes.

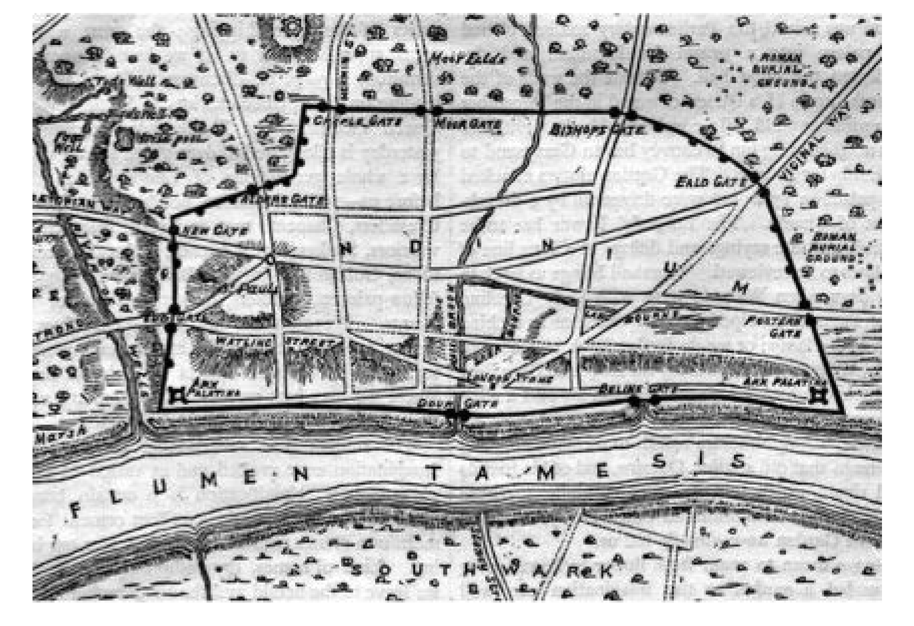


El Londres romano era una ciudad de aproximadamente 30.000 habitantes, los cuales vivían en un área de alrededor de trescientos acres cercados por cinco kilómetros de fuertes muros de piedra de casi tres metros de grosor y seis de altura, abiertos por algunas puertas en las que desembocaban las carreteras principales. La puerta del río, a la cual el viajero llegaba después de atravesar el puente de madera que cruzaba el Támesis, se abría a la calle que conducía a la Basílica, que era el centro del comercio y del gobierno, un enorme e impresionante edificio de más de ciento treinta metros de largo con altos muros

arqueados. Junto a esta puerta del río se encontraban los baños públicos y por toda la ciudad se podían encontrar otras casas de baño. A lo largo de las calles, a ambos lados de las mismas, y tan lejos como podía llegar la vista, se elevaban los frontales arqueados de numerosas tiendas y las casas porticadas de los comerciantes prósperos.

La vida en Londinium, al igual que en otras grandes ciudades de la Britania romana, estaba bien organizada para todos excepto para los más pobres y para los esclavos que se ocupaban de los trabajos más duros. Las granjas que existían fuera de los muros y los jardines de dentro de los mismos producían carne, vegetales y fruta; el agua limpia y potable, canalizada en troncos huecos de árboles, era abundante; el Támesis, en cuyos muelles amarraba una gran cantidad de barcos de mercancías, estaba repleto de salmones, truchas y bancos de peces de agua dulce. No existía la escasez de trabajo. Había muchas fábricas de ladrillos, de cerámica y vidrio, carpinterías, molinos, albañiles y fábricas de muebles, así como filas y filas de almacenes y naves a lo largo del río. El latín era el idioma universal, tanto escrito como hablado. Los civilizados ciudadanos de Londinium eran muy diferentes de los salvajes piratas y jinetes germánicos que venían cruzando el mar, bárbaros que adoraban a los dioses de la guerra, que odiaban las ciudades y se sentían atemorizados por ellas, porque consideraban que eran lugares donde moraban los espíritus malvados, y cuya idea del lujo era dormir en un campamento bajo las estrellas y tener la tripa repleta de carne y de cerveza.

Los britanos, que estaban romanizados y eran pacíficos, no eran rivales para tales hombres. Aunque todavía estaban unidos por fuertes lealtades y costumbres tribales, sobre todo en las partes más remotas de la isla, ya no estaban poseídos por ese espíritu guerrero que había incendiado sus corazones cuando, mucho tiempo antes, siguieron a su reina Boudicca a la batalla contra los conquistadores romanos durante el reinado del emperador Nerón. Acostumbrados durante siglos a relegar su defensa en las legiones romanas, los britanos eran ahora incapaces de protegerse a sí mismos y a medida que el siglo IV se acercaba a su fin, aumentó aún más su necesidad de protección.



Plano de Londinium grabado en madera.

Los sajones, una amenaza creciente, ya habían establecido sus bases a lo largo de la costa continental desde la cual podrían asaltar Britania con mayor facilidad. En el Oeste, los escoceses provenientes de Irlanda también suponían una amenaza bajo el gobierno del rey Niall de Nine Hostages. Repetidos ataques se sucedieron a lo largo de las costas del agitado mar irlandés y miles de hombres fueron tomados prisioneros para servir como esclavos a los jefes irlandeses. Los piratas del rey Niall avanzaron hasta Chester y Wroxeter y, aunque en el año 405 el rey Niall fue asesinado en el mar, los ataques no cesaron.

Incluso cuando las legiones se habían marchado y los vándalos habían comenzado a invadir el África romana bajo el mando del rey Gaiseric, la Britania romana todavía no había perdido toda la esperanza de supervivencia. En el año 429 llegó a la isla un obispo de Auxerre, en la Galia, que se llamaba Germano y que había si do soldado en juventud y nunca había perdido el gusto por la batalla. El obispo Germano encontró que Britania era «una isla rica», llena de comunidades todavía prósperas gobernadas por reyes locales cuyas familias poseían largas tradiciones como legisladores. Incluso antes de que Roma ocupara Britania de forma permanente en el año 43 a.C., Cunobelinus, el Cimbelino original de Shakespeare, el poderoso gobernante de la tribu Catuvellauni del sur de Britania, solía llamarse a sí mismo *rex*, o rey, en las monedas que se acuñaban en su casa. Con la crisis del gobierno de los romanos, los britanos tendieron cada vez más a honrar los antiguos lazos y a concentrarse alrededor de los

líderes regionales.

A pesar de los ataques constantes de los bárbaros, Germano era consciente de que la organización ciudadana todavía funcionaba. El comercio en el puerto de Londinium permanecía activo; en Verulamium, lejos en el Norte, el teatro romano se había convertido en un vertedero para los vegetales rechazados en el mercado, pero las tiendas todavía estaban abiertas y los artesanos locales aún eran prósperos. Germano también notó que los invasores podían destruir granjas aisladas cercanas a las costas, incendiar las cabañastizos de madera de los pescadores, pisotear los cultivos y los huertos, los viñedos y los jardines, pero que no eran capaces de mantener una batalla campal ni de asaltar los muros de albañilería de una ciudad o un fuerte romano.



Anverso de una moneda acuñada por Cunobelinus.

Antes de su llegada a Britania, Germano había sido gobernador militar del distrito de Armórica en la Galia, con la responsabilidad de proteger la costa del Canal. Pero no había sido enviado a Britania como soldado, sino como sacerdote para combatir una nueva herejía conocida como pelagianismo. Un britano llamado Pelagio había comenzado a predicar que cuando el alma nacía, su condición era neutra y que la voluntad humana era libre de hacer su elección entre el vicio y la virtud. Esta idea negaba el concepto original del pecado y los piadosos obispos de Roma temían que tal enseñanza pudiera minar la autoridad de la Iglesia. Germano, sin embargo, se preocupó tanto de las almas de los británicos como de sus cuerpos.

El obispo reorganizó las milicias locales, persuadió a sus líderes para

que lo aceptaran como comandante supremo o *dux*, y les enseñó a luchar en batallas formales. Cuando los bárbaros volvieron a hacer su aparición, los britanos estaban mejor preparados para el encuentro. En vez de retirarse hacia el interior dominados por el pánico, corriendo como ovejas ante el avance de los sajones, aterrados por los gritos de esa muchedumbre salvaje y los bramidos de sus cuernos de guerra, esta vez se retiraron siguiendo un orden y condujeron a los opresores hacia la trampa que Germano había preparado para ellos. Los sajones marcharon, sin sospechar nada, adentrándose en un estrecho valle y cuando habían avanzado lo suficiente para no poder salir del cuello de botella, Germano rompió su prudente silencio. Po nién dose en pie, gritó «Aleluya» con todas sus fuerzas. Los britanos, que esperaban, escucharon su grito y se lo devolvieron, repitiendo «¡Aleluya! ¡Aleluya!» y se precipitaron hacia sus atrapados enemigos por ambos lados del valle. Los sajones, sorprendidos y alarmados por esta inesperada respuesta a sus gritos de guerra, giraron sobre sus talones y huyeron, dejando caer sus lanzas mientras corrían.



Reverso de la misma moneda.

Ésta fue una gran victoria, pero solo constituyó un respiro momentáneo. Los años pasaron y los sajones y sus aliados se hicieron más resueltos y organizados. Ahora llegaban no solo en galeras sino también en barcos con velas de cuero, dejaban sus embarcaciones ocultas en ensenadas de la costa y avanzaban por los caminos menos transitados, introduciéndose cada vez más en el interior del país. Se convirtieron en expertos en la realización de asedios y fortificaron sus campamentos, además de aprender a reconocer el punto débil de una

cadena de defensas y atacarlo hasta abrir una brecha. Pronto comenzaron a asentarse en las tierras que antes se limitaban a asolar y establecieron pequeños asentamientos agrícolas de robustas cabañas alrededor de las casas de madera de sus barones o señores.

En el año 446, los britanos enviaron una última y desesperada súplica de ayuda a Roma. Todas aquellas zonas de la Britania romanizada que todavía podían actuar de forma colectiva se unieron para enviar un mensaje urgente a Aecio, el general romano de la Galia:

«*Oh Aetius, tres veces cónsul, escucha los gemidos de los britanos; los bárbaros nos conducen al mar, el mar nos trae a los bárbaros; tenemos estas dos formas de morir, seremos masacrados o ahogados.*»

Pero no hubo respuesta; Aetius tenía suficiente con defenderse de los ataques bárbaros a la Galia. No llegó ninguna ayuda.

Entonces —o eso parece deducirse de los confusos datos que se conservan de la época— se hizo un llamamiento a un líder más cercano a casa, Vortiger, un poderoso gobernante británico que había conseguido controlar un extenso distrito del oeste de Britania y que ejercía una considerable influencia también sobre el sur de la isla. De acuerdo con algunas fuentes, parece que Vortiger se casó con Sevira, hija del emperador romano Máximo, y de esta forma, como jefe supremo de habla inglesa, mostró su respeto por la forma de vida romana. Su consejo para los britanos fue que utilizaran una solución romana para solucionar los problemas britanos.

El Imperio romano había confiado su perpetuación no solo en los reclutamientos para su ejército de gentes de todas las razas del mundo, sino también en el reclutamiento de tribus enteras alistadas para defender áreas concretas. Estas tribus eran conocidas como *foederati* porque ellas mantenían un *foedus* o tratado con Roma; los términos usuales eran que ellos serían admitidos en el Imperio a cambio de defender cualquier parte del mismo que se les asignara, y aunque los soldados ganaran tierras dentro del Imperio, a ellos se les permitiría conservar sus propias leyes y tradiciones y su propia identidad. Esta política, sugerida aparentemente por Vortiger —con el consentimiento de los regidores britanos—, era la que debía adoptarse ahora. Así, aceptaron a un regimiento de guerreros sajones con sus mujeres, que se establecieron en una región del sudeste britano a cambio de mantener a raya a los pictos, los escoceses y otras tribus y con la promesa de que vivirían en paz con sus vecinos britanos.

Según el venerable Beda, el historiador y monje nortumbro cuya *History of the English Church and People*, completada en 731, es nuestra

principal fuente de conocimiento de este periodo, los líderes de las tropas federadas eran dos jefes jutos, llamados Hengist y Horsa. Éstos se establecieron en la isla de Thanet, un área de ricas tierras de labranza que estaban separadas de Kent (tierra de la tribu de los cantos) por un estrecho canal que estaba protegido por un fuerte romano en cada uno de sus extremos.



El historiador medieval Beda el venerable en su *scriptorium*.

Había una gran dis tancia entre las zonas de Britania amenazadas por los pictos y las que eran atacadas por los guerreros irlandeses, pe ro para Vortiger era conveniente mantener su control en el norte, donde no había lu chas y los federados sajones estaban bien si tuados para asumir la de fensa costera necesaria para la protección de Londinium.

Al principio todo fue bien. Los pictos y los escoceses fueron subyugados, el asentamiento de Kent prosperó y los britanos disfrutaron de un periodo poco habitual de paz. Pero de forma gradual, los que se asentaron fueron trayendo a sus amigos y refuerzos

(anglos, jutos y sajones) desde el Mar del Norte y comenzaron a extenderse cada vez más por el sureste de Britania. Cada vez demandaban más tierras y mayores pagos. En algún momento del año 450, las frecuentes disputas entre ellos y sus empleadores británicos desembocaron en una guerra abierta. En el año 457, hubo una feroz batalla en Crayford, Kent, y los britanos, que perdieron cuatro mil hombres en el campo de batalla, «huyeron aterrados hacia Londres».

Ésta es la última mención a Londres en los documentos conservados, después está ausente durante un siglo y medio; la capital de los britanos y otras ciudades romanas cayeron víctimas de los invasores que ahora estaban armados con el equipamiento militar romano que habían puesto en sus manos. Los sajones prosiguieron su avance por la isla, devastando los campos y las ciudades:

«*Arrasaban los edificios públicos y privados [según la crónica de Beda] y asesinaban a los sacerdotes en el altar: los obispos y cargos similares, sin reparar en el rango, fueron masacrados a fuego y espada y no quedó ninguno para enterrar a aquellos que habían sufrido una muerte tan cruel. Unos pocos desgraciados supervivientes que fueron capturados en las colinas fueron exterminados de forma sangrienta, y otros, que desesperados por la hambruna volvieron y se rindieron al enemigo, fueron esclavizados de por vida. Algunos, en su miseria, huyeron por el mar; otros, aferrados a sus hogares, afrontaron una existencia infeliz y llena de terror.*»

El retrato de Beda es horrible ya que la gran mayoría de los supervivientes probablemente permaneció cerca de lo que una vez fue su hogar, aunque en condiciones míseras. Probablemente, algunos cruzaron el canal y llegaron a la vieja provincia romana de Armórica, en una primera etapa de tres siglos de migraciones, que con el tiempo daría la lengua británica (celta) —y el nombre moderno de Bretaña— a esta gran península atlántica.

Fue una suerte que en West Country hubiera un líder tribal que tuviera la suficiente fuerza como para hacer frente a la amenaza sajona y para ofrecer refugio a aquellos que habían escapado o que estaban preparados para tomar sus armas en defensa de su vieja cultura. Este hombre se llamaba Ambrosio, un gobernante que parecía haber avisado a Vortiger de los peligros de su alianza con los sajones y que parecía habérselas arreglado para mantenerse alejado de sus consecuencias.

Según parece, Ambrosio era descendiente de romanos. Las tierras que gobernaba estaban tan romanizadas como cualquiera de las británicas y probablemente procuró, incluso en ese tiempo, preservar lo que podía de las tradiciones de la cultura romana y organizar su gobierno y su armada según el modelo romano. Aunque el guerrero

sajón Aelle llegó hasta cerca de Selsey en el año 477 y consiguió convertirse en rey de South Saxons (que dio su nombre al actual condado de Sussex) y aunque en el año 495 Cerdic llegó a las orillas de Southampton Water para fundar el reino de West Saxons (que después sería el reino de Wessex del monarca Alfredo), en el Oeste, el reino britano-romano de Ambrosio permanecía seguro. Hasta este refugio, dice el primero de los historiadores ingleses, un monje llamado Gildas que escribió durante el siglo VI, llegaron multitud de hombres de otras tribus amenazadas, «con la inquietud de las abejas cuando se avecina la tormenta».

Durante su mandato, Ambrosio consiguió evitar que la tormenta estallara en su reino. Un escritor contemporáneo del continente describía a Britania en el año 480 como un lugar próspero y en paz, a pesar de las incursiones de los sajones. Sobre el año 500, había un considerable asentamiento de sajones a lo largo de la costa este (Essex) y los reinos de Sussex y Wessex seguían floreciendo y expandiéndose. Incluso en Costswold Hills, a lo largo de la frontera con Gales, y en Dumnonia (la península ocupada hoy por los condados de Devon y Cornwall) la Britania romana logró sobrevivir.



Un paisaje de Clayton, en el condado de Sussex con unos tipicos molinos.

Tanto los registros escritos como las evidencias arqueológicas sobre esta época son increíblemente escasos incluso para la historia más superficial de Britania. No obstante, con este poco material existente, es posible dibujar un retrato fiable de cómo era la vida en el área

occidental de Britania que era leal a Ambrosio.

Se mantenía un modesto comercio marítimo tanto con los puertos atlánticos de Burdeos y Nantes como con los mediterráneos, que aumentó gradualmente poco después del año 500. Los barcos de los comerciantes introducían pequeñas cantidades de vino en ánforas de barro (tinajas) y quizás también aceite para cocinar. Los escritos tempranos sugieren que a cambio se exportaba el maíz, los géneros de lana y cuero y quizás la raza de perros de loberos irlandeses (que evidentemente eran muy cotizados por su fuerza y velocidad) e incluso esclavos.

En unos cuantos centros como Gloucester, la vida se desarrollaba según el viejo modelo romano y el latín seguía siendo la lengua de unos pobladores que, orgullosos de sus vínculos con el pasado, atesoraban sus manuscritos, los ajuares de mesa de plata y peltre y sus civilizadas formas de culto, ya fuera la adoración a Cristo o a algunos dioses paganos.

Pero en la mayor parte del reino de Ambrosio, la gente había vuelto a una forma de vida menos romanizada, agrupándose en pequeñas comunidades tal y como lo hacían sus antepasados en los fuertes de las colinas, utilizaban la alfarería autóctona que estaba hecha de forma manual (no amasada en el torno como la romana) y hablaban una gran variedad de dialectos británicos. Para los pobres, como siempre, la vida era dura. Vivían en cabañas de piedra y paja, labraban laboriosamente sus pequeñas parcelas de cultivo, intentando mejorar su escasa dieta de pan y piezas ocasionales de carne con vegetales, se vestían con toscas prendas de lana y eran gentes que tenían pocos motivos para celebrar los placeres de la existencia humana. Pero valoraban su libertad y su sentido de la identidad nacional y estaban dispuestos a luchar por ellos.

Quizás para protegerse de la invasión sajona y posiblemente para proteger a su ganado de los asaltos, o de los sajones y de otras tribus británicas, los habitantes de este último enclave romano-britano levantaron una serie de fortificaciones lineales realizadas con tierra. Una de las más largas se conoce hoy como Wansdyke, un enorme montículo que se extiende a lo largo de ochenta kilómetros desde Inkpen hasta el actual Berkshire, cruzando Savernake Forest y los Marlborough Downs, sobre la calzada romana que se usaba para llegar a Bath, y por debajo del Canal de Bristol. Los historiadores no están seguros de su propósito, pero su presencia, elevándose entre los pacíficos campos de la moderna campiña inglesa, sirve como recuerdo de un tremendo esfuerzo conjunto llevado a cabo por un pueblo que solo contó con las más primitivas herramientas para ayudarse en su construcción.

Bajo el gobierno de Ambrosio, los britanos sufrieron derrotas y reveses, pero también alcanzaron victorias. Perdieron tierras algunas veces, pero nunca protagonizaron una retirada total. Pero los hombres se preguntaban qué ocurriría cuando su líder muriera y él mismo se lo preguntaba también. ¿Podría alguien reemplazar a Ambrosio? ¿Podría algún hombre llegar a ser un líder tan memorable?



La defensa Wandsdyke, destacando entre campos de cereal.



EDWIN AUSTIN ABBEY fue uno de los más extraordinarios artistas norteamericanos de finales del siglo XIX y principios del XX. Nació en Philadelphia en 1852 y estudió en la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania. Alcanzó la fama con sus ilustraciones en revistas, que eran notables por sus temas clásicos y por la profusión de detalles. En 1878, se trasladó a Inglaterra, donde en 1898 fue elegido miembro de la *Royal Academy*. Cuando murió en 1911, fue reconocido como uno de los mayores artistas de su tiempo. En 1889, Abbey acometió la empresa de realizar las ilustraciones de un mural y en 1890 fue designado para decorar quince paneles de la sala de recepción de la Biblioteca Pública de Boston. Eligió como tema una de las grandes leyendas de los romances artúricos, el viaje épico de Galahad en busca del Santo Grial. *The Quest of the Holy Grail* (*La búsqueda del Santo Grial*) se instaló en 1895 en lo que ahora se conoce como la Sala Abbey. En quince murales ricamente detallados, Abbey representa los más importantes acontecimientos de la búsqueda, desde el nacimiento de Galahad hasta su investidura como caballero, sus intentos y aventuras hasta su éxito final. Lo que sigue es la publicación de la historia completa de los quince paneles.

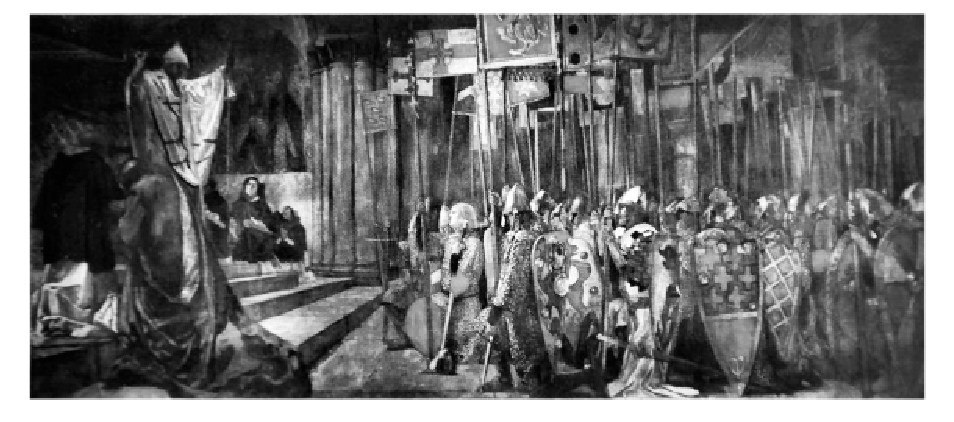


PM1. En *The Vision* (*La Visión*), un ángel, a la izquierda, presenta el Santo Grial a un Galahad bebé, situado en el centro, de forma que pueda beber de él. Galahad está sujeto por su madre, que gira la cara para no ver al ángel.

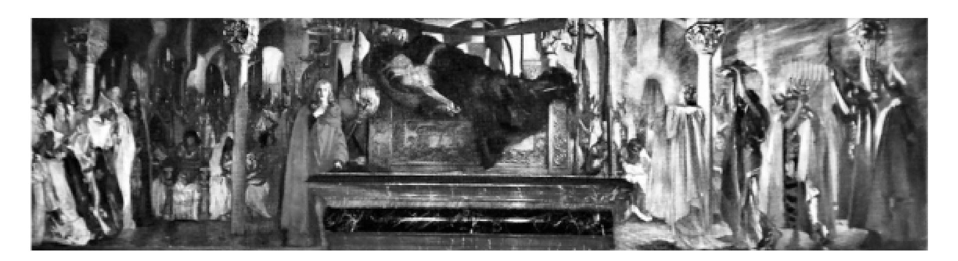
PM2. *The Oath of Knighthood* (*El juramento de caballería*). En ella aparece Galahad, a la derecha, mientras hace el juramento de la caballería. Detrás de él, los caballeros Sir Lancelot y Sir Bors le ponen en los pies las espuelas de caballero. Unas monjas que portan velas los observan. Galahad viste de rojo, el color que simboliza la pureza en todos los murales.



PM3. *The Round Table* (*La tabla redonda*). Muestra a Galahad, a la izquierda, siendo conducido al «Asiento peligroso», a la derecha, por un hombre vestido de blanco, que se puede ver en el medio. De pie detrás del asiento peligroso, llamándolo por señas, se encuentra el rey Arturo. Al fondo, los caballeros de la orden de la Tabla redonda están sentados alrededor de la mesa. Detrás y sobre todo el mundo, hay una multitud de ángeles vigilando. De acuerdo con la leyenda, solo alguien que tenga el alma pura puede pasar la prueba del asiento peligroso. Cuando Galahad lo consiguió, la silla pasó a llamarse «El sitio de Galahad».



PM4. *The Departure* (*La partida*). Los caballeros de la Tabla redonda, arrodillados, reciben la bendición de un sacerdote, de pie a la izquierda, previa a su partida para comenzar la búsqueda del Santo Grial. Galahad encabeza el grupo.



PM5. *The Castle of the Grail* (*El castillo del Grial*). Amfortas, el rey pescador, yace en una cama dorada cubierto por una pesada capa. En el fondo, a la izquierda, se sitúa Galahad. La dama con el Plato de oro y portadora del Grial, a la derecha, entra en la cámara, en la cual ya hay reunidos mujeres y hombres que buscan el Grial, pero, debido a que no han alcanzado la perfección, no pueden llegar a verlo, incluso cuando está delante de ellos. Galahad tampoco es capaz de ver el Grial, ya que ha sucumbido a los deseos terrenales.



PM6. *The Loathly Damsel* (*La dama negra*). Tres mujeres se dirigen hacia un Galahad que ora arrodillado; la primera de ellas es la misma dama negra que viste una túnica con capucha y monta en una mula. Porta en su brazo la cabeza de un rey. Según dice la leyenda, la dama negra fue una vez una bella mujer, pero una maldición cayó sobre ella convirtiéndola en calva y espantosa. Por ello, esconde su rostro debajo de una capucha. En contra de su voluntad, la maldición la obliga a utilizar su poder para tentar y destruir a cualquier caballero o rey que se cruce en su camino. Galahad consigue escapar de ella con éxito.



PM7. *The Conquest of the Seven Deadly Sins* (*La conquista de los siete pecados capitales*). Galahad, a la izquierda, se enfrenta con los siete Caballeros de la Oscuridad. A sus pies yace el cuerpo sin vida de un malvado caballero. Los siete caballeros representan los siete pecados capitales: orgullo, envidia, gula, lujuria, ira, avaricia y pereza. Los viles caballeros han capturado y apresado a un gran grupo de doncellas, las Virtudes. Galahad lucha contra los caballeros para derrotar al pecado, liberar a las doncellas y conseguir así que la virtud vuelva al mundo.

***PM8. The Key to the Castle* (*La llave del castillo*) muestra a un Galahad arrodillado con su espada baja, aceptando la llave del castillo que le ofrece un monje que viste una túnica blanca. Habiendo derrotado a todos los malvados caballeros, Galahad está ahora preparado para liberar a las doncellas prisioneras.**



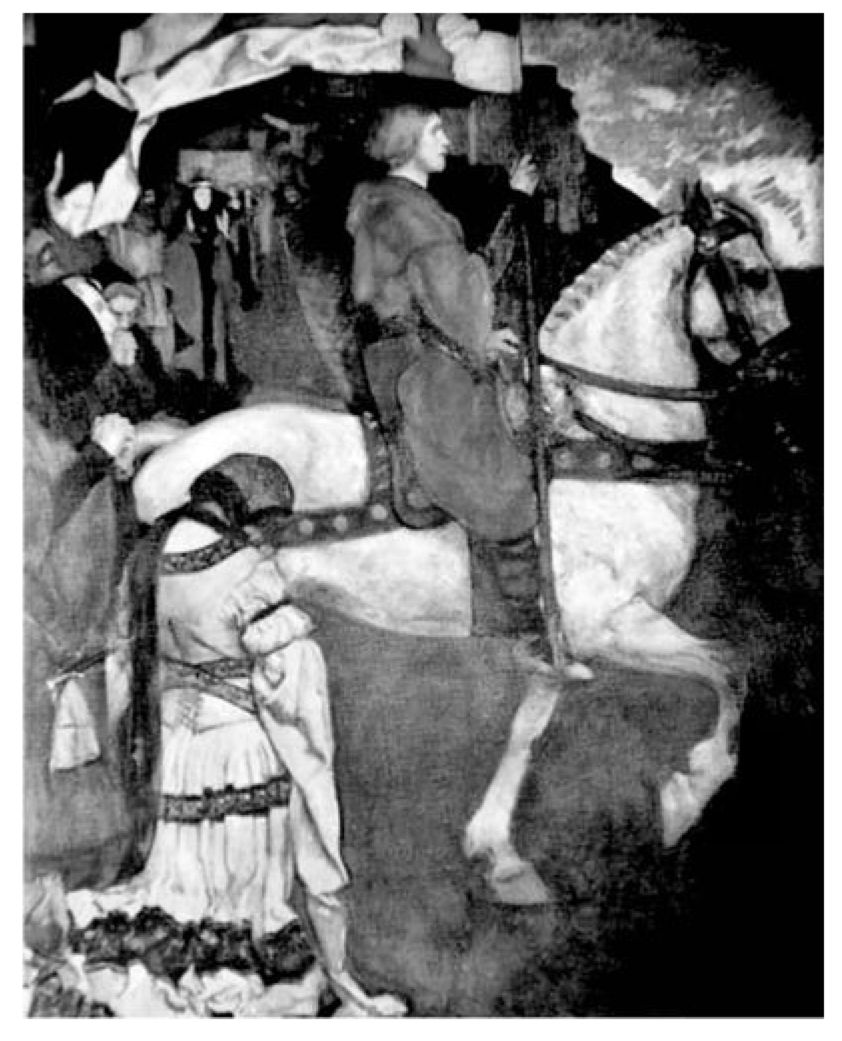
PM9. *The Castle of the Maidens* (*El castillo de las doncellas*). Galahad, a la izquierda, estrecha las manos de algunas de las doncellas, las Virtudes, reunidas para dar las gracias a su liberador. La llegada de Galahad era esperada por todas, ya que había sido profetizado que solo un caballero perfecto podría rescatarlas. Una vez liberadas las doncellas, Galahad continúa su búsqueda del Grial.



PM10. *Galahad Parts from His Bride* (*Galahad se separa de su novia, Blancaflor*). Galahad a la derecha baja unos escalones separándose de su novia Blancaflor, que está sentada a la izquierda. Un escudero espera al lado de la puerta abierta, sujetando el escudo de Galahad. Blancaflor viste todavía su traje de novia, como señal que representa el día de su boda. Debido a que solo un caballero que mantenga su virginidad puede encontrar el Santo Grial, Galahad debe dejar a su esposa antes de que el matrimonio sea consumado. Este sacrificio de superar el deseo terrenal del amor pasional representado por Blancaflor es el último acto que le permitirá alcanzar la meta del Grial.



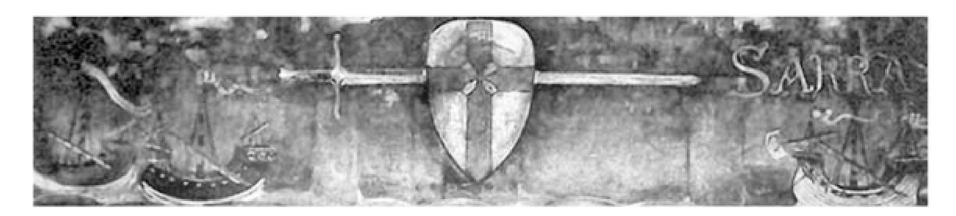
PM11. *The Death of Amfortas* (*Muerte de Amfortas*). Galahad, en el centro, sujeta a un Amfortas moribundo. Detrás de ellos, está suspendido un ángel, que se lleva el Santo Grial al lugar en el que Galahad deberá encontrarlo. Su éxito será superar la renuncia a todos los placeres terrenales rompiendo la maldición que mantenía a Amfortas con vida.



PM12. En *Galahad the Deliverer (Galahand el Mensajero)* podemos ver a Galahad montado en un caballo blanco, portando su estandarte a través de una campiña exuberante. La gente del lugar lo aclama y reza por él. El viaje de Galahad a través de su tierra ha transformado la devastada región en lugar de paz y prosperidad.

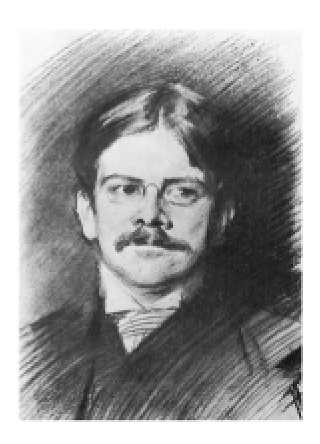


PM13. *Voyage to Sarras* (*Viaje a Sarras*). Galahad se arrodilla y reza, flanqueado por los caballeros Percival y Sors. Navegan en el barco de Salomón, que es guiado por el ángel que lleva el Santo Grial al lugar que le corresponde. Sir Bors y Sir Percival no han alcanzado el grado de pureza de Galahad, por ello no pudieron encontrar ni ver el Grial, pero debido a su devoción en la búsqueda se les ha permitido que lo acompañen en la última etapa de su viaje.



PM14. La larga y estrecha pintura *The City of Sarras* (*La ciudad de Sarras*) muestra el puerto de la mítica ciudad de Sarras con el barco atracado en su bahía. Dominando la escena se encuentra el escudo de Galahad, con el blasón de la cruz cristiana y, detrás del mismo, la espada de Galahad. Es aquí donde podrá finalmente ver el Santo Grial.

PM15. *The Golden Tree and the Achievement of the Grail* (*El árbol de oro y la consecución del Grial*). Un arrodillado Galahad mira fijamente al Grial, el cual es levantado hacia el cielo por un José de Arimatea vestido de blanco, que se sitúa en el centro. Detrás de ellos puede observarse un grupo de ángeles formando un semicírculo. Entre Galahad y José hay una vasija de oro que soporta un conjunto de ramas de oro. Galahad creó un lugar sagrado cuando construyó el árbol de oro y cuando terminó, el Santo Grial le fue finalmente revelado.



John Singer Sargent, pintor americano que, con el pseudónimo Edwin Austin Abbey, realizó los quince paneles que ilustran la búsqueda del Grial.

IV



EN AQUELLOS DÍAS —que siguieron a la muerte de Ambrosio—, los sajones crecieron en número y prosperaron en Britania. Por entonces, Arturo el guerrero y los reyes de los britanos luchaban contra los sajones y el mismo Arturo era el *dux bellorum*, el comandante de las batallas. La primera batalla tuvo lugar en el río Glein. La segunda, la tercera, la cuarta y la quinta sobre otro río, el Dubglass, en la región de Linnuis. La sexta batalla se desarrolló en el río Bassas.

La séptima batalla tuvo lugar en el bosque de Celidon, conocido como Cat Coin Celidon. La octava fue la batalla del castillo de Guinnion, durante la cual Arturo transportó a su espalda una imagen de la Virgen María, la Eterna Virgen. Y los bárbaros ese día se dieron a la fuga y grande fue la matanza por la gracia de nuestro Señor, Jesucristo, y por la de la Virgen María, su Madre.

La novena batalla sucedió en la ciudad de Legion. La décima batalla se libró en los bancos del río Tribruit. La undécima se luchó en la montaña que recibe el nombre de Agned. La duodécima fue en el monte Badon, y allí, en un solo día, novecientos sesenta hombres fueron masacrados a manos de Arturo. Y nadie más los mató sino él. Y en todas estas batallas salió vencedor.

De este modo hace Arturo su primera aparición en las crónicas de historia. El compilador de ésta fue el monje galés Nennius, que escribió durante el siglo IX; el libro es el mismo que relata las «maravillas» de la piedra que tiene grabada la huella de Cabal, el

perro de Arturo, y del misterioso montículo de la tumba de Anir, el hijo de Arturo.

Pero aunque estos prodigios son difíciles de creer, Nennius es más verosímil cuando enumera las doce victorias de Arturo como comandante de las fuerzas británicas. Aunque algunos de los lugares que nombra Nennius no son identificables en la actualidad, se han realizado investigaciones sobre la localización de otros de ellos, basándose en la forma galesa de los nombres de lugares durante el siglo IX. No es posible identificar lugares como el castillo Guinnion, la montaña llamada Agned o el río Bassas, pero se ha aceptado que la región de Linnius podría bien ser el área de Lindsey en Lincolnshire, al sur del Humber, y que el río Glein es el Lincolnshire River Glen. Estas averiguaciones avalarían la creencia de que Arturo había sido llamado para luchar contra los sajones y los anglos, los cuales llegaban en número cada vez más creciente a la costa este de Britania a principios del siglo IX (de hecho, dieron el nombre a lo que ahora se conoce como East Anglia). El bosque de Celidon probablemente sea el bosque de Caledonia, en las salvajes tierras altas escocesas al otro la do del muro de Adriano, donde la campaña contra los pictos se desarrolló en aquel tiempo. La ciudad de Legion seguramente sea Chester. El monte Badon se ha identificado con el Badbury cerca de Swindon en Wiltshire, con Badbury Hill en Berkshire, con el Badbury Rings próximo a Blandford en Dorser, y con Bedwyn, en Inkpen; en cualquier caso, se cree que puede ser un lugar en el sur de Britania dentro de la zona de Wansdyke. Esté donde esté, parece obvio que el monte Badon fue el escenario de una batalla o cerco de suprema importancia. Podemos imaginar a las tropas de Arturo en la empinada y fuertemente fortificada colina, cortando los suministros al enemigo que la ocupaba, forzándolo a rendirse para después masacrarlo mientras intentaba escapar.



Una visión mítica: el rey Arturo en la Batalla del monte Badon al frente de gran número de hombres.

Algunos historiadores consideran dudoso el hecho de que las batallas se extendieran cruzando el país, ya que creen que es más probable que tuvieran lugar dentro de una misma zona, el norte, o si acaso, el suroeste. Pero en el caso de que se hubieran extendido por toda Britania, esto supondría que Arturo fue realmente el supremo líder militar que se deduce de la descripción de Nennius, el cual era capaz de conducir a su ejército de río en río y de costa a costa para luchar contra los invasores en cualquier sitio donde supusieran una amenaza.

También se ha propuesto la sugerencia de que la defensa de Britania por parte de Arturo podría haberse llevado a cabo basándose en el sistema que desarrollaron los romanos durante el siglo anterior, cuando la isla estaba dividida en cuatro pequeñas provincias y su organización militar en tres mandos. El *Dux Britanniarum* (el duque de los britanos), que tenía su cuartel general en York, era el responsable

de defender la frontera norte contra los ataques de los pictos y los escoceses; el *Comes Litoris Saxonici* (el conde de la orilla sajona) salvaguardaba la costa sureste de los piratas germanos ayudado por una serie de fuertes bien construidos y fuertemente guarnicionados que se extendían desde Wash hasta la isla de Wight. Estos dos líderes comandaban una milicia local de tropas y su obligación esencial era conservar intacta la frontera. El tercer líder, el *Comes Britanniarum* (el conde de los britanos), era el responsable de dirigir un ejército de campo compuesto por seis unidades de caballería y tres de infantería; este ejército era móvil, dispuesto para acudir en ayuda de sus colegas si éstos lo necesitaban.

Es significativo que el ejército al mando del conde estuviera compuesto principalmente de caballería. El ejército romano, en un principio, hizo poco uso de la caballería, ya que preferían confiar en la disciplina férrea y en la fuerza para la lucha de la infantería, la cual se agrupaba en legiones de seis mil hombres. Sin embargo, de forma gradual, a medida que los generales romanos iban tomando contacto con las tropas de bárbaros que usaban la caballería armados con arcos y lanzas, comenzaron a incorporar la caballería a sus ejércitos. Por lo general, eran unidades auxiliares armadas de forma ligera, compuestas por *foederati* que luchaban bajo el emblema de las águilas, pero también había hombres armados con caballería, que era conocida como *cataphracti* o *clibanarii*. Los catafractos, cuyo nombre provenía de una palabra griega que significa «cubiertos con armadura», vestían yelmos y armadura corporal realizada con placas de hierro o de malla a la que se unían piezas sueltas para los brazos y las piernas. Los *clibanarii*, llamados así por la palabra latina que significa «molde», estaban armados de la cabeza a los pies con escamas o malla, y también acorazaban a sus caballos, que vestían adornos protectores de placas de hierro cosidos a sus mantas —un pesado e incómodo uniforme, especialmente cuando hacía calor—. Ambos tipos de caballería portaban pesadas lanzas y espadas, y podían acuchillar a su paso a las tropas mal organizadas de sus enemigos, realizando terribles estragos.

Como la responsabilidad de defender las fronteras de Roma comenzó a demandar un tipo de ejército más flexible, las legiones romanas se habían reorganizado en pequeñas unidades, de aproximadamente mil hombres cada una, y la caballería se convirtió en una parte independiente del ejército. La necesidad esencial era la movilidad, de forma que las tropas pudieran ponerse en marcha rápidamente cuando fuera necesaria su intervención.



Mallas metálicas u escudos usados por los *clibanarii*.

La situación en Britania también requería movilidad y se ha sugerido que posiblemente Arturo podía haber repetido el modelo del conde de los britanos, utilizando una pequeña fuerza de caballería que podía luchar armada o desarmada, pero que, como sus predecesoras romanas, estaba disciplinada de forma profesional y era extremadamente efectiva en la lucha contra los enemigos sajones, que no tenían caballos y eran muy valientes en la lucha, pero poco organizados.

Como comandante en jefe, avanzando a lo ancho y largo con su grupo de «caballeros», Arturo habría dirigido una campaña de cuyo éxito dependía la libertad y el futuro de Britania. Él habría sido el único hombre capaz de organizar la defensa de la isla contra los invasores bárbaros, el único líder capaz de inspirar a su gente para que lucharan hasta la muerte. Pero si ésta fue la razón de que Nennius lo llamara *dux bellorum*, ¿qué pasa con los detalles secundarios del relato del historiador? Ni la mención de su lucha con la imagen de la Virgen a su espalda, ni la hazaña de matar a novecientos sesenta caballeros solo con su espada puede creerse de forma literal. Pero puede ser que cuando Nennius lo escribió, tuviera delante un viejo texto que estuviera malinterpretando. Hasta el día de hoy, la palabra galesa para «espalda», *ysgwydd*, es prácticamente idéntica a la palabra

que significa «escudo», *ysgwyd*, y no es difícil suponer que las palabras celtas fueran también similares, si es que no eran iguales. Ciertamente, parece más probable que Arturo fuera a la batalla portando un escudo en el cual algún emblema proclamara su fe en la Virgen María.

Y en cuanto al desmesurado número de víctimas a las que Arturo dio muerte en el monte Badon, la diferencia puede ser sencillamente que Arturo y sus hombres luchaban en esta batalla, no junto a otros líderes británicos, sino solos contra los sajones, y que Nennius estuviera describiendo la aplastante victoria que llevó a cabo la caballería de Arturo en solitario.

También es posible, como otro escritor ha sugerido, que Nennius estuviera siguiendo un antiguo poema galés que contaba las batallas de Arturo y que, curiosamente, el preciso número de *novecientos sesenta* se convirtiera en «tres cientos y tres decenas», lo cual sería un número aceptable para un héroe cuya fuerza era ya legendaria dentro de un tipo de poesía cuyas primeras manifestaciones mostraban cierta obsesión por el número *tres*.

La siguiente referencia a un Arturo histórico la encontramos en los *Annales Cambriae*, dentro de las listas latinas de eventos y de los años en los cuáles éstos ocurrieron. Este libro probablemente se escribió en el norte de Britania a mediados del siglo X, pero sus fuentes son tan tempranas como las que utilizó Nennius. Estos «anales de Gales», que abarcan desde el año 453 hasta el 954, solo mencionan la última de las batallas de Arturo, como la llamó Nennius, en el año 516: «La batalla de Badon en la cual Arturo llevó la cruz de Nuestro Señor Jesucristo a su espalda durante tres días y tres noches y en la que los britanos salieron victoriosos». (Aquí de nuevo la referencia a Arturo llevando la cruz a su espalda puede reflejar la confusión galesa entre espalda y escudo). En el año 537, hay una segunda referencia a Arturo, esta vez sobre la batalla entre él y su hijo ilegítimo Mordred que recuerda el ambiente de *La muerte de Arturo*: «La batalla de Calman en la que cayeron tanto Arturo como Medraut; y hubo muerte en Inglaterra».

En ningún lugar se sugiere que Arturo fuera rey. Pero su nombre, que en su forma latina es Artorius, sugiere que debió ser de alta cuna y que su familia debía de tener alguna conexión con Roma. Más de un Artorius vivió en Britania durante el auge del imperio, y uno de ellos, Lucius Artorius Castus, condujo a la sexta legión en una expedición a Armórica a mediados del siglo II. Se piensa que un antepasado del Arturo británico pudo haber servido bajo sus órdenes y que, orgulloso de este servicio, diera a su hijo el nombre de su líder, que después se habría mantenido en la familia de generación en generación. Pero tal conjetura no es realmente necesaria. El nombre de Artorius implica

que Arturo era descendiente de romanos y el hecho de que sucediera a Ambrosio como líder quizás signifique que po dría haber alguna relación entre ellos. Según Geoffrey de Monmouth, Ambrosio fue hermano de Uther Pen dra gon y, consecuentemente, tío de Arturo, aunque Uther es probablemente producto de la vívida imaginación de Geoffrey y ninguna otra crónica recoge este nacimiento real. Otra posibilidad es que después de su triunfo sobre los sajones, los hombres de Arturo comenzaran a llamarlo «su rey», siguiendo el ejemplo de las legiones romanas de Britania del siglo IV, que proclamaron emperador a su general Máximo.

Una página de los *Annales Cambriae*.

No es hasta finales del siglo XI cuando Arturo aparece de forma regular e inequívoca como rey. Lo hace en varias biografías de sacerdotes y monjes celtas a quienes los galos y britanos les habían conferido categoría de santos. En más de una de estas biografías, sin embargo, Arturo se menciona como un rey tirano y se presenta como un gobernante rufián que mostraba poco respeto por la Iglesia, o como un *rex rebellus*, que permanece pagano hasta que se convierte por algún milagro que realiza el santo en cuestión, y que se presenta con

afán de admirar al lector para que le sirva como ejemplo de vida. Aunque pocos de estos relatos sobre Arturo son creíbles, al menos muestran que los monjes que los escribieron se dieron cuenta de que cualquier conexión que establecieran con él, aunque fuera extraña y fantasiosa, le daría crédito y renombre a sus propios héroes santos, en ese momento algo olvidados. Esta poco atractiva presentación de Arturo también proporciona una pista de la misteriosa omisión en la primera crónica que se conserva sobre el periodo en el que creemos que vivió: podemos deducir que Arturo ofendió de algún modo a la Iglesia en su lucha por la libertad de Britania.

Esta crónica, *De Excidio et Conquestu Britanniae*, es obra de un monje del siglo VI llamado Gildas. Pro ba blemente lo escribió pocos años después de la muerte de Arturo y quizás incluso llegó a conocerlo. Pero no menciona su nombre ni una sola vez.

Gildas era hijo de un cacique menor británico cuyo pequeño dominio en Escocia era constantemente atacado por los intrusos pictos. Él y muchos de sus hermanos abandonaron su tierra de origen y emigraron a Gales, donde solicitaron y consiguieron la protección del rey Caedwalla de Gwynedd. Gildas contrajo matrimonio en Gales, pero su esposa murió joven y él ingresó en la vida religiosa. Parece que a lo largo de su carrera pasó algunas épocas en Irlanda, en una solitaria isla del canal de Bristol (donde vivió como ermitaño alimentándose de pescado y de huevos de gaviota), en Britania y en Glastonbury, en Somerset. A su muerte, se le consideró merecedor de la santidad.

Su trabajo principal, *De Excidio et Conquestu Britanniae*, lo escribió sobre el año 540. Él mismo se refiere a su obra como un *liber querulus,* un libro de quejas. En él reprueba a sus contemporáneos por su falta de previsión y por su ceguera ante las lecciones del pasado; ataca a los reyes locales de Britania por su inmoralidad y tiranía. «Tienen varias esposas y todas ellas son adúlteras y prostitutas. Prestan frecuentes juramentos que luego siempre acaban rompiendo. Provocan gue rras que son injustas para su pueblo. Persiguen a los ladrones por la campiña, pero sientan a otros ladrones a sus mesas a quienes dan su amor y colman de presentes…».

Gildas resume brevemente los acontecimientos históricos que condujeron a este espantoso estado de las cosas. Termina con una gran victoria sobre los sajones en una batalla que dice se libró en el año de su nacimiento, es decir, aproximadamente el año 500; y esta victoria puso fin a las guerras con extranjeros, pero no a las guerras civiles. El nombre de esta decisiva victoria es el Cerco del monte Badon, la última de las doce victorias que Nennius atribuye a Arturo, y la famosa batalla en la que, también en los *Annales Cambriae*, Arturo

portó la cruz de Cristo durante tres días y tres noches. Pero Gildas no dice nada de Arturo, a quien las crónicas tardías dan el mérito de la victoria, haciendo solo una muy breve referencia a la batalla en la que la matanza de aquellos «merecedores de la horca», los sajones, fue terrible.



Vidriera que representa a San Gildas, siglo XIX.

Esta extraña omisión llevó a algunos historiadores tardíos a creer que el Arturo real no existió. Algunos sugirieron que la épica completa de Arturo fue una invención, un resultado característico de un tiempo en que se necesitaba desesperadamente un héroe nacional o la atribución a un solo hombre de todas las virtudes y logros de un grupo de hombres menores que luchaban contra el poder de la oscuridad. Es cierto, continúa el argumento, que Gildas no menciona muchos nombres en su texto; pero, por ejemplo, sí da el nombre de Ambrosio. ¿Por qué no menciona a Arturo entonces, si realmente fue Arturo quien consiguió una victoria tan importante que mantuvo a Britania en paz durante casi medio siglo?

Esta pregunta tiene al menos dos respuestas y ambas son verosímiles. Una podría ser que Gildas tuviera alguna buena razón para no nombrar a Arturo directamente y, en vez de eso, lo mencionara de forma indirecta de manera que sus contemporáneos lo entendieran, aunque para nosotros sea imposible.

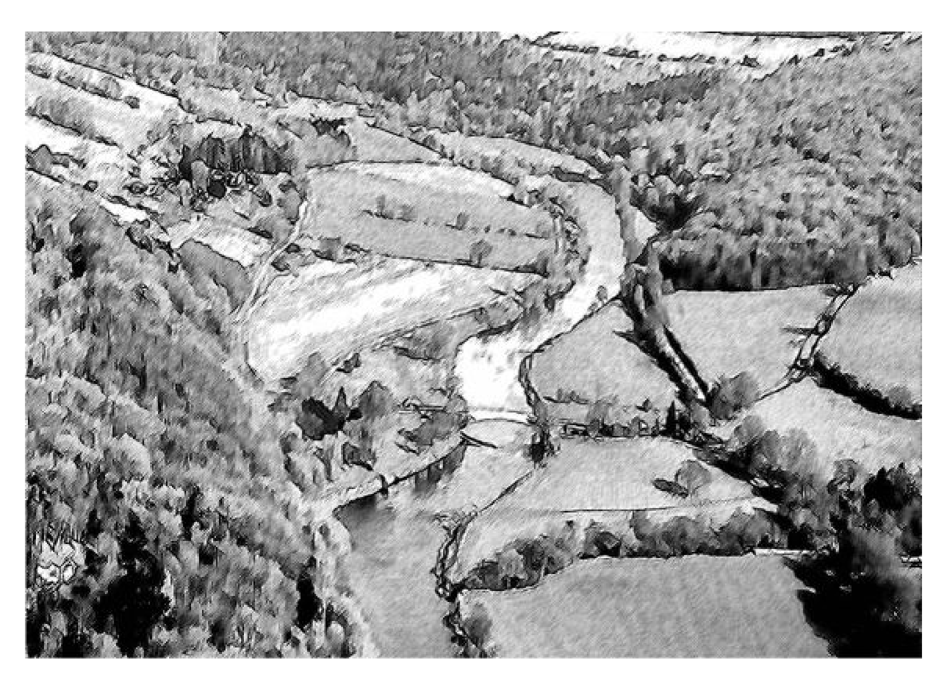
Gildas, en sus ataques a los débiles gobernantes de su tiempo, se refiere a un rey galés, Cuneglasus, el cual «despreciaba a Dios, era adúltero y oprimía a los monjes». Pero en los mejores días de su juventud «había conducido el carro de El oso». ¿Quién fue ese gran hombre, conocido como El oso, que tuvo como conductor de su carro a todo un príncipe de sangre real? Gildas no lo dice. Pero la palabra celta para «oso» es *arth* o *artos*.

También existe la posibilidad de que Gildas no mencionara a Arturo por su nombre porque éste, como muchos de sus contemporáneos, hubiera quebrantado de alguna forma los estrictos ideales morales y religiosos y que Gildas hubiera discutido con él por ello.

Arturo podría haber sido considerado también, como Cuneglasus, un «opresor de monjes». Luchar contra los sajones era una empresa costosa y un líder guerrero que llegó tan lejos como Arturo presumiblemente fue más de una vez a los monasterios en busca de dinero y comida para sus hombres y de pienso para sus caballos. Y seguro que muchas veces tuvo que tomar por la fuerza lo que no le daban de forma voluntaria. Seguro que este tipo de imposiciones jugaron un papel decisivo para que la figura de Arturo fuera considerada *non grata* en las vidas de los santos que se han mencionado.

Pero quizás había algo personal en la disputa (si dicha disputa existió realmente) entre Gildas y Arturo. De acuerdo con la biografía de Gildas, escrita en el siglo XII en Llancarfan Abbey, un lugar donde Gildas residió por un tiempo, Arturo había asesinado a Hueil, el hermano mayor de Gildas. Hueil no había ido a Gales como el resto de la familia, sino que había permanecido en Escocia para heredar las tierras de su padre. Según parece, había hecho un trato de traidor con los pictos, con el objetivo de asegurar las posesiones de su reino. Y por ello Arturo le declaró la guerra. Hueil fue derrotado y asesinado y Gildas, que en el pasado «había amado mucho a Arturo», a causa de la muerte de su hermano, se volvió contra él. Una historia similar aparece en otro relato galés del siglo XI, lo que nos indica al menos que el biógrafo de Gildas no se inventó la historia de la disputa. Si hay algo de verdad en esta historia, si Gildas y Arturo estaban en distintos bandos en las guerras civiles que siguieron a la batalla del monte Badon y que llevaron al enfrentamiento de Arturo y Mordred en Camlann, entonces se explica la reticencia de Gildas a mencionar al

asesino de su hermano. No podía omitir el triunfo del monte Badon, pero sí podía omitir el nombre del vencedor. También existe una antigua leyenda que dice que Gildas llegó a escribir sobre Arturo, pero que luego tiró el libro que contenía su nombre al mar.



El bello paisaje (acuarela electrónica) del Wye Valley, cercano a Llancarfan, lugar eventual de residencia de Gildas.

Pero, al final, puede que no sea necesario buscar descabelladas razones para explicar el hecho de que el nombre de Arturo no aparezca en el *De Excidio*. Si la batalla del monte Badon fue una victoria tan sonada como sugieren todas las crónicas, suponemos que los lectores conocerían perfectamente los detalles de la misma. Gildas no tenía necesidad de repetir la información de que Arturo la había ganado, ya que sería un hecho consumado, que todos daban por supuesto.

Sin duda alguna, en el tiempo en que Nennius escribió, doscientos cincuenta años después, Arturo era aceptado por todos como el vencedor del monte Badon y como el parangón de los héroes británicos. Y no solo en Britania, sino también en Bretaña a donde muchos britanos habían huido después de las invasiones sajonas y llevaron consigo emocionantes relatos sobre el poderoso guerrero, historias maravillosas que después se embellecieron y adaptaron al gusto de las gentes en cuyas tierras se habían establecido. Pero los materiales básicos permanecieron sorprendentemente fieles a las

leyendas celtas y a los poemas de Gales y del British West Country, donde las grandes hazañas de Arturo eran muy estimadas y donde se cantaban sus alabanzas. La gente normal, los descendientes de los britanos por los que Arturo había luchado, nunca perdieron la fe en el líder que había sido su campeón. Y con el paso de los años, su creencia se hizo aún más ferviente.

«*Si no me creéis [escribe un teólogo francés en el siglo XII], id al reino de Armórica [a Bretaña] que es menos británica, y gritad por los mercados y los pueblos que Arturo el Britano está muerto como los demás hombres, y los hechos os demostrarán qué verdad hay en la profecía de Merlín, que dice que la muerte de Arturo debe ponerse en duda. Os resultará difícil escapar ilesos, sin que os alcancen las maldiciones o las piedras que os arrojarán los paisanos.*»

Durante el siglo XII, como podemos ver, la fama de Arturo se había extendido más allá de Britania y Bretaña, hasta Francia, Alemania e Italia. El guerrero británico del siglo VI, cuya verdadera historia había permanecido oscura en la niebla de los tiempos, se había convertido en uno de los héroes más celebrados de la Cristiandad. Para los campesinos, era el justo protector que algún día volvería para luchar contra las injusticias a las que estaban sometidos; para el señor de los campesinos, Arturo encarnaba el modelo de virtud de un rey; para todos, la valentía de Arturo proporcionaba esperanza y constituía su inspiración más válida. Naturalmente, se buscaba una prueba de su existencia, pero la prueba, aparte de las exiguas menciones en las crónicas, seguía faltando. Entonces, en 1191, tuvo lugar un extraordinario descubrimiento que confundió a los escépticos y que pareció definir a Arturo de una vez por todas como una figura histórica real.

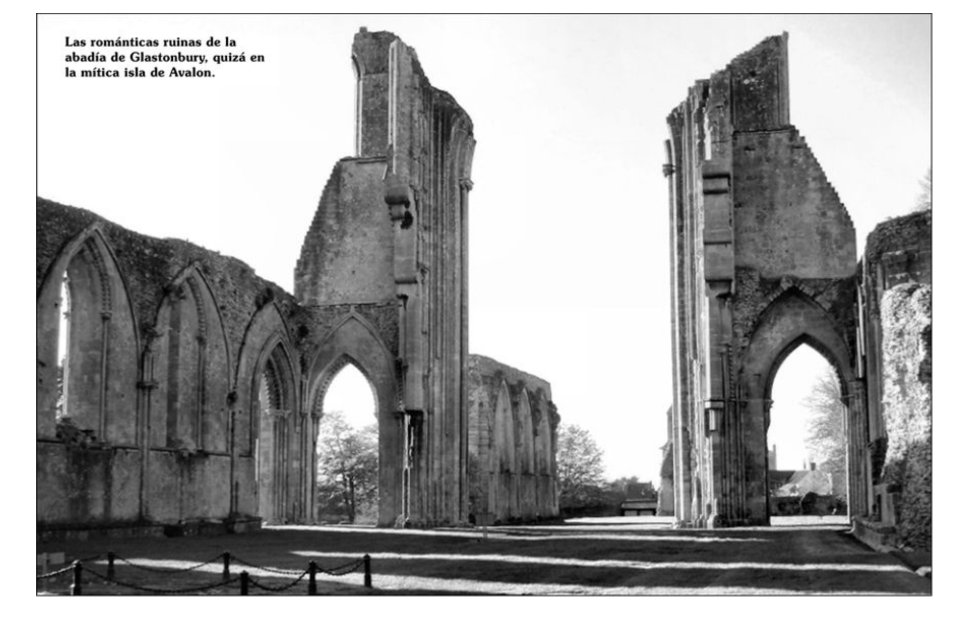
El descubrimiento se hizo en el corazón del West Country —el tradicional reino de Arturo— en Glastonbury dentro de Somerset, conocida en las tradiciones locales como la isla de Avalon, el lugar al que Arturo fue llevado después de la fatídica batalla de Camlann para curarlo de sus graves heridas.

En tiempos pasados Glastonbury fue una isla. Hacía muchos años que las aguas del canal de Bristol habían aumentado su nivel en Somerset, cubriendo grandes extensiones, en medio de las cuales aparecían como islas las actuales colinas y montañas. Durante este periodo, en Glastonbury, los británicos de la Edad de Hierro en el siglo II d.C. construyeron aldeas de cabañas de madera en los terrenos secos que quedaban y los fortificaron contra los animales salvajes y otros posibles invasores. La llamada villa del lago en Glastonbury

descansaba sobre plataformas de madera y la sostenían enormes postes clavados en los pantanos.

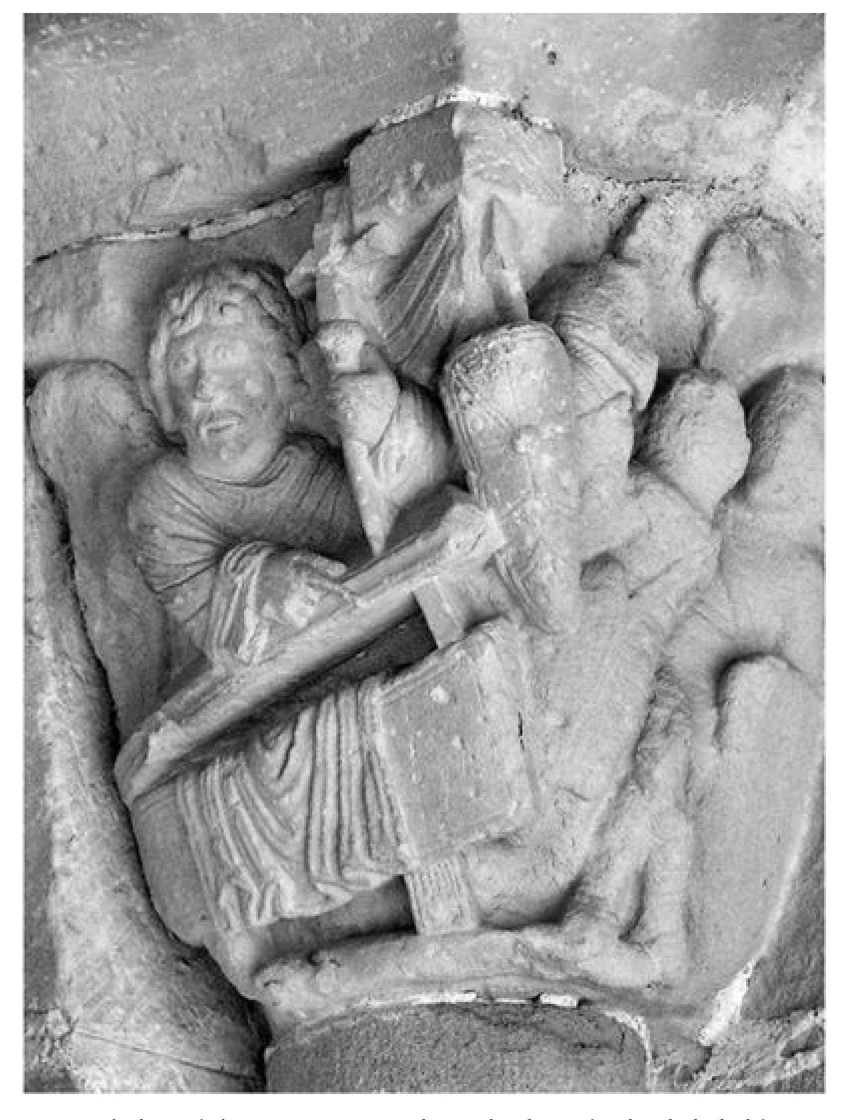
Las personas que vivían allí, en cabañas circulares de madera y barro con tejados de junco, estaban muy lejos de ser una comunidad de bárbaros. Eran habilidosos granjeros que cultivaban trigo y cebada, guisantes y judías; eran carpinteros expertos, escultores de la madera y tejedores de cestas; también eran expertos en el trabajo del metal y de la cerámica, incluso en el del vidrio. Aunque estaban sometidos a la presión cada vez más fuerte de las tribus de guerreros belgas, que habían cruzado desde el noreste de la Galia para establecerse en Britania, se las arreglaron para mantener un sorprendentemente elevado estándar de civilización durante más de un siglo. Después, poco después de que los primeros romanos llegaran a Britania, en el año 55 d.C., el pueblo fue atacado por una poderosa fuerza de guerreros belgas; todos los edificios fueron destruidos y la mayoría de su pueblo masacrado.

La paz que el poder romano trajo a la Britania hizo posible que los supervivientes de la masacre se mudaran a unas tierras más secas y ricas y Glastonbury probablemente se convirtió de nuevo en el desierto pantano que había sido antes de que se construyera el pueblo del lago. Durante siglos, sin embargo, se sucedieron varios cambios en el nivel del mar que tuvieron el efecto de desecar parcialmente el pantano y en algún momento del principio de la era cristiana (nadie sabe cuándo, pero probablemente antes del final del siglo VI) se construyó allí un monasterio. Sus monjes afirmaban que el monasterio de Glastonbury era el más antiguo de Britania y la supuesta iglesia original de la abadía, la Vetusta Ecclesia, una construcción primitiva de paja y barro, se mostraba a las multitudes de peregrinos que llegaban a Glastonbury como «el origen y fuente de toda la religión» de Britania.


Las románticas ruinas de la abadía de Glastonbury, quizá en la mítica isla de Avalon.

William de Malmesbury, el historiador más fiable del siglo XII, visitó la iglesia de Glastonbury en algún momento entre 1125 y 1135. Parece que albergó algunas dudas sobre su antigüedad y autenticidad, pero los antiguos documentos de la abadía lo impresionaron hasta tal punto que llegó a afirmar que la iglesia de Santa María en Glastonbury era, sin duda, «la primera iglesia del reino de Britania».

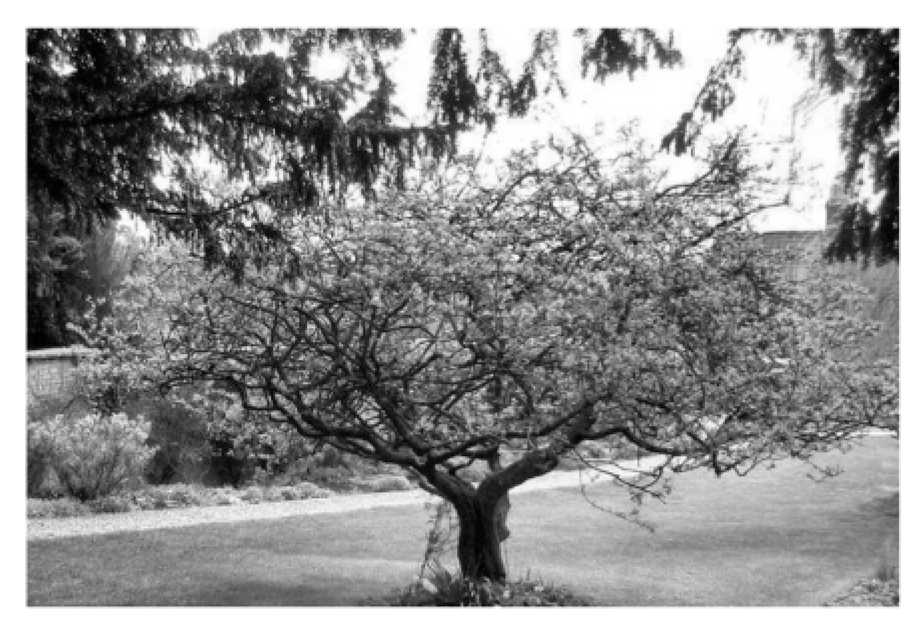
Encantados de haber obtenido la confirmación de la antigüedad por parte de una autoridad tan respetada como William de Malmesbury, los monjes de Glastonbury hicieron algunas copias de su *De Antiquitate Glastoniensis Ecclesiae* y las pusieron en circulación. De hecho, fueron un poco más lejos e hicieron nuevas y modificadas ediciones del trabajo, con el nombre de William en la portada, a las que añadieron nuevos datos que aumentaban la fama de la abadía. Dentro de éstos se incluía un relato sobre cómo la abadía había sido fundada por «las manos de aquellos discípulos de Cristo» que llegaron a Inglaterra en el año 63 d.C. para predicar el Evangelio. El grupo estaba liderado por José de Arimatea, el discípulo de Jesús que pidió el cuerpo de Cristo a Pilatos y lo llevó hasta el sepulcro. Un rey británico, impresionado por su comportamiento, le concedió unas tierras para que se estableciera en Glastonbury. Allí, los visitó el arcángel San Gabriel, que les dijo que construyeran una iglesia de barro, la Vetusta Ecclesia original, y que la dedicaran a la Virgen María.



Capitel románico que representa la tumba de Jesús, donde lo había depositado José de Arimatea, ya vacía, tras la resurrección. Iglesia de San Miguel, Beleña de Sorbe, Guadalajara.

De forma gradual, a medida que las siguientes generaciones de monjes realizaban más ediciones del libro, cada una de las cuales estaba escrita e iluminada con infinito cuidado y arte, se fueron añadiendo más detalles. José de Arimatea llevó consigo a Glastonbury, si no el mismo Santo Grial, un par de recipientes, uno de los cuales contenía la sangre de Cristo y el otro su sudor, y los dos recipientes habían sido enterrados junto a su cuerpo en los suelos de la abadía. A los pies de Glastonbury Tor, la colina escarpada que se levanta sobre la abadía, San José se había arrodillado para rezar, apoyándose sobre

su bastón que inmediatamente había echado raíces y había brotado. Éste era el origen del Glastonbury Thorn, que florecía cada año por Navidad y continuó haciéndolo hasta que un miembro de la secta de los puritanos lo cortó y quemó en el siglo XVII. (Pero no murió del todo, ya que las ramas que quedaron han seguido floreciendo durante la semana de Navidad). Lo más importante de todo para nuestra historia, aunque William de Malmesbury nunca uniera el nombre de Arturo a Glastonbury, es que en las últimas versiones de su libro se afirma que el rey, benefactor y patrón de la abadía, se enterró allí, en las tierras que una vez se conocieron como la isla de Avalon.



El actual Glastonbury Thorn, una de las atracciones para los visitantes.

William sí que menciona a Arturo en otro escrito, su gran historia de Inglaterra, *De Gestis Regum Anglorum*, en la cual escribió sobre un hombre «verdaderamente importante para ser célebre… ya que durante mucho tiempo conservó la fortuna en declive de este país e incitó el espíritu imbatible del pueblo a la guerra. Finalmente, en la batalla del monte Badon, confiando en la imagen de la Madre del Señor que había atado a su armadura, combatió en soledad contra novecientos de sus enemigos conduciéndolos a todos a la muerte». Pero William puso especial cuidado en separar el Arturo real de la fantasiosa figura de los romances y leyendas celtas —aquellos «locos sueños de las falsas fábulas», como él las llamaba— y afirmó que «no se conoce dónde se encuentra la tumba de Arturo».

Los monjes de Glastonbury, sin embargo, dejaron de lado cualquier precaución. La *Historia de los reyes de Britania* de Geoffrey de Monmouth se había terminado en 1139, pocos años antes de la visita de William de Ma lmesbury a Glastonbury y había conseguido que el nombre de Arturo se venerara en la mayor parte del mundo cristiano. ¿Quién los culparía por dar autoridad a la tradición local de que Arturo había sido llevado a descansar a Glastonbury? Y, ¿qué inglés no se sentiría agradecido cuando, en 1191, su fe se vio avalada por una prueba?

La historia del descubrimiento de los monjes comienza el 25 de mayo de 1184, cuando un horrible fuego se desencadenó en la abadía, destruyendo casi todos sus edificios y sus preciosas reliquias, incluyendo la vieja iglesia. La tragedia fue completa, pero los monjes eran hombres de recursos. Animados por el rey Enrique II, que estuvo de acuerdo en contribuir con una sustanciosa suma para reconstruir la abadía, asumieron la tarea de recaudar dinero por sí mismos. Fueron al interior del país a pedirlo; solicitaron suscripciones a los nobles más ricos; recuperaron todas las reliquias quemadas que les fue posible y las exhibieron en urnas donde los peregrinos podían depositar sus ofrendas. Se las arreglaron para encontrar los restos de varios santos, incluso los huesos de San Patricio, el apóstol de Irlanda, y un esqueleto que afirmaban perteneció a San Dunstan, un antiguo abad de Glastonbury y arzobispo de Canterbury, lo cual produjo mucha indignación en Canterbury, donde los monjes habían mostrado a los peregrinos la tumba de San Patricio durante más de doscientos años.

Los monjes de Glastonbury reunieron suficiente dinero como para comenzar a pensar en reconstruir a mayor escala. Sobre 1186, se completó la primera etapa del trabajo con una nueva capilla dedicada a la Señora. Pero en 1189, Enrique II murió y su sucesor, Ricardo I, no disponía de dinero para gastar reconstruyendo abadías en Inglaterra mientras hubiera sarracenos contra los que luchar en Tierra Santa. Aparentemente, la idea de la búsqueda de la tumba del rey Arturo ya había tomado forma. Los monjes se pusieron a trabajar en serio y así proclamaron, en 1191, haber encontrado, nada más y nada menos, la tumba de Arturo.



San Patricio.

Giraldus Cambrensis (Gerald de Gales), un historiador contemporáneo que visitó la abadía muy poco después para reunirse con el abad, relata la historia del descubrimiento. Giraldus debía estar considerado como una autoridad de confianza porque se negó a aceptar como ciertas muchas partes de la leyenda de Arturo y condenó a Geoffrey de Monmouth por propagar las fantasías que aparecían en la *Historia de los reyes de Britania*.

Afirma Giraldus que los mon jes de Glastonbury recibieron la indicación de dónde buscar del mismo Enrique II, quien a su vez había recibido la información de «un anciano bardo galés de que el cuerpo se podía encontrar a cinco metros bajo tierra, no en una tumba de piedra sino en una de madera». Había sido enterrado a tal profundidad para «que de ninguna forma pudiera ser descubierto por los sajones, que ocuparon la isla tras su muerte y a los que durante su vida tantas veces derrotó y casi destruyó».

Los monjes acordonaron una zona del suelo de la abadía, protegieron sus contornos y empezaron a cavar. Habían avanzado menos de un metro cuando se toparon con una losa de mármol. Debajo de ésta, había una cruz de plomo y en el lado de la cruz que

estaba junto a la piedra había unas letras toscamente labradas.

Las letras formaban esta leyenda en latín:

Hic iacet sepultus inclytus Rex Arturus cum Wenneveria uxore sua secunda in Insula Avallonia

Aquí yace sepultado el ínclito rey Arturo con Ginebra, su segunda esposa, en la isla de Avalon.

Siguieron excavando profundamente emocionados hasta que los monjes dieron con un listón de sólida madera. Cuando apartaron la tierra, quedó al descubierto un gran ataúd de madera de encina; abrieron la tapa con una barra de hierro y encontraron dentro un conjunto de huesos, unos huesos que debieron pertenecer a un hombre alto y fuerte en un lado del ataúd, y unos huesos de mujer al otro lado. El cráneo de la mujer todavía estaba enmarcado por «una trenza de pelo rubio que conservaba su frescura y su color», pero cuando un monje se acercó a tocar los cabellos, éstos se deshicieron en polvo entre sus dedos y después perdió el equilibrio y cayó dentro de la tumba cubierto de barro.

Los huesos del hombre se recobraron de forma menos accidentada y cada vez que aparecía uno de ellos los monjes se maravillaban de su tamaño. Termina Giraldus su crónica diciendo que «cuando colocaron la tibia sobre la del hombre más alto del lugar, superaba la rodilla de éste en casi ocho centímetros. Su cráneo era tan grande y tenía tanta capacidad que debía ser un portento o prodigio porque la cuenca de sus ojos medía casi un palmo de ancho. Además, había diez heridas o más, todas las cuales estaban cicatrizadas, excepto una más grande que el resto, que tenía un gran agujero».

¡Por fin se había encontrado a Arturo y a Ginebra! La abadía de Glastonbury podía estar segura de que multitudes de peregrinos irían hasta allí portando donaciones durante años y años. Lentamente, se fueron alzando los edificios hacia el cielo, reemplazando los que habían sido destruidos por el fuego; se levantó una iglesia que debía ser la más grande de Inglaterra (todavía pueden verse los restos de esta preciosa abadía). Y en 1278, con ocasión de una visita a Glastonbury del rey Eduardo I y de la reina Eleanor, los restos de Arturo y Ginebra se llevaron con toda reverencia a una tumba de mármol negro en el centro del coro y allí se enterraron. Se colocaron dos leones de piedra a cada lado de la tumba, una estatua del rey

Arturo a los pies y sobre ella la cruz que se encontró en la tumba original, para indicar a los peregrinos de los siglos venideros dónde yacía el héroe britano.



Una inscripción señala el lugar aparecieron las supuestas tumbas del rey Arturo y de la reina Ginebra.

La tumba permaneció intacta hasta el siglo XVI, cuando Enrique VIII proclamó la disolución de todos los monasterios britanos. Las tierras de la abadía pasaron a manos privadas y los edificios fueron abandonados hasta quedar en estado ruinoso. En este tiempo se perdieron el sepulcro de Arturo y la tumba original y en el siglo XVIII desapareció también la cruz de plomo. La historia del increíble hallazgo de los monjes comenzó a ridiculizarse como un típico fraude medieval.

Sin duda, la cruz de plomo no era del siglo VI. Un dibujo de la misma realizado por un historiador del siglo XVII que la había visto muestra una inscripción muy posterior. Además, la referencia a Arturo como rey nos indica que se realizó mucho después de su muerte, cuando su reinado se había convertido en parte de la leyenda. Es imposible tener alguna certeza sobre los huesos; podían ser de un gigantesco guerrero de la Edad de Hierro y de su mujer, enterrados después de la destrucción del pueblo del lago por parte de los belgas.

Los monjes bien pudieron encontrarlos por casualidad cuando cavaban una tumba, o pudieron dar con ellos en cualquier otro sitio y haberlos colocado después en el sitio más conveniente para su descubrimiento.



Reconstrucción de la cruz de plomo que supuestamente apareció en el año 1191 en la también presunta tumba del rey Arturo con la inscripción «*Aquí yace sepulto el ínclito rey Arturo en la isla de Avalón*». Se perdió en un momento indeterminado, aunque existe una ilustración en un libro de William Canden, *Britannia*, publicado en 1607.

Además, el Abad de Glastonbury y sus monjes no eran los únicos que deseaban hacer el descubrimiento de la tumba de Arturo; el rey Enrique II también estaba interesado, aunque murió antes de que se encontraran. Comenzaban a surgir problemas en Gales, cuya gente estaba en un constante estado de rebelión. Las leyendas sobre el renacimiento de Arturo eran bien conocidas por todos los galeses: existía el peligro real de que un líder rebelde se levantara declarando que Arturo había aparecido de nuevo para conducirlos contra los opresores normandos. Parecía una sabia precaución ofrecer a estos descendientes de los britanos una prueba de que Arturo estaba realmente muerto.

En años más recientes, se ha demostrado que la historia de los

monjes no era una completa invención. En 1934, un equipo de arqueólogos que excavaba en las ruinas de la abadía encontró la base de la tumba del rey Arturo, y en 1962, otro equipo identificó el lugar de otra tumba que debía ser la que los monjes afirmaban haber encontrado. Es posible que fuera realmente la tumba de Arturo y que su lugar estuviera marcado por la lápida de piedra que encontraron los monjes, pero que con los años la tierra hubiera ido cubriendo la piedra hasta que dejó de estar a la vista. La cruz pudo situarse debajo de la piedra cuando la tumba se marcó como la de Arturo, durante el siglo X, en tiempos del abad San Dunstan. Los expertos sostienen que su inscripción pudo realizarse entonces, cuando la colocación de cruces de plomo dentro de las tumbas era una práctica común.

También hay que considerar el hecho de que los demás descubrimientos de Glastonbury fueron rápidamente desacreditados, como Geoffrey Ashe, un escritor que conoce bien la leyenda de Arturo, ha señalado:

«*Los huesos de San Patricio y San Dunstan fueron denunciados como espurios por indignadas voces de Irlanda y Canterbury. Pero no hubo ningún comentario por parte de los galeses sobre la deprimente exhumación de su líder nacional. No inventaron ninguna alternativa a la leyenda, ni situaron Avalon en otro lugar* [de hecho, ningún otro sitio de Britania más que Glastonbury ha reclamado ser la isla de Avalon]*, como si su silencio fuera lo suficientemente elocuente. Apunta a la larga tradición de la muerte de Arturo y de su entierro en el monasterio, no excesivamente conocida pero tan aceptada… que una vez que el secreto salió a la luz no podían negarse las afirmaciones de los ingleses*.»

En cualquier caso, el hallazgo del lugar de la tumba en 1962, sea o no la de Arturo, fue el primero de una serie de descubrimientos arqueológicos que ahora se unen para sugerir que gran parte de la leyenda de Arturo puede estar basada en hechos reales que ni siquiera se habían imaginado hasta ahora.

V

La búsqueda de Camelot

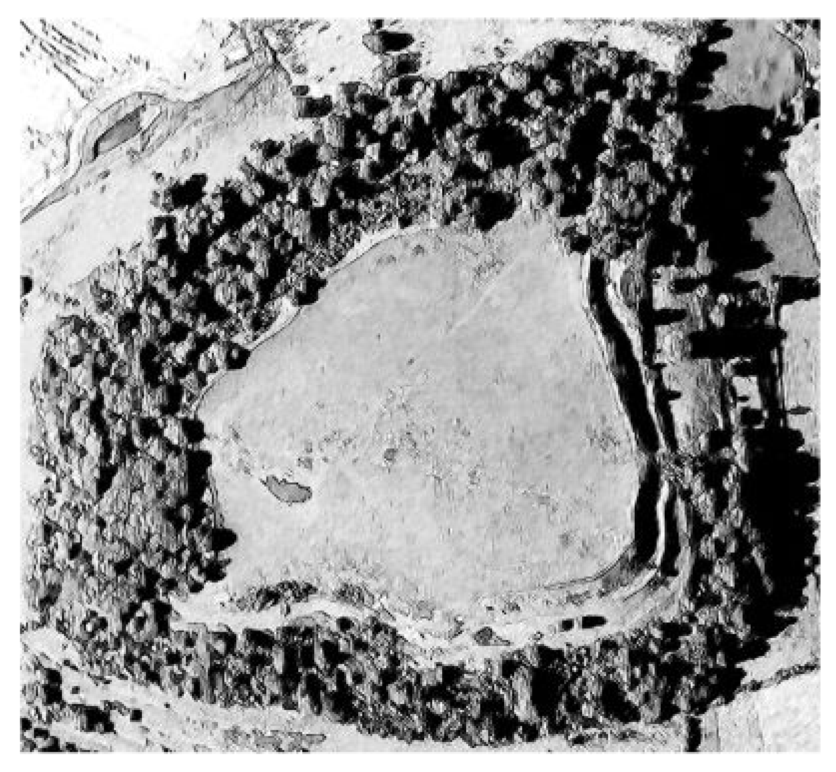


EL DESCUBRIMIENTO EN 1962 del lugar de la tumba de Arturo en Glastonbury despertó un renovado interés por toda la zona de Somerset, particularmente, por la persistente leyenda que afirmaba que la colina conocida como South Cadbury Castle, unos veinte kilómetros al sureste de Glastonbury, fue una vez el famoso Camelot, donde residía la corte del rey Arturo.

A principios del siglo XVI, el anticuario John Leland visitó el tranquilo y pequeño pueblo de South Cadbury mientras recorría Inglaterra recopilando información para su gran trabajo *History and Antiquities of this Nation* (*Historia y antigüedades de esta nación*). Los habitantes del pueblo le dijeron que su colina era «Camallate, famosa ciudad o castillo en otros tiempos» y que habían oído «decir que Arturo había residido en Camalat». La cumbre de la colina, donde las murallas circulares de un fuerte británico de siglos de antigüedad podían dibujarse por debajo de la hierba, era conocida como el Palacio de Arturo, o así lo registró otro anticuario, William Camden, cuando visitó Cadbury el día de la reina Isabel. Separados por menos de media hora de camino a pie, se encuentran dos pueblos que se llaman respectivamente Queen's Camel y West Camel. En los bancos del Cam, una corriente fluvial que los atraviesa, se había librado una gran batalla, la batalla de Camlann, donde Mordred murió y desde donde Arturo, gravemente herido, había sido transportado hasta la isla de Avalon en Glastonbury, a tan solo unos cuantos kilómetros al norte cruzando la cuenca baja de Somerset.

Estas tradiciones locales han despertado gran curiosidad en anticuarios y arqueólogos porque tienen un innegable aire de autenticidad. Los pueblos de Queen's Camel y West Camel son tan

reales como el mismo South Cadbury; la calzada del rey Arturo, que se extendía cruzando el pantano por debajo de las murallas del fuerte, puede seguirse en parte a través de los bien drenados campos de las granjas de alrededor.



Dibujo electrónico de la vista aérea de la colina de South Cadbury. Puede apreciarse el contorno de una muralla a la que debieron pertenecer las piedras que hay dispersas por los alrededores.

El Cam todavía corre por los campos y al pie de la colina tuvieron lugar enterramientos apresurados en un pasado lejano, indicando que allí se libró una batalla. Durante siglos los arados han removido dieciocho acres de tierra en la cima de la colina, con lo que se ha encontrado un notable surtido de monedas romanas, cerámica, materiales de construcción e incluso rastros de antiguas paredes.

Parece ser que la colina, que había sido ocupada por hombres del Neolítico tres mil años antes del nacimiento de Cristo, todavía estaba habitada en tiempos de la ocupación romana de Britania. Lo que los arqueólogos y anticuarios no sabían, sin embargo, era que se había producido una amplia reocupación del fuerte a últimos del siglo V o principios del VI, el periodo en el cual vivió Arturo.

Cuando, en 1890 un grupo de anticuarios se trasladó a la colina

para buscar pruebas de tal ocupación, un anciano subió con ellos y les preguntó con nerviosismo si ha bían llegado para llevarse al rey dormido del hueco de la colina. Lo que se encontró en aquella ocasión no está registrado, pero cuando se llevó a cabo una excavación más científica poco antes de la I Guerra Mundial, se descubrieron varios fragmentos de cerámica romano-británica junto con algunas piezas de artesanía celta tardía. Pero esto no era suficiente para establecer una conexión entre South Cadbury Castle y Camelot.

En 1950, sin embargo, se realizaron descubrimientos más interesantes, que incluían cerámica del periodo neolítico y de la Edad de Hierro prerromana. Lo más interesante desde el punto de vista artúrico es que también había trozos de cerámica similares a algunos que ya se habían desenterrado del monasterio cristiano de Tintagel en Cornwall, así como otros que podrían ser de un cuenco de cristal merovingio de los que se importaban del continente en el siglo VI.

Estos importantes descubrimientos fueron identificados por el doctor Ralegh Radford, un conocido arqueólogo de Devonshire, experto en arqueología de los primeros tiempos de la era cristiana, y el excavador más reciente de la abadía de Glastonbury. Aquí estaba por fin la confirmación, dijo el doctor Radford «de la identificación tradicional de este lugar como el Camelot de la leyenda artúrica». También despertaron el interés de Geoffrey Ashe, autor de numerosos artículos y libros sobre la leyenda y el periodo artúrico. Pero, sin disponer de gran cantidad de fondos, no se podía llevar a cabo una excavación seria y la idea de reunir la cantidad de dinero suficiente para organizar una investigación formal en South Cadbury parecía poco realista hasta 1965, cuando el doctor Radford y Geoffrey Ashe consiguieron finalmente formar un Comité de investigación de Camelot. La presidencia de dicho comité fue asumida por Sir Mortimer Wheeler, el arqueólogo de fama mundial de Mohenjo Daro y la civilización indú de la India, y de la dirección del trabajo se responsabilizó Leslie Alcock, becario de Arqueología en el University College de South Wales. Periódicos y editores de libros, la British Broadcasting Corporation, varias sociedades, universidades y mu chos benefactores privados proporcionaron ayuda financiera. Las excavaciones no se limitaban al objetivo de encontrar Camelot, sino al de dejar al descubierto todos los secretos de la historia de la colina desde su primera ocupación conocida por los hombres del Neolítico. Naturalmente, el interés principal se centraba en la oportunidad de encontrar una prueba arqueológica real de que Arturo había vivido allí.

Estas esperanzas habían aumentado con los excitantes hallazgos que habían aparecido en Glastonbury Tor, la extraña colina que se

levantaba sobre las ruinas de la abadía. Allí, a principios de los años 60, una serie de excavaciones dejaron al descubierto numerosos fragmentos de ánforas del siglo VI, importadas desde el Mediterráneo oriental, que una vez contuvieron vino y aceite, y éstas, junto con otras evidencias, determinaron de forma definitiva que en el siglo VI —el periodo artúrico—, Glastonbury Tor tuvo que ser la residencia de alguna persona muy importante.



La silueta de Glastonbury Tor al atardecer, tan romántica como misteriosa.

Philip Rahtz, director de las excavaciones de Glastonbury, cree que en aquel tiempo Glastonbury Tor tuvo que ser la plaza fuerte de un cacique local y que quizás servía como señal para algún propósito. Pudo haber tenido algún tipo de relación con South Cadbury Castle —el le gendario Camelot— en el sur; en el norte, con Brent Knoll, situado en el final occidental de las colinas de Mendip; y desde Brent Knoll más al norte cruzando el nacimiento del río Severn con otro campamento británico del siglo VI en Dinas Powys, en South Wales. Sí es cierto que desde Brent Knoll se puede ver con claridad tanto Cadbury Castle como Dinas Powys, los cuales están a una distancia total de sesenta y cuatro kilómetros. Es también probable que la cooperación entre los británicos de ambos lados del estuario de Severn fuera muy habitual en el siglo VI, con comunicaciones bien coordinadas entre ellos. Hasta la batalla de Dirham en 577, aproximadamente sesenta años después de la lucha de Arturo en el

monte Badon, los sajones no pudieron atravesar la línea que conectaba a los defensores británicos de Gales con aquella área del South Cadbury Castle.

Las excavaciones masivas en el lugar comenzaron en el verano de 1966. El equipo de arqueólogos y estudiantes que escalaron la empinada pista hasta la cumbre de la colina albergaban la esperanza de realizar un descubrimiento sorprendente que pudiera establecer la identidad de Arturo de una vez por todas y la identificación definitiva de la colina con Camelot. Desde la cima de la colina y mirando hacia los fosos y las lomas de las murallas que se exten dían hasta los campos de más abajo, era muy sencillo imaginar los pantanos misteriosos que entre la neblina una vez ocuparon el lugar de esos campos y visualizar a Arturo galopando en su caballo por las sendas para ir al encuentro de sus enemigos. Desde allí nadie podía albergar ninguna duda, excepto aquellos de mentes poco imaginativas, de que South Cadbury Castle era un lugar extrañamente evocador y romántico y misterioso al mismo tiempo.

Una joven voluntaria, que subía cada día la colina desde la escuela en la que ella y los otros estudiantes voluntarios estaban alojados, decía que sentía la misma emoción todos los días; de forma intuitiva, estaba convencida de que allí estuvo Camelot. Estaba segura de que algún día, mientras ella y sus compañeros estuvieran arrodillados en las zanjas cavando o sentados al sol lavando cuidadosamente los objetos sacados de la tierra, aparecería esa prueba irrefutable.

Pero la excavación durante ese primer año de 1966 no reveló nada tan importante como una herradura de plata, ni siquiera un medallón que tuviera inscrita la palabra Artorius. Quizás, esta esperanza de encontrar alguna evidencia era poco realista; ni siquiera habían aparecido algunas monedas acuñadas en Britania en el siglo VI. Pero en Britania e Irlanda habían aparecido unas cuantas inscripciones de este periodo, la mayoría realizadas en piedra o metal. En Irlanda y en las colonias escocesas al oeste de Britania, estas inscripciones se encontraron en Ogam: se trataba de un alfabeto de veinte letras compuesto por líneas rectas e inclinadas reunidas en grupos. En Britania, todavía existen algunas losas y pilares conmemorativos realizados a la manera romana, aunque tales memoriales suelen aparecer solo en los cementerios consagrados de los primeros cristianos.

Pero en South Cadbury, en 1966, no apareció inscripción alguna, aunque las excavaciones, si bien se desarrollaron durante poco tiempo y no eran más que excavaciones preliminares, sacaron a la luz muchas cosas importantes y reveladoras.

Entre otras, apareció una piedra tremendamente voluminosa,

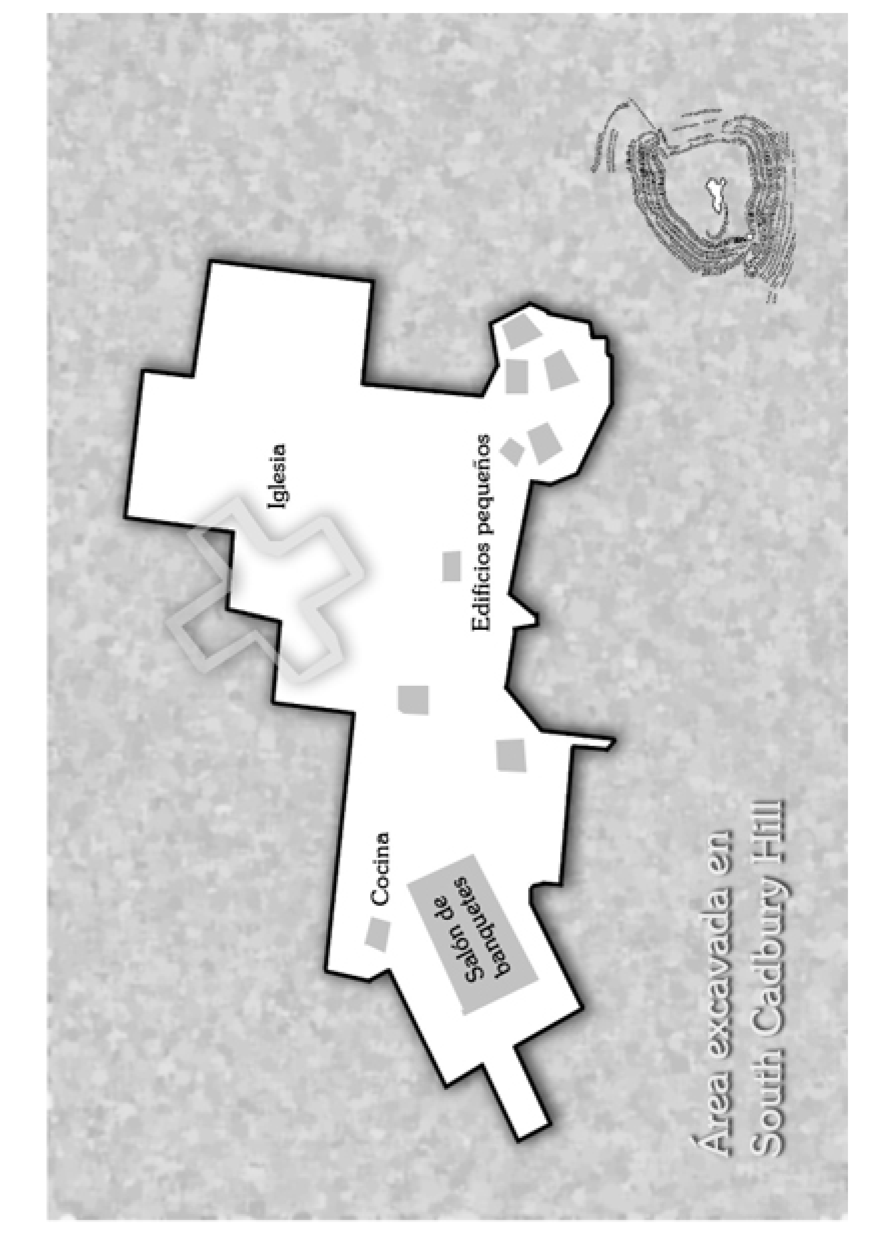
perteneciente a un muro, datada en los últimos tiem pos de los sajones, un muro que seguramente había protegido un asentamiento fortificado o *buró*. Esto confirmó la creencia de que las monedas del siglo XI que llevaban la inscripción de un lugar llamado CADANBYRIG, des cubiertas en otro sitio, realmente se acuñaron en un taller de South Cadbury. Las excavaciones también sacaron a la luz algunas piezas de armaduras romanas. También revelaron una acequia de la Edad de Hierro prerromana y los restos de una casa de la misma época; y de los primeros tiempos de la era cristiana, del periodo entre la ocupación romana y la época de las monedas inglesas, se descubrieron suficientes fragmentos de jarras de vino mediterráneas y de platos como para deducir que allí había habido algún tipo de ocupación durante el siglo VI.

«*Este breve reconocimiento* [concluía el informe de Leslie Alcock, el experto que dirigía el trabajo] *ha cubierto menos del siete por ciento del interior y ha confirmado ampliamente el rico potencial de South Cadbury Castle tanto en términos culturales como estructurales. Un interés particular apunta a la… larga perspectiva de una ocupación celta y romano-británica que forma el soporte cronológico del periodo artúrico en Cadbury. Sin duda, en todos sus aspectos, el lugar debe ser objeto de una exploración a gran escala.*»

En el verano de 1967 las excavaciones comenzaron de nuevo, después de que el comité de investigación sobre Camelot consiguiera más fondos de los primeros benefactores a los que ahora se les habían unido otros periódicos, universidades y personas de toda Inglaterra. Ese año se realizaron descubrimientos más fascinantes. Por ejemplo, se estableció de forma definitiva que el muro sajón tenía una historia mucho más interesante de lo que se supuso en un principio. Se desenterraron más de siete metros del mismo, lo que lo convirtió en el muro sajón más largo que nunca se había visto en Inglaterra. Debajo de él estaba la muralla de la Edad de Hierro y entre los dos se situaba lo que los arqueólogos llamaron el *Stony Bank*.



La colina de South Cadbury Castle, vista desde abajo.



En el *Stony Bank* se encontraron otros fragmentos de cerámica importada del siglo VI, trozos de tejas de estilo romano, pedazos de piedra de toba —una piedra ligera usada por los romanos para la construcción de edificios— y una honda romana. La presencia de la honda demostró que esta parte del muro debió construirse después de la conquista romana de Britania; las tejas y los pedazos de toba probablemente pertenecieron a un templo pagano construido en el siglo III o en el IV, cuando hubo un renacimiento pagano en Britania, que después fue demolido. Los restos de este tipo de templos era una

cosa que se esperaba encontrar en Cadbury. Los trozos de cerámica probablemente llegaron allí después de que se construyera el *Stony Bank* y con certeza antes de que se erigiera el muro sajón encima de él. Gracias a estos descubrimientos, podemos deducir con total seguridad que Cadbury Castle fue refortificado en el siglo VI como plaza fuerte contra los invasores sajones. Los más entusiastas han utilizado esta deducción para afirmar que el castillo tuvo que ser ocupado por un príncipe guerrero como imaginamos que debió ser Arturo, pero esto es solo una suposición.

Un reconocimiento geofísico precedió a la excavación del muro en una nueva sección de la cumbre. Se esparcieron sobre el suelo unos instrumentos parecidos a los que se usan para la detección de minas para registrar lecturas que indicaran la estructura, la forma y la densidad de los restos arqueológicos que había bajo la tierra. Estos instrumentos, que se conocen como medidores de la conductividad del suelo y que trabajan de forma parecida a un radar, no se habían utilizado para propósitos arqueológicos con anterioridad y tuvieron un gran éxito. Las indicaciones que ofrecieron sobre la estructura y densidad de los agujeros de poste y de las fosas de almacenaje permitieron a Leslie Alcock, director de las excavaciones, decidir cuáles eran las áreas más prometedoras donde debían excavar durante ese año. Cuando se traspasaron a un plano impreso, las lecturas revelaron, mediante una serie de puntos que trazaban líneas rectas y mostraban unas estructuras regulares, rastros de lo que parecían haber sido grandes edificios construidos sobre el viejo fuerte de la Edad de Hierro de los tiempos de Arturo. Uno de los dibujos parecía el hall principal de uno de ellos y provocó un gran revuelo entre los trabajadores.

Las posteriores excavaciones no revelaron nada más sobre este enorme salón, pero sí descubrieron otra cosa de un interés incluso mayor. Al principio, este nuevo hallazgo desconcertó a los expertos y, a medida que pasaban las semanas de julio y agosto de 1967, el problema parecía hacerse cada vez más incomprensible. Los excavadores desenterraban de forma gradual, hacia el centro occidental del recuadro de tierra que se había marcado para examen, una zanja que no seguía ninguna estructura comprensible. Se extendía haciendo zigzag hacia un lado y hacia otro hasta que se pudo discernir una cierta formación dentro del área.

Ninguno de los expertos podía imaginar el propósito de cavar una trinchera de esta forma. Primero pensaron que quizás la colina se hubiera utilizado para realizar maniobras militares durante la I Guerra Mundial. Colocaron un tablón donde los participantes en la excavación podían apuntar sus diferentes teorías sobre el misterioso

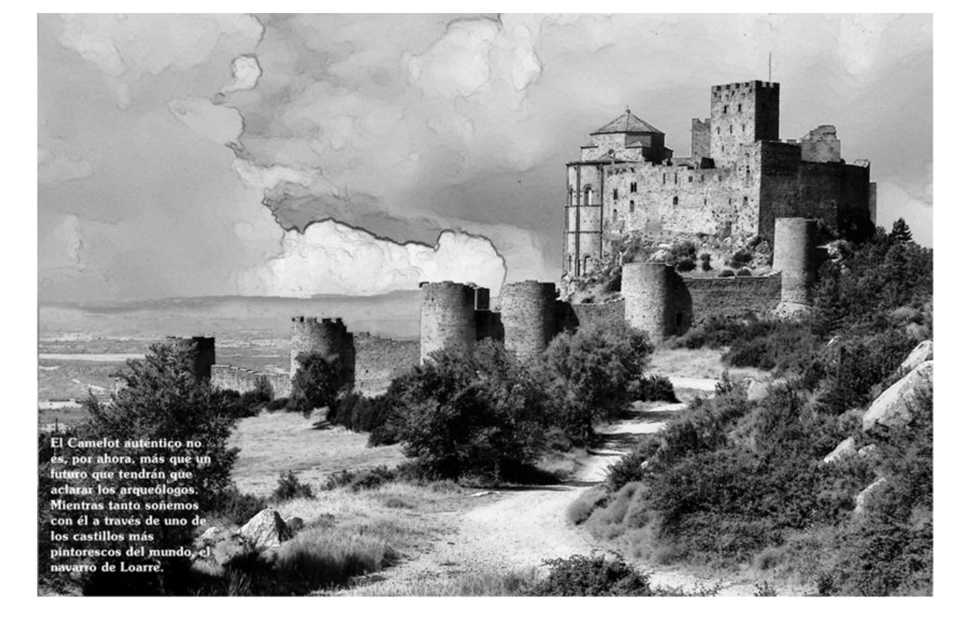
terreno, y donde se escribieron cosas como «la tumba de una jirafa» o algo aún más improbable «el patio del palacio del rey Arturo».

Entonces, alguien que estudió las líneas de la trinchera e imaginó estructuras regulares que podrían incorporarse al segmento con forma de cuña de la esquina noroeste, de repente se dio cuenta de que si la parte en forma de U de la estructura se repetía bajo la tierra que se encontraba fuera de la zona de excavación, el resultado sería una cruz.

Un repaso a los puntos del plano del reconocimiento geofísico mostró que la estructura realmente sugería una trinchera cruciforme. Sin embargo nadie había buscado tal forma. El equipo había estado buscando pruebas de la existencia de edificios redondos del tipo que era propio de la Edad de Hierro y del tipo rectangular propio de los primeros tiempos de la era cristiana; y efectivamente habían descubierto rastros de los mismos. La posibilidad de encontrar un edificio en forma de cruz con brazos iguales estaba tan lejos de las expectativas de los expertos que las indicaciones de su presencia les habían pasado completamente desapercibidas.

Muy excitado, Alcock dio órdenes para que se realizaran tres excavaciones de prueba fuera del área primitiva. En cada uno de los casos, los excavadores descubrieron una sección nueva de la trinchera con la forma que determinaba el plano cruciforme. Deduciendo el resto de la estructura a partir de lo que ya conocían, aparecieron los cimientos de un edificio completamente lógico.

Este diseño, se sugirió en principio, podía explicarse con más facilidad si se atribuía a la forma de una iglesia. Este tipo de plano, en forma de cruz griega con brazos de igual tamaño, parecía que se había usado en Oriente Medio a finales del siglo V. Sin embargo no era nada común en tiempos de Arturo, ni siquiera en el área mediterránea. Se aventuró que podía tratarse de la capilla de Arturo en Camelot, una capilla que después hubiera sido demolida por los sajones con el objetivo de utilizar sus piedras para construir su enorme muro de piedra; pero no pudieron encontrar rastros de mortero ni pedacitos de piedra que confirmaran esta atractiva hipótesis. Parecía más probable, por alguna razón que nunca llegaremos a conocer, que el levantamiento de tal edificio se abandonara después de haber construido los cimientos, tal y como mostraban las excavaciones.



El Camelot auténtico no es, por ahora, más que un futuro que tendrán que aclarar los arqueólogos. Mientras tanto soñemos con él a través de uno de los castillos más pintorescos del mundo, el navarro de Loarre.

Los expertos se preguntan ahora si la zanja fue realizada en el siglo VI o incluso por los sajones. La última teoría es que estos cimientos se cavaron durante el siglo XI y que la construcción se detuvo cuando los sajones abandonaron el resto del asentamiento durante el reinado de Canuto. De todas formas, no se ha encontrado ninguna prueba que respalde estas hipótesis. Y sin una firme evidencia, se pueden hacer muchas conjeturas pero los arqueólogos no se pueden pronunciar de manera definitiva.

La excavación de South Cadbury Castle se reanudó en el verano de 1968 y pronto salieron a la luz nuevas pistas. Se encontraron más fragmentos —unos fragmentos inusualmente pequeños— de jarras de vino del siglo VI; restos de lo que muy bien podría ser la entrada sajona al fuerte, la «puerta a Camelot»; y parte de la zanja de cimientos de lo que parecía ser un enorme hall del siglo VI. Tal edificio, cuyas dimensiones se calculó que serían aproximadamente diez metros de ancho por dieciocho de largo pudo o no ser el gran hall de Camelot, pero su descubrimiento marcó una excitante etapa en la búsqueda del rey Arturo, una búsqueda que todavía continúa.

VI

El único y futuro rey



AUNQUE LAS EXCAVACIONES EN CAMELOT no descubrieran nin guna nueva realidad sobre el único y futuro rey, sí ayudaron a disipar la ilusión de que Arturo era el rey mágico de los romances medievales. Ahora podemos imaginarlo no como un gobernante caballeresco vestido con una brillante armadura cuyas estancias habituales son los salones de piedra, los pabellones coloridos y las torres del Camelot medieval, sino como un duro y rudo guerrero que se enfrentó a las duras guerras del siglo VI y que vivía en una fortaleza pensada más para la defensa que para el placer.

No vestía una coraza de plata sino un chaleco de cuero; no llevaba un yelmo con plumas sino un casco he cho de hierro y rematado con piel; sus botas era también de cuero de color marrón, así como su cinturón; sus pantalones eran de lino grueso; su manto era de lana roja, el único toque de color de su vestimenta apagada, atado en el hombro derecho con un broche de bronce con un característico diseño celta; a su lado derecho portaba una pesada espada de hierro en una vaina de cuero; con la mano derecha sostenía la empuñadura de una lanza cuya punta era de hierro pulido.

Con este retrato de Arturo en mente, es posible pensar que aunque las leyendas que hemos repasado en las páginas de Malory nos parezcan de lo más fantasiosas, en cada una de ellas se ocultaba un pedacito de verdad. De manera innegable, el descubrimiento de una verdadera tumba con una inscripción no es nada nuevo; y en este

punto es donde hemos de recurrir a la historia del arqueólogo alemán Heinrich Schliemann.

En la década de 1830, cuando era un niño, Heinrich Schliemann era un apasionado de las historias fantásticas, las fábulas y las leyendas. Le gustaban en particular las historias é picas de los hé roes de Homero, de Aquiles y Héctor, de Paris y Elena, y la fabulosa ciudad de Troya, capital del rey Príamo, que después de un sitio que duró diez años fue capturada por los griegos quienes la quemaron.



Moderno bronce de inspiración celta.

Durante toda su vida, Schliemann recordó que su padre, un pastor de Mecklenburg, un estado del norte de Alemania, cuando él tenía diez años, le regaló por Na vidad un libro que contaba los principales hitos de la Guerra de Troya y las aventuras de Ulises; en ese momento decidió que cuando creciera, iría a Troya y excavaría para encontrar la legendaria ciudad de la que nadie conocía el paradero.

Schliemann dejó la escuela a la edad de catorce años para trabajar durante cinco años y medio en una tienda de comestibles. Después, fue recadero en Amsterdam y em pleó los pocos momentos que le quedaban libres para estudiar lenguas extranjeras, esforzándose tanto

que consiguió hablar con fluidez inglés, francés, holandés, español, italiano y portugués. Aprendió ruso con la idea de representar a su empresa en San Petersburgo y lo hizo de forma tan brillante allí que en poco tiempo tenía su propio negocio de importación y exportación. Tuvo un éxito increíble y, en 1863, había hecho tanto dinero que pudo jubilarse, a la edad de cuarenta años, y dedicarse a los estudios que lo habían fascinado durante tanto tiempo.

En 1868, navegó hasta Grecia, determinado a probar lo equivocados que estaban los académicos y estudiosos que habían relegado la épica troyana al mundo de lo mítico. En la mitad de su vida estaba tan convencido como cuando era pequeño de que la Grecia de la *Ilíada* de Ho mero había existido realmente, que Aquiles y Agamenón, Héctor y Eneas eran realmente héroes históricos que ha bían vivido, luchado y muerto. Schliemann leyó la *Ilíada* una y otra vez buscando pistas que lo condujeran a Troya, la gran ciudad que tantos expertos afirmaban que nunca existió, siguiendo las directrices de Homero tan fielmente como pudo. Su análisis le condujo hasta Hissarlik, una pequeña ciudad del oeste de Turquía a pocos kilómetros de la entrada sur al Dardanelos. Allí, disponiendo de los recursos de un millonario para satisfacer su capricho, Schliemann puso a cien hombres a cavar durante meses e ignoró el ridículo y también la falta de comodidades. Y allí descubrió no solo las ruinas de la ciudad del rey Príamo sino también los restos de una civilización desaparecida la cual había permanecido hasta ese momento totalmente desconocida para la arqueología.



Heinrich Schliemann, un hombre curioso e inquieto que descubrió el emplazamiento exacto de la mítica Troya.

Schliemann, con su fe y habilidad, encontró Troya y probó que una leyenda puede asentar sus bases en una realidad histórica. Esto mismo puede suceder algún día con Camelot y con la leyenda artúrica. Un escritor inglés, Beram Saklatvala, ha hecho recientemente algunas ingeniosas sugerencias sobre algunos de los detalles de la leyenda que merecen tomarse en consideración. Ha su puesto, por ejemplo, que la fuente del libro francés del cual Malory decía haber tomado la historia de la espada dentro de la piedra había sido una crónica latina ahora perdida en la cual aparecía una frase como ésta «*Arthur gladium ex saxo eripuit*» (Arturo sacó una espada de la piedra). Esta notable hazaña, según nos cuenta Malory, estaba fuera del alcance de otros hombres y demostró el derecho de Arturo a ser rey. Éste era el tipo de historia fantástica que indujo al impresor Caxton a decir a sus lectores que eran «libres de creer» que la *Morte d'Arthur* no era completamente cierta. Pero Saklatvala sugiere, ¿pudo esta frase latina ser un error del copista sobre un registro de un hecho real?

Las palabras que producen cierta incredulidad son *ex saxo*, «de la

piedra». Era habitual entre los copistas medievales omitir la letra *n* y mostrar dicha omisión con un guión encima de la siguiente letra; así, este *ex saxoe*, o *ex saxone* puede significar que Arturo tomó la espada de los sajones, no de una piedra, un hecho bastante diferente y mu cho más creíble. Tanto si interpretamos que Arturo consiguió la espada de la mano de un fiero guerrero sajón en combate singular, o que con «sajón» se nos quiere dar a entender a toda la raza sajona cuyas ambiciones fueron desbaratadas en el monte Badon, no es difícil creer que tal victoria aseguraría a Arturo el liderazgo de los ejércitos británicos o incluso el reino del West Country.

La historia de la otra espada de la leyenda, Excalibur, puede haber pasado a la esfera de lo mítico por un proceso parecido, según cree Saklatvala. En la versión de Malory del cuento, la espada aparece entre la niebla de un lago de «grandes aguas» y después de la batalla de Calman, cuando Arturo pide a Sir Bedivere que la devuelva a las aguas, «entonces un brazo surgió sobre el agua y la tomó, y la agitó tres veces y la blandió, y después tanto el brazo como la espada desaparecieron en el agua». Geoffrey de Mon mouth también escribe sobre «la sin par espada de Arturo, forjada en la isla de Avalon», a la cual llama Caliburn.

Saklatvala apunta que podría haber existido una antigua crónica en la cual se dijera que Arturo había conseguido su espada *ex cale burno*, al lado del río Cale, en cuyo caso su nombre y su relación con el agua quedaría completamente explicada. Es una realidad que los romanos atribuían gran parte de los méritos de sus espadas de hierro a la calidad del agua en la que el herrero sumergía las hojas al rojo vivo para templarlas con el súbito cambio de temperatura. También es cierto que existe un río llamado Cale a una hora a caballo de South Cadbury Castle.



La fantasmal espada Excalibur sale de las aguas de un brumoso lago y vuelve a ellas, donde moran espíritus femeninos. Un mito y símbolo tras el que se esconde quizá una realidad mucho más prosaica.

Desafortunadamente, eminentes estudiosos han refutado las tesis de Saklatvala. Además del hecho de que en el latín medieval la palabra *burna,* «corriente», se registra por primera vez en 1135, momento en que Geoffrey estaba terminando su *Historia,* el río Cale en aquel tiempo se nombraba como *Cawel,* y la forma «Cale» no aparece has ta la época isabelina. También existen dudas sobre si el *ex* de Excalibur proviene de la palabra latina que significa «fue ra de»; probablemente solo sea un prefijo utilizado pa ra acentuar la primera sílaba de la antigua forma francesa de la palabra «escalibor», del mismo modo que sucede con «especial» comparado con «special», por ejemplo.

La derivación generalmente aceptada del nombre de la espada de Arturo, según el investigador R.S. Loo mis, es más bien celta que latina. El nombre de Ex calibur en los romances galeses es Caledvwlch, que parece provenir de las palabras galesas *calet,* «fuerte», y *bwlch* «filo». Sin embargo, el profesor Loomis cree que es una aproximación al nombre de otra famosa espada, muy conocida en las leyendas irlandesas: Caladcolg o Ca lad bolg, que significa «fuerte espada» o «fuerte vaina», que en los cuentos se menciona como perteneciente a un héroe del Ulster llamado Fergus. En una de estas sagas irlandesas, el héroe Fergus Mac Leite utiliza a Caladcolg para luchar contra el monstruo del lago. Victorioso, pero mortalmente herido, suplica a sus seguidores que solo den su espada a otro héroe que se llame Fergus y que la guarden de forma que «*nadie os la*

arrebate; mis deseos al respecto son los siguientes por siempre jamás: que los hombres narren la importancia de la espada». Hay algunos paralelismos obvios entre ésta y la historia de Arturo como la conocemos por Malory, aunque los investigadores no han ido más allá de señalar los parecidos.

El hecho de que la búsqueda de la verdadera fuente de Excalibur sea un mito o leyenda celta no debe desanimarnos excesivamente. Es natural que los británicos derrotados glorificaran el recuerdo de su mayor héroe añadiéndole atributos que pertenecían originalmente a otros hé roes, o incluso a dioses de su pasado pagano. Como el profesor Loomis ha señalado:

«*A lo largo de la historia del mundo, las nubes de leyenda han rondado sobre las cabezas de los líderes militares que cautivaron la imaginación de los pueblos. Ocurrió con Alejandro y Carlomagno, con Napoleón y Washington. Para los britanos, fue suficiente que Arturo infligiera una serie de derrotas a sus enemigos bárbaros y consiguiera expulsarlos de lo que algún día sería Inglaterra… Los galeses y, por extensión, las gentes de Cornualles, añadieron a la historia del héroe un montón de tradiciones nativas junto con materiales derivados de Irlanda y de los britanos del norte. Después, las pasaron a los bretones, quienes compartían esta devoción apasionada por la memoria de Arturo, y los bretones, a su vez, en lengua francesa lograron atraer la imaginación de las gentes que no tenían origen celta con el entusiasmo y la magia de sus recitales. De esta forma, el oscuro líder guerrero de un pueblo derrotado se convirtió en héroe de la Cristiandad, sus caballeros en modelo de caballería y valor y las damas de su corte en patrones de belleza sin igual…*»



Los grandes líderes suelen ser mitificados por sus gentes. Así ha sucedido varias veces en la historia.

Realmente no hay necesidad de encontrar paralelismos históricos para creer en la historicidad de Arturo, ni de identificar la Mesa redonda donde se reunía el consejo guerrero de comandantes de la caballería de Arturo para creer que estos comandantes existieron realmente. No necesitamos creer nada más de *Le Morte d'Arthur* excepto la existencia de su figura central, de la que no podemos dudar. Incluso podemos creer, como un historiador dijo de las historias de Glastonbury, que ninguna de las leyendas de Arturo guarda relación con los registros de hechos reales, pero la existencia de estas leyendas es una realidad en sí misma.

Y, ¿quién puede afirmar que incluso ahora, después de mil cuatrocientos años, no puede aparecer alguna prueba definitiva que disipe la niebla de las leyendas y revele claramente una innegable verdad? Mientras tanto, podemos intentar trazar una biografía de Arturo basada en los pocos hechos de los que disponemos y en las deducciones que podemos obtener de dichos hechos.

Nació sobre 475 en el seno de una familia acomodada del West Country que le dio el nombre romano de Artorius, siguiendo la tradicional lealtad de la familia hacia el imperio. Cuando era joven en el reino cristiano de Ambrosio, la última avanzadilla de influencia romana en Britania, mostró cualidades de líder que le condujeron a encabezar la defensa del reino cuando Ambrosio murió. Formó y entrenó una efectiva fuerza de caballería móvil, la cual luchó, siguiendo el modelo tradicional romano, como una unidad

disciplinada y digna de confianza. Persuadió a la mayoría de los reyes británicos para que lo aceptaran como el líder supremo de la guerra, un conde de Britania según la tradición romana, y para que lo nombraran comandante de sus ejércitos locales.



El monumento más famoso y característico del West Country sin duda es el cromlech de Stonehengue, al que se ha relacionado también con las leyendas artúricas. En ellas se presenta a Merlín como un druida celta, aunque nada tuvieran que ver éstos con el monumento.

Con su propia caballería y con la ayuda que pudo conseguir a su paso, recorrió gran parte de la isla, y atacó a los invasores bárbaros en campañas que le llevaron desde Chester, en el oeste, hasta los bosques de Caledonia, al norte de la muralla de Adriano, y hasta las tierras ocupadas en el este por los sajones y por los anglos en el norte. Logró dar a su causa un fin cristiano y católico y lo consiguió invocando la protección de la Virgen María, aunque ofendió a la Iglesia con las imposiciones que se vio forzado a realizar a los monasterios con el objetivo de conseguir los suministros que necesitaba para la guerra contra los paganos.

En el año 516, sus enemigos arrinconaron sus defensas en el suroeste, pero en el monte Badon, en algún lugar cerca de Wandsdyke, condujo a su caballería con éxito contra ellos, consiguiendo una victoria tan aplastante que logró que la paz reinara durante una generación completa. La paz se rompió con la guerra civil que se desencadenó entre Arturo y Mordred, su hijo ilegítimo que quería

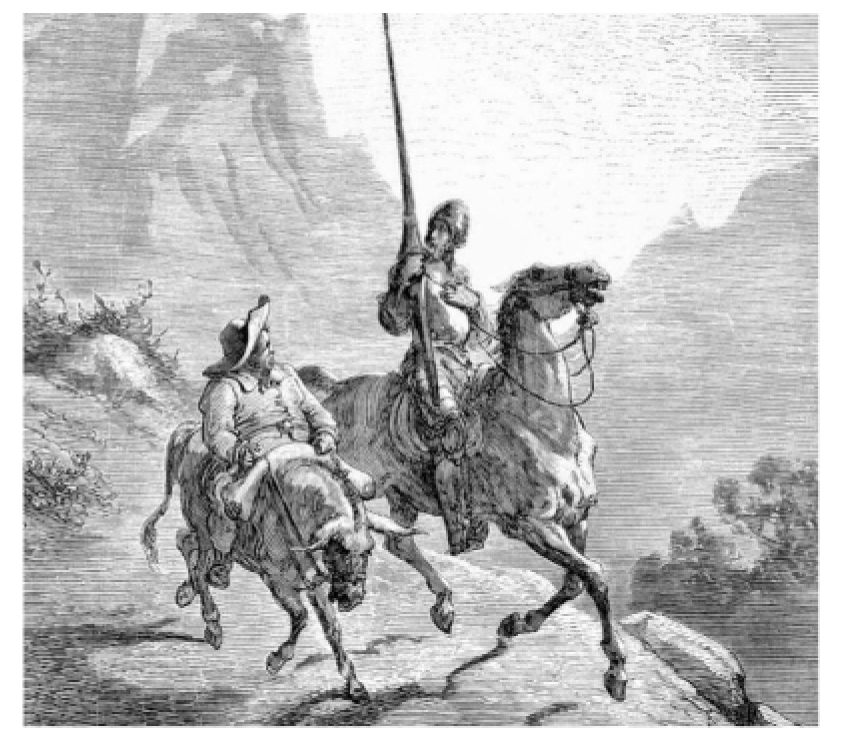
ocupar su lugar, y en la que ambos murieron. Durante veinte años, Arturo había sido el señor absoluto de aquellas partes de Britania que no estaban ocupadas por los anglos y por los sajones. Fue proclamado rey por sus soldados y creó junto con sus caballeros, o compañeros, una corte que las generaciones futuras conocerían con el nombre de Camelot.

Una vez más, los hechos y las especulaciones se convierten en mito y nos encontramos buscando esa prueba incontestable que algún día resolverá el misterio de Malory de ese «gran conquistador y excelente rey» cuya historia se ha ido reescribiendo generación tras generación. Para cada una de ellas, presentó un aspecto diferente. Para unos era un rey tirano; para otros, un guerrero excepcional; para algunos fue el gobernante de un mágico reino subterráneo; para Malory, es un héroe caballeresco, noble y trágico, y ésta es probablemente la imagen de Arturo que ha dejado una huella más duradera.

Cuando Malory escribió su obra, el signo de los tiempos ya había cambiado. El mundo que describía todavía poseía cierto atractivo, incluso para el agresivo monarca Enrique VIII que presumía de ser descendiente de Arturo (a través de los príncipes galeses con los que la familia Tudor tenía un parentesco lejano) y que se divertía con justas, torneos y espléndidos acontecimientos de todo tipo. Pero Enrique ya no seguía el modelo caballeresco de comportamiento y en medio del renacimiento del interés por el arte y la literatura clásica y el enfrentamiento entre los católicos y los protestantes que caracterizó el siglo XVI, la idea de la caballería medieval comenzó a parecer un anacronismo. No fue solo el hecho de que las nuevas armas dejaran a la caballería obsoleta; los isabelinos, que eran hombres prácticos y realistas, comenzaron a verlos de forma parecida al don Quijote de Cervantes, locos luchando contra mo linos de viento. El mundo irreal de las historias de Ma lory fue reemplazado por el descubrimiento de un Nuevo Mun do, encantado y aún por descubrir. ¿Quién podría in te resarse por las fantasías de la corte imaginaria de Arturo cuando los aventureros volvían su mirada hacia Florida y Santiago de Cuba y cuando se podía leer la historia real de la travesía de Drake?



¿Fue Enrique VIII de Inglaterra, descendiente del rey Arturo? No parece probable.



El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, una sublime parodia de la caballería andante.

Algunos isabelinos sí pudieron. Entre ellos, Edmund Spenser cuya *Faerie Queene*, publicada justo a finales del siglo XVI, combinó con éxito las nuevas influencias del Re nacimiento con las antiguas leyendas de Britania. Spenser murió sin terminar su gran obra, pero en una carta dirigida a Sir Walter Raleigh en 1589, describió sus intenciones: «moldear un noble o caballero lleno de virtud y disciplina caballeresca… el cual, tal y como lo concibo, debería ser de lo más verosímil y agradable… Elegí la historia del rey Arturo porque era el personaje que mejor encajaba debido a la excelencia de su persona, ya que estaba muy lejano al peligro de la envidia y de la sospecha del tiempo presente». Siguiendo el estilo de Homero, de Virgilio y de los poetas italianos Ariosto y Tasso, Spenser trabajó para construir el Arturo «de antes de ser rey, la imagen de un valiente caballero, perfecto en las doce virtudes morales, tal y como lo concibió Aristóteles».

A pesar de las intenciones de Spenser, el príncipe no pasa de ser una figura incidental en los seis libros que conservamos de *Faerie Queene*. Encontramos a damas y ca balleros en el transcurso de sus aventuras, pero no juegan un papel principal en éstas. Spenser utiliza gran parte del material de la *Historia* de Geoffrey de Monmouth, adaptándolo o

alterándolo libremente para adecuarlo a su propósito poético. En este sentido, trata a Arturo como una figura puramente legendaria más que como un personaje histórico, una actitud que anuncia la desilusión que los escritores del siglo siguiente sentirían aún con más fuerza.



Una ilustración de una versión del *Faerie Queene*, de Edmun Spenser, publicado hacia 1751.

«*Charles James Stuart/Reivindica el trono de Arturo*» fue el anagrama de la coronación de Jaime I en 1603. Cuando el rey Estuardo de Escocia alcanzó el trono de Inglaterra, los poetas cantaron que se había cumplido la profecía de Merlín, ya que por fin la isla de Britania estaba unida bajo una única corona. Ben Jonson y Thomas Campion escribieron farsas y organizaron desfiles para celebrar la ascensión de Jaime. Cuando el nuevo monarca entró en Londres, se instalaron unas pirámides de veintiún metros en la entrada de la calle Strand con un complicado doble pedigrí británico, proclamando que Jaime era descendiente directo de Arturo por ambas ramas de su familia.

Pero la nueva edad de oro duró poco. Jaime y su hijo, Carlos I, creyeron que estaban designados por la divinidad para reinar; el parlamento, que cada vez tenía más fuerza, se hizo también más rebelde. Los reyes de la dinastía Estuardo eran pobres representantes de un estado real y los defensores del parlamento y de la constitución comenzaron a desdeñar a su antepasado, el rey Arturo, y a volver la cabeza hacia los antiguos enemigos de Arturo, los anglosajones, y a considerarlos los verdaderos padres del país, con su lengua y sus leyes. La *Historia* de Geoffrey de Monmouth fue ridiculizada: «produjo un

montón de cuentos y fábulas absurdas», se burlaba un parlamentario simpatizante.

Milton, el mejor poeta de esta época, cuando era universitario, fascinado por los romances italianos y fuertemente influenciado por Spenser, planeó un poema épico sobre «los reyes de mi tierra natal, y sobre Arturo, que llevó la guerra incluso al país de las hadas». Más tarde, como severo puritano y partidario del parlamento en sus luchas contra la corona, no solo abandonó a Arturo como sujeto idóneo para la épica, sino que también, en su *Historia de Britania,* realizó un intento de desacreditar al héroe británico, diciendo de él que «tenía mayor renombre en las canciones y romances que en la historia real». Rechaza a Nennius como «un escritor muy superficial» y después de una discusión sobre la batalla del monte Badon, Milton, el historiador, termina: «la cuestión de quién fue Arturo y de su reinado en Britania ha sido puesta en duda anteriormente y quizás con buenas razones».

Pero después de la Guerra Civil y del deprimente gobierno de Oliver Cromwell se produjo la restauración de Carlos II en 1660 y apareció el primer nuevo libro sobre Arturo que se había publicado en décadas, que volvía a contar «La más famosa historia del más renombrado cristiano rey Arturo de los Britanos, y de sus famosos caballeros de la Mesa Redonda», dándole la bienvenida del exilio al nuevo rey. La rueda comenzó a girar una vez más a medida que poetas y dramaturgos retomaban el tema anteriormente abandonado. John Dryden, un lealista, qui so crear un poema épico artúrico que popularizara la idea del gobierno de los Estuardo, pero estaba demasiado ocupado escribiendo obras de teatro como para perder tiempo en componerlo. En 1691, sin embargo, utilizó este tema para una ópera, *Rey Arturo*, para la cual compuso la música Henry Purcell. La ópera se centraba sobre todo en las batallas de Arturo contra los sajones y enfrentaba a Arturo y al príncipe sajón Osvaldo haciéndolos rivales en la lucha por obtener el amor de Emmeline, la hija ciega del duque de Cornwall. Naturalmente, es Arturo quien se lleva a la chica, la cual recupera la visión convenientemente gracias a unas gotas mágicas que le proporciona Merlín.



Un fragmento de la partitura de la ópera *Rey Arturo*, de Henry Purcell.

Es irónico que, aunque los tres grandes poetas del siglo XVII, Johnson, Milton y Dryden, se propusieron componer poemas épicos que tenían como tema a Arturo, ninguno de ellos llegó a escribirlos. Sin embargo, sí se compusieron dos grandes poemas épicos; el autor fue el médico del rey Guillermo III, Sir Richard Blackmore, que encontraba que la escritura de épica era «un inocente entretenimiento en esas horas libres que antes solía gastar en conversaciones y en el nada provechoso intercambio de noticias». Desde luego hubiera hecho mejor en seguir dedicado a las noticias; él y sus poemas solo son conocidos hoy gracias a un poeta mucho mejor, Alexander Pope, que lo llamaba «el interminable Blackmore», que «cantaba tan alto y cuyas poesías eran tan largas».

El siglo XVIII mostró poco interés en Arturo; fue una época de razón y pragmatismo. Merlín se había convertido en una figura divertida, cuya imagen utilizaban los astrólogos para decorar las puertas de sus establecimientos. El cuento popular de Tom Thumb convirtió a este minúsculo hombrecillo en un caballero de la corte de Arturo, el cual estaba enamorado de la princesa Hunca Munca, la hija del rey. No fue hasta final de siglo cuando un renovado interés por la Edad Media introdujo de nuevo a poetas y pintores en el ciclo artúrico. A principios del siglo XIX, Walter Scott y Robert Southey escribieron sobre temas artúricos y editaron nuevas versiones de Malory. Hacia

mediados de siglo, el medievalismo era una pasión que se reflejaba en el arte gótico y en la arquitectura de la Inglaterra victoriana. Eduard Bulwer-Lytton, William Morris y la hermandad prerrafaelita de artistas y escritores, Matthew Arnold y varios poetas menores volvieron su atención al tema artúrico. Y en 1859, Alfred Tennyson publicó la primera serie de *Idylls of the King*, que trasladaba a los personajes de Malory y a sus aventuras a un evangelio de los tiempos victorianos.

Tennyson había albergado este proyecto en su mente durante muchos años. Había realizado visitas a los lugares asociados tradicionalmente con Arturo en West Country, recopilando materiales e impresiones. Había leído y releído *Morte d'Artur*, y tenía algunos conocimientos también de las crónicas francesas y normandas y de las leyendas heroicas de Gales. Su primer poema artúrico, *The Lady of Shalott*, se publicó en 1832, cuando solo tenía veintitrés años; en aquel momento ya estaba recopilando fragmentos y temas para un poema épico de lo que él llamaba «el más grande de todos los asuntos poéticos». Pero estaba preocupado por otro trabajo y dudaba sobre cuál se ría la forma definitiva de esta épica. Sobre 1850 ya había encontrado la forma narrativa ideal para lo que habría de ser el trabajo de toda su vida: un ciclo compuesto de largas partes unidas que cubría la secuencia completa des de el misterioso nacimiento de Arturo hasta su desaparición entre las brumas de Avalon.



El poeta Alfred Tennyson, en una foto de finales del siglo XIX.

La publicación de las cuatro primeras églogas en 1859 fue acogida con un entusiasmo sin precedentes. Diez mil copias del trabajo se vendieron en la primera semana y le ofrecieron a Tennyson cinco mil guineas por otro volumen de la misma extensión. Durante los siguientes veinticinco años, fue añadiendo poemas sobre Arturo, sus caballeros y las damas de su corte e incluso cuando el ciclo de veinte estuvo terminado, el poeta continuó trabajando en él, alterando frases para hacer el significado más claro, hasta el mismo año de su muerte en 1892. El público estaba encantado; los e ditores tenían que gestionar pedidos de más de cuarenta mil copias incluso antes de la pu blicación. En los hogares de habla inglesa de todo el mundo sus inolvidables y preciosos ver sos se albergaban en la memoria.

El rey Arturo de Tennyson, un «rey sin mancha» de la mayor rectitud moral, está muy lejos del rey apasionado de Malory. En los *Idylls* no hay nada de la sexualidad explícita que impregnaba el Camelot de Malory. Así como el Arturo de Geoffrey de Monmouth fue

transformado por Stephen para dar un origen heroico británico a la recientemente establecida monarquía normanda, el Arturo de Ten nyson refleja los sentimientos y la moralidad que admiraban los representantes de la monarquía inglesa de su tiempo, la reina Victoria y su consorte, el príncipe Alberto. El poeta no representa la Britania de los tiempos de Arturo como una época ideal, sino como una especie de analogía desde la cual los lectores victorianos pudieran extraer paralelismos con su propio tiempo. Quería resaltar las virtudes que para él significaban la excelencia: el idealismo, la caballería, el patriotismo desinteresado y la fe religiosa, y mostrar que incluso los mejores y más grandes ideales son frecuentemente derrotados, como le ocurrió a Arturo. Al final, sin embargo, el mensaje es de esperanza, como Bedivere, desesperado, dice:

«*…los viejos tiempos… murieron/Cuando cada mañana brindaba una nueva oportunidad/y cada oportunidad sacaba a la luz un noble caballero*».

Y Arturo contesta lentamente desde la barcaza:

«El viejo orden cambió, dejando sitio al nuevo, Dios se muestra de muchas maneras, para que una buena costumbre no corrompa el mundo. Consuélate: ¿qué consuelo encuentro yo? He vivido mi vida, si no volvieras a ver mi rostro de nuevo, reza por mi alma. Son moldeadas a través de la oración… más cosas de las que este mundo imagina…»

El alto idealismo del Arturo de Tennyson se considera como un reflejo directo de las virtudes del príncipe Alberto al que, después de su prematura muerte en 1861, Ten nyson dedica los *Idylls*:

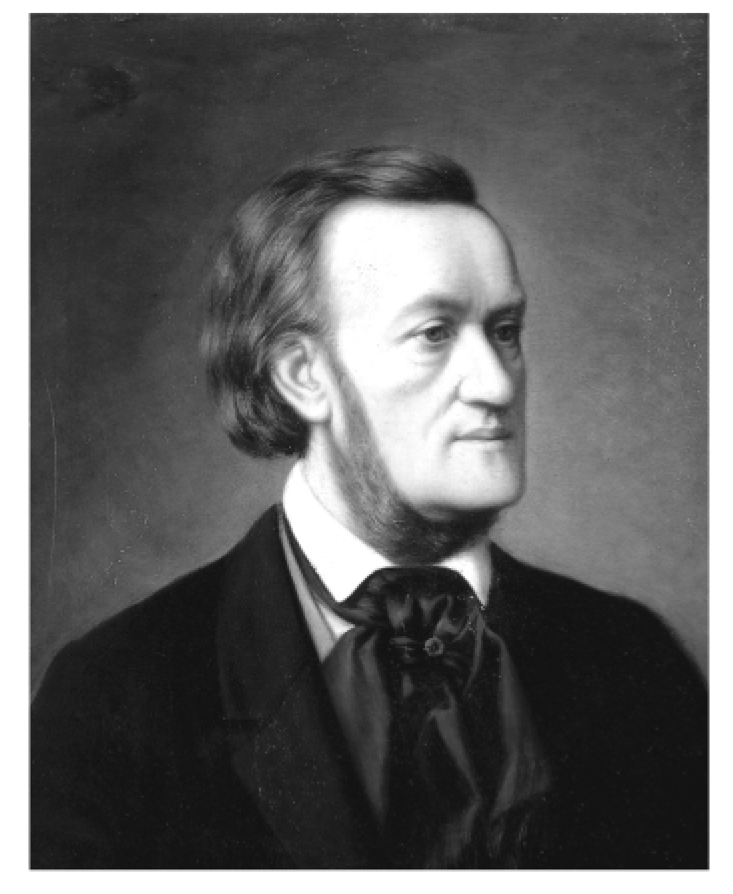
«He aquí estos versos dedicados a su memoria, dado que los tenía en gran aprecio,/por si acaso encontrase en ellos de forma inconsciente/ alguna imagen de sí mismo».

La dedicatoria convierte al poema en un cumplido dirigido a los gobernantes, pero aún va más allá. Los personajes son simbólicos: Arturo representa el alma ideal, que lucha por realizarse en el mundo de los sentidos (re presentado por el matrimonio con Ginebra), mientras que la Mesa Re donda simboliza el intento de ennoblecer y controlar las emociones humanas, un ideal que se corrompe y erosiona gradualmente por el pecado de Lancelot y Ginebra. Pero, como el mismo Tennyson señala: «Cada lector debe realizar su propia interpretación de acuerdo con su capacidad y con su comprensión del

poeta».

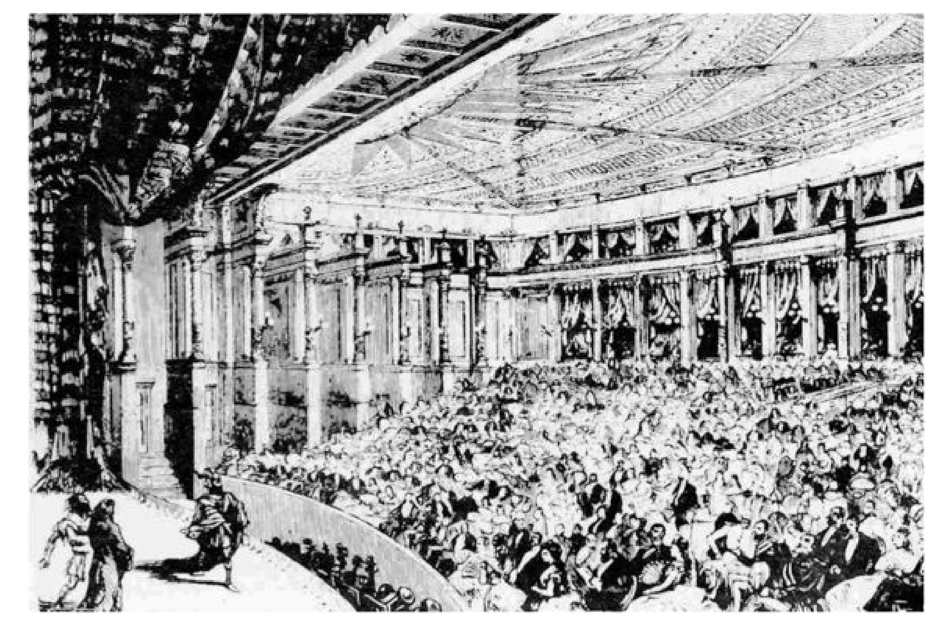
La influencia de la leyenda artúrica sobre el arte y la literatura de este tiempo continuó con gran intensidad; incluso el nuevo arte de la fotografía se empleó para hacer una serie de ilustraciones de los *Idylls* de Tennyson, mientras algunos de los mejores artistas de la época contribuían con sus propias versiones del mundo romántico e imaginativo de Arturo. Los músicos también se adentraron en la historia de Arturo, siendo de señalar el compositor alemán Richard Wagner, que produjo el primero de sus musidramas artúricos, *Lohengrin*, en 1850, al que siguió su famoso *Tristán e Isolda* en 1865 y *Parsifal* en 1882, basado en las leyendas alemanas sobre Percival y en la búsqueda del Santo Grial. Para asegurarse de lograr la completa unidad que buscaba, Wagner escribió tanto la música como la letra de sus grandes óperas, y la representación regular de sus obras en los festivales Bayreuth y su inmediata y aplastante popularidad consiguió formar una corriente más dentro de la extraordinaria difusión de la influencia artúrica.

En nuestros días el concepto de caballería ha sido celebrado de nuevo. Los deliciosos libros de T.H. White sobre el rey Arturo, los cuales reunió bajo el título de *El único y futuro rey*, han revivido la leyenda para una nueva generación, tanto por ellos mismos como por *Camelot,* el musical y la película que los toma como base.



Ricardo Wagner se inspiró con frecuencia en los mitos artúricos para sus extensas y líricas composiciones. Óleo de César Willich, 1862.

White presenta la historia desde una óptica nueva y vívida, llena de humor y magia, y de teoría sobre la caza de jabalíes y el uso de halcones, sobre el tiro con arco y sobre las justas. Pero siempre trata los materiales con el mismo respeto y cariño que Sir Thomas Malory y al final del último libro, White llega a incorporar al mismo Malory a la historia, como expresión de la inocencia y certeza de un joven. Arturo, cansado y próximo a morir, cuenta al niño cuál ha sido el propósito de su vida y le urge a que no luche en la batalla final contra Mordred al día siguiente sino que cabalgue hasta Warwickshire, y que allí se considere como la nave que alberga la idea de la Mesa Redonda y extienda su mensaje a futuras generaciones.



Grabado de una antigua representación de las óperas wagnerianas en Baireuth en 1876.



La mejor manera de despedirse del mítico Arturo y de sus ideales quizá sea recordar que fueron los que inspiraron al Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha en su lucha contra el mal, simbolizado por todo tipo de monstruos, nacidos de sus delirios oníricos. Quien lo representó magistralmente fue Gustavo Doré.

«*Escribe lo siguiente* [le dice Arturo]. *Hubo un rey una vez, que se llamó el rey Arturo. Ése fui yo. Cuando llegó al trono de Inglaterra, encontró que los reyes y los barones luchaban entre ellos como si hubieran perdido la cabeza… Se veían forzados a actuar de forma malvada. Entonces ese rey tuvo una idea y esa idea fue utilizar su fuerza en provecho de la justicia, no en beneficio propio. Tenlo en cuenta, jovencito. El rey pensó que si podía conseguir que sus barones lucharan en nombre de*

la verdad y para ayudar a los débiles y para arreglar entuertos, entonces su lucha dejaría de ser malvada como antes. Entonces reunió a toda la gente bondadosa y sincera que conocía y les proporcionó una armadura y los hizo caballeros y les transmitió su idea alrededor de la Mesa Redonda. Y el rey Arturo amó a la Mesa con todo su corazón. Estaba más orgulloso de ella que de su propia y querida esposa, y durante muchos años sus caballeros viajaron matando ogros, rescatando damiselas y salvando a pobres prisioneros y tratando, en fin, de que el mundo marchara mejor. Ésta fue la idea del rey Arturo.»

Y eso era lo que realmente le importaba a White, que no estaba en absoluto preocupado por el Arturo real. Modificó la historia para recrear a un caballero medieval que estaba en desacuerdo con un mundo lleno de violencia. Despreció a aquellos historiadores y arqueólogos que intentaban buscar las pruebas de una preciosa leyenda y así, desde su punto de vista, destrozó tal belleza. Para él, Arturo «no era el apenado britano del siglo V que vaga envuelto en un traje de hierba», sino un verdadero caballero «con un rostro abierto, con ojos bondadosos y una expresión llena de confianza y de fe, como si estuviera celebrando el hecho de estar vivo. Nunca fue tratado injustamente, por una razón, porque era amable con otras personas».

Más de un siglo separa al rey Arturo de White del Co mandante de las batallas de Nennius, pero quizás, después de todo, no eran seres tan diferentes. Nadie lo sabrá nun ca. Pero la búsqueda de Arturo de Britania nunca po drá destruir la belleza de las obras que su leyenda ha inspirado ni la fascinación por la leyenda en sí misma. Desde que en un principio la nobleza y el valor de Arturo caló hondo en los corazones de sus seguidores, su historia ha dignificado el espíritu humano. La búsqueda del hombre real se ha transformado en una continua búsqueda por aquello que permanece oculto en los corazones de los hombres y quizás nos conduzca algún día a la verdad sobre el único y futuro rey.



JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta la
BREVE HISTORIA del...

REY ARTURO

Christopher Hibbert

Descubre verdad y mito de los personajes que han inspirado los más épicos relatos de la tradición medieval: Arturo, Merlín, Ginebra, Lancelot, Percival…

La Breve Historia del rey Arturo nos transmite toda la fascinación de la leyenda artúrica y al tiempo nos desvela lo que pudo ser la realidad histórica. El historiador Nennius, en su *Historia de los Bretones* redactada en el año 826, habla de Arturo como un jefe guerrero independiente al que se unen los reyes celtas de Bretaña para evitar ser aniquilados por los invasores bárbaros. A partir del año 456 se libran numerosas batallas, hasta la gran victoria de Badon Hill en el año 518.

No hay duda que a finales del siglo VI las invasiones sajonas en Bretaña fueron efectivamente frenadas y repelidas durante un tiempo gracias a la alianza de los numerosos y beligerantes reyes celtas. El líder de esta alianza tuvo que ser un jefe militar experto en el arte de la guerra y un astuto estratega. Posiblemente un militar romano. A partir de ahí el recuerdo del rey Arturo se pierde entre la fábula y la Historia, objeto de muchas leyendas medievales.

